cuadernos de NEGACIÓN

NOTAS SOBRE PATRIARCADO

13

junio de 2019

cuadernos de
NEGACIÓN

No tenemos nada que venderle a nuestros hermanos de clase, nada con qué seducirlos. No somos un grupúsculo compitiendo en prestigio e influencia con los demás grupúsculos y partidos que dicen representar a los explotados, y que pretenden gobernarlos. Somos proletarios que luchan por acabar con el Capital y el Estado con los medios que tenemos a nuestro alcance, nada más y nada menos.

Si sentís que estos materiales deben ser difundidos… ¡A reproducirlos, imprimirlos, copiarlos, discutirlos! Fueron realizados para circular por donde se considere más conveniente.

Por obvias razones económicas no podemos realizar una gran tirada de esta publicación como lo deseamos, ni tampoco enviarlo a muchos lugares del mundo, por ello alentamos a la distribución de los Cuadernos copiándolos y haciéndolos correr como mejor se pueda.

Agradecemos profundamente a quienes vienen colaborando con la difusión de los números de Cuadernos de Negación y los invitamos a ponerse en contacto.

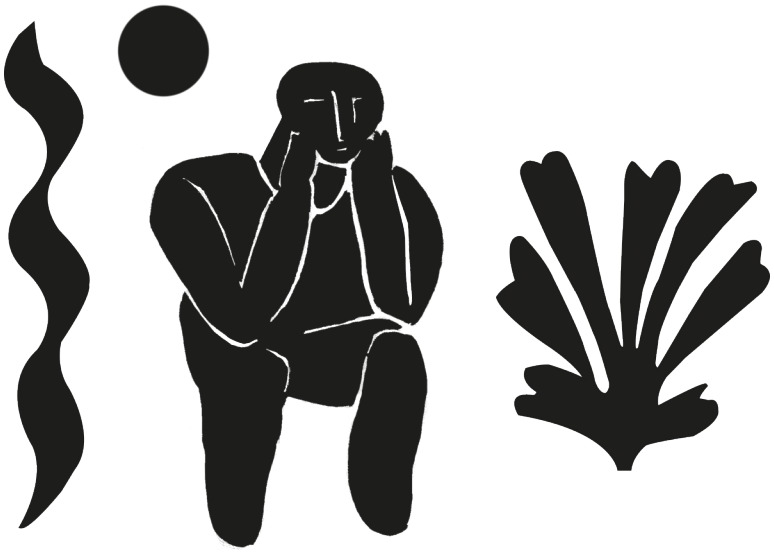
¡Adelante compañeros!

cuadernosdenegacion@hotmail.com
cuadernosdenegacion.blogspot.com

NOTAS SOBRE PATRIARCADO

13

Presentación - 01
¿Patriarcado? - 07
Alguna vez estuvo todo al revés… - 18
Mujeres y acumulación originaria - 26
Mujeres y colonización - 33
Mujeres y esclavitud - 39
Post-data - 42

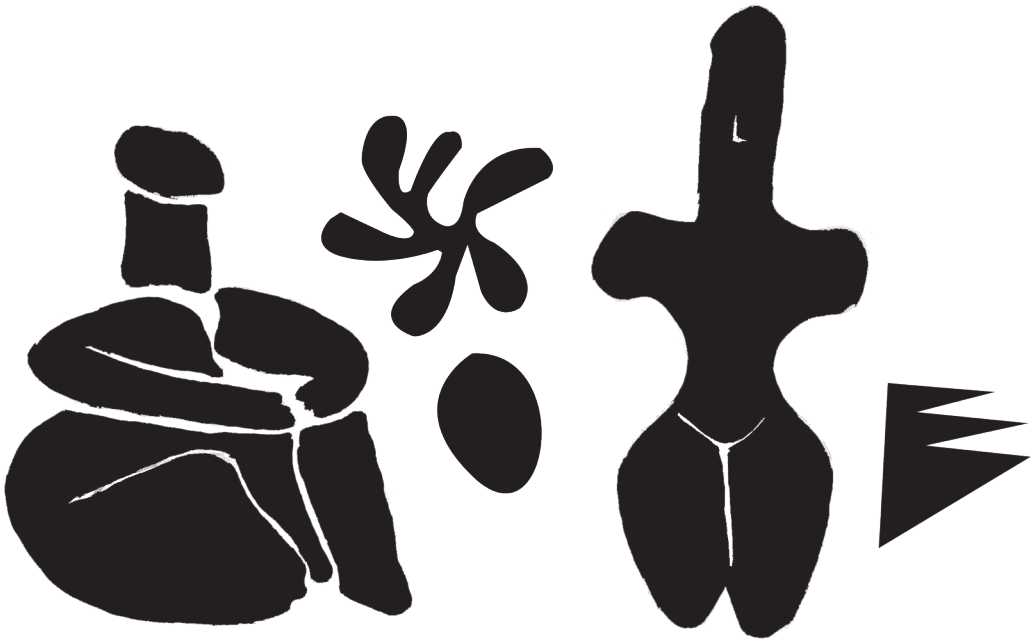


Las gráficas utilizadas para este número fueron realizadas por Cuadernos de Negación.

ADVERTENCIA SOBRE LAS CITAS

No es nuestra tarea anunciar novedades ni resguardar un antiguo tesoro, sin embargo, muchos de quienes se dispongan a leer podrán encontrar aquí pequeñas y grandes revelaciones así como viejos enunciados. Desde Cuadernos, nos gusta compartir algunos párrafos bien dichos de las diferentes publicaciones, libros, textos y papeles que utilizamos al momento de preparar cada número. Cuando reproducimos estas citas, nombramos a sus autores simplemente para dejar visibles los pasos de algunos de nuestros recorridos e invitar a seguir profundizando. Quien lea con atención sabrá distinguir entre la cercanía de un autor u otro. En su gran mayoría se trata de afines, pero esto tampoco implica una reivindicación acrítica de ellos o de las organizaciones de las que forman o formaron parte. Y quien lea con la intención de reflexionar, pero también de transformar la realidad, comprenderá que todo esto se trata de algo más que libros, panfletos, autores y palabras.

Los textos aquí citados (y otros) están disponibles en:
bibliotecacuadernosdenegacion.blogspot.com



PRESENTACIÓN

La violencia específica que sufren las mujeres en particular y toda la humanidad que no se ajusta al modelo de lo que un hombre debe ser no surge de causas naturales sino históricas. Tampoco lo que se supone es un hombre adulto. **Las diferencias físicas, hormonales existen pero la jerarquización y asignación social de esas diferencias son parte de una construcción social determinada**, en nuestro caso: la de una sociedad basada en la cosificación y en la ganancia, heredera de sociedades de clase anteriores. A su vez, muchas de esas mismas diferencias son parte de todo un proceso histórico. La mayor o menor robustez, por ejemplo, se debe al sostenimiento de diferentes actividades para la supervivencia. Resultado de decenas de miles de años en los que diversos modos de vida se han hecho cuerpo.

Comprendemos que estas formas de violencia no son condiciones humanas naturales y transhistóricas, así como tampoco son intrínsecas a la sociedad actual. Y si nos interesa superar estas condiciones debemos desentrañar cómo suceden y se reproducen en esta sociedad capitalista. La crítica de la economía no lo explica todo pero sin ella podremos entender muy poco. Como decíamos en el nro.10 de Cuadernos de Negación «**Si realizamos una crítica de la economía es para exponer una crítica de toda la sociedad existente**. (…) Debemos exponer y criticar las características generales de este modo de producción y reproducción de "nuestro" mundo. (…) La crítica de la economía, como podría suponerse, no deja de lado la política, la religión, la ciencia y demás dimensiones de esta sociedad, sino que, por el contrario, nos permite comprenderlas y atacarlas en cuanto parcialidades de la totalidad que conforman».

Quiere imponerse la noción de que en todas las formas de sociabilidad ha habido jerarquía y dominio entre hombres y mujeres, siendo los primeros los dominantes. A menudo, la antropología así como la historiografía no han hecho más que proyectar nuestra actual sociedad hacia al pasado y hacia todo lo que "descubren". Suponen decir la verdad cuando para explicar el pasado se refieren a sociedades existentes "al margen" de la cultura dominante, pasando por alto que la expansión e invasión de la sociedad mercantil generalizada afecta a todas las sociedades con las que entra en contacto. De hecho, la situación colonial que permitió y financió esas investigaciones no fue casi nunca mencionada ni formó parte de sus análisis. Las categorías de la propia cultura occidental se aplicaron sin más a todo tipo de grupos sociales, buscando e identificando similitudes allí donde no había más que diferencias.[1] La "universalidad

1 Sabemos que decir esto es generalizar y esa es la intención, encontrar y evidenciar la tendencia que las ciencias marcaron al interior del sistema capitalista de producción. Como siempre hay casos en los que investigadores, queriéndolo o no, demostraron que rasgos considerados "humanos" solo eran válidos para un tipo de sociedad y cultura particular, y que lo que consideraban como características intrínsecamente humanas son en realidad históricas. Así, por dar un ejemplo, la famosa antropóloga Margaret Mead evidenció que la adolescencia, considerada hasta ese momento como una etapa biológica de los seres humanos, era una etapa determinada culturalmente en sociedades como la norteamericana y la europea, mientras que en otras, como la samoana, ni siquiera era posible reconocerla. A pesar de haber influido en el movimiento feminista de los 60 y 70 en EE.UU., desnaturalizando rasgos "femeninos" a partir de sus estudios comparativos, sus investigaciones jamás dieron cuenta de la devastación a la que eran sujetas las gentes y zonas a las que tomaba por objetos de estudio. Muchas de las poblaciones que sirvieron a estos análisis perecieron ante la violencia de la colonización.

de la conducta humana" no fue otra cosa que la universalización (por imposición) de los preceptos de la sociedad moderna capitalista.

Sería un error intentar descubrir con precisión en qué momento de la historia comenzó la asignación de lo femenino y su relegamiento. Del mismo modo, sería en vano buscar el hecho fundante de la desposesión de la humanidad y la posterior proletarización. A su vez, como ya hemos dicho en otras ocasiones, profundizar sobre los procesos históricos que llevaron al surgimiento de la sociedad actual puede ayudarnos a entenderla, pero sería equivocado equiparar las bases de su surgimiento con las condiciones de su existencia. La historia no se desarrolla linealmente ni está hecha por toda la especie al unísono. Solo en las explicaciones bíblicas los hechos ocurren de un momento a otro y puede crearse un mundo en seis días de acuerdo a los deseos de un solo individuo.

La lucha revolucionaria no depende tanto del conocimiento generalizado de la historia como sí de las condiciones históricas en las que se desarrolla una lucha generalizada. Sin embargo, además de satisfacer nuestra curiosidad y el estímulo por comprender que las relaciones sociales no son inamovibles, este conocimiento puede brindarnos elementos necesarios para una lucha radical.

No podemos entender el tipo de agresión particular sufrida por las mujeres si no la ligamos a un proceso histórico, quizás de miles de años, de desarrollo del valor, cuyo triunfo —no exento de trabas y desvíos— supuso la disolución de modos comunitarios de vida, la dominación cada vez mayor del intercambio en la producción, la separación de la naturaleza y su transformación en medio, la creación de sociedades más y más vastas, el fortalecimientos de Estados, la extensión de guerras, epidemias y desposesión, el ascenso del trabajo como forma de la actividad humana, y un largo etcétera que conocemos de sobra. No estamos afirmando que el triunfo del valor era inevitable, tal como si fuera un destino designado por los dioses, o una línea evolutiva fijada de una vez y para siempre, estamos intentando describir lo que efectivamente sucedió en la historia para entender cómo llegamos a esta situación.

La sociedad capitalista, o más precisamente el Capital, no tiene como finalidad la opresión de las mujeres sino la acumulación y la ganancia. Sin embargo, estas fueron posibles gracias al machismo, racismo y oscurantismo religioso. Denunciarlos y amontonarlos como simples sucesos aislados no explica cómo la sociedad funciona, cambia y, sobre todo, cómo podría ser superada para terminar con ella de una vez por todas.

La violencia hacia las mujeres evidentemente no es un fenómeno al margen de toda esta historia. Tampoco lo es la supuesta inferioridad de la mujer naturalizada mediante la religión, la ley, la ciencia, la cultura y las costumbres populares. Así, la jefa de una empresa puede ser despreciada en tanto mujer incluso por sus subordinados, y al salir de la empresa encontrarse con el mismo acoso callejero que su asalariada. Ello no inhabilita su dominación de clase, así como su posición de clase no termina de barrer su existencia como mujer.

«La división sexual y sus respectivas asignaciones de conducta obligatorias al interior de la clase explotada son, por lo tanto, no solamente aquello que debe superarse en el curso de la revolución, sino también una fuente de esta superación. La emancipación de las mujeres y los hombres es también liberarse de los mandatos de ser mujeres y hombres, lo cual no es una simple consecuencia de la revolución, sino que es una condición de la revolución.

Puesto que la revolución debe abolir todas las divisiones en la vida social, también debe abolir las divisiones sexuales, no porque sean simplemente inconvenientes u objetables, sino porque son parte de la totalidad de relaciones que diariamente reproducen el modo de producción capitalista. No podemos esperar hasta después de la revolución. Por el contrario, para que haya revolución, debe haber una lucha contra las asignaciones que nos otorga esta sociedad, pero también contra el matrimonio, la familia y la herencia, así como contra la propiedad privada y el Estado, es decir contra el Capital, no solo como acumulación sino como la relación social que es». (Boletín La Oveja Negra nro. 60, *¿Ideología de género?*)

◇◇◇◇◇◇◇◇

«En su primera fase, el capitalismo industrial tuvo una tendencia no solo a destruir el campesinado patriarcal precapitalista y la familia artesana, sino también a destruir completamente los vínculos de familia entre la nueva clase obrera. (…) Pero la clase capitalista pronto encontró que esto era minar las bases de una acumulación adicional: la reproducción de la clase obrera. (…) La nueva familia obrera era esencialmente la familia nuclear de un hombre, una mujer y sus hijos. Del hombre se esperaba que trabajara a tiempo completo y ganara un salario capaz de proporcionar un mínimo nivel de vida para la familia. Se esperaba que la mujer se hiciera cargo de restaurar la fuerza de trabajo del hombre, así como de dar vida y cuidar a los hijos. (…) Esta familia ideal rara vez se realizaba en la práctica. (…) Pero en un sentido, el ideal encajaba con las necesidades a largo plazo de la acumulación de capital. Estas necesidades, antes que algún tipo de conspiración patriarcal entre los empresarios masculinos y los trabajadores masculinos, explican por qué era el ideal». (Chris Harman, *Mujer y capitalismo: de la opresión a la liberación*)

Para acabar con los factores ideológicos que respaldan la manutención del antagonismo de clase hay que acabar con la explotación que los hace posibles. **Esta explotación de clase es inseparable de la reproducción, el trabajo doméstico y los cuidados asignados general y mayoritariamente a las mujeres**. No se puede poner fin a la explotación de las mujeres —en tanto mujeres— en el capitalismo, y no por razones estratégicas o de índole moral, sino porque de esta opresión particular el Capital depende materialmente.

Cuando hablamos de proletariado y burguesía, no nos referimos a vínculos interindividuales, sino a relaciones sociales, de clases sociales. **Ocultar la existencia de clases antagónicas y reducir los problemas sociales a situaciones personales o grupales surge justamente de la ideología dominante y a su vez la fomenta y consolida**. De este ocultamiento parte la imposibilidad de pensar y actuar colectivamente, para ser y hacer un cambio revolucionario.

En distintas épocas de la historia de nuestra clase, los prejuicios y la reproducción de la ideología dominante por parte de gran cantidad de proletarios hombres alentaron a proletarias en lucha a organizarse separadamente de ellos. Incluso en épocas revolucionarias las mujeres se agruparon entre sí criticando el machismo de sus propios compañeros.

La voz de la mujer,[2] en la región argentina, fue un ejemplo de esta realidad y, sin embargo, su expresión de lucha fue universal. Si se apartaron de los hombres no fue por un principismo, fue porque ellos ya se habían apartado de esas mujeres, proletarias, explotadas y luchadoras comunistas anárquicas, que jamás consideraron su lucha como separada de la lucha revolucionaria que se estaba librando en el mundo entero, lo cual no les impedía su crítica al machismo dominante e incluso al interior del movimiento comunista anárquico. En épocas menos felices, de paz social y repliegue de la lucha revolucionaria, las luchas de las mujeres, como el resto de las luchas, devienen mayoritariamente expresiones parciales de una realidad global fragmentada.

Existe para esta realidad una coartada que pretende la supervivencia de los grupos particulares, la de concentrarse cada quien en su especificidad. Sin embargo, no es necesario tener una sección feminista para asegurar que la revolución no deje intacta la opresión a las mujeres. **Revolución y machismo no son compatibles. El problema está en suponer que la izquierda, el antifascismo o el gestionismo son revolucionarios, que en China, Cuba o Venezuela ha habido una revolución**. Solo de este modo se puede pretender demostrar que las "revoluciones" han dejado intacto el machismo. Del mismo modo, hay otro problema en suponer que quienes lucharon y luchamos por la revolución total, en el pasado o el presente, estaríamos exentos de sexismo, machismo y otras características constitutivas de esta sociedad.

«Las insurrecciones pasadas generalmente mostraron poca preocupación por la sumisión de las mujeres. Cierto. Pero tampoco desafiaron realmente el núcleo del sistema capitalista. No excluyeron la cuestión de la mujer de su agenda porque estaban dirigidas por hombres sexistas (aunque hubo muchas rebeliones), sino por las deficiencias de la propia agenda.

El programa era liberar mano de obra del capital y crear una comunidad de productores iguales y asociados. Ambas limitaciones —sociales y sexuales— iban de la mano. Los grupos (generalmente organizados por mujeres) que intentaban atacar a la jerarquía basada en el sexo se encontraban tan maltratados por todos los lados como los grupos que trataban de presionar para la abolición del trabajo asalariado». (Gilles Dauvé, *Sobre la cuestión de la mujer*)

Es en la lucha inmediata contra el Capital que debemos criticar prácticamente las relaciones interpersonales, combatir nuestros roles asignados, criticar en actos la organización familiar y todos los aspectos de la denominada "vida privada" que nos atan a la normalidad del Capital que tanto nos daña. Si partidos políticos, sindicatos, ONG y diversas organizaciones ajustan dichas ataduras a esta normalidad es para conservar el abrigo de la normalidad que les permite su existencia.

Debatir si anteponer el movimiento proletario general o el de las mujeres en particular, o incluso pensar cómo pueden "unirse" es solo un problema para las familias ideológicas tan defensoras de tradiciones y etiquetas, sean feministas u obreristas, anarquistas o marxistas. **En la actividad revolucionaria se trata de comprender, en su propio movimiento, los aspectos generales y particulares como parte de una totalidad indivisible, porque así se presentan en la realidad material**.

«La división sexual (o por edades) del trabajo es un elemento objetivo de la división capitalista del proletariado que solo podrá ser abolido con la liquidación del Capital y la autosupresión del proletariado. Hombres, mujeres, niños, viejos,… proletarios todos, reproducen su vida como fuerza de trabajo del Capital y para el Capital. La reproducción directa de plusvalor en los centros de trabajo del Capital (fábricas, minas, campos), no puede ser asegurada si la fuerza de trabajo misma no es producida. El Capital, heredero de la sociedad patriarcal, ha desarrollado

2 «Periódico comunista anárquico» aclaraba, debajo de su nombre, en cada uno de sus números. Salió a la calle entre 1896 y 1897. «Ni dios, ni patrón, ni marido» es su consigna más recordada.

la misma, y aunque cuando lo necesita, utiliza directamente a ambos sexos y a todas las edades en la producción directa de plusvalor, ha condenado particularmente a la mujer proletaria a principal agente de la producción doméstica, que es parte de la producción global de la mercancía fuerza de trabajo. Aunque el Capital, al comprar la fuerza de trabajo, pague la totalidad del valor de esta mercancía y por lo tanto todo el trabajo necesario (doméstico, educativo, represivo, etc.) para producir esa mercancía, el que recibe la paga es el productor directo de plusvalor y no quien realiza ese trabajo doméstico, lo que constituye un elemento adicional decisivo para la particular sumisión y opresión capitalista de la mujer proletaria». (Grupo Comunista Internacionalista, *Tesis de orientación programática*)

Frente a esta situación particular, incluso **antes de que se conciba la noción de "feminismo", mujeres proletarias del mundo entero han respondido de manera organizada. Bajo la bandera del feminismo, generalmente, se limitó ese movimiento** convirtiendo los reclamos particulares frente a la explotación que ejerce el Capital sobre las mujeres proletarias, en una condición general de la mujer en general. Reclamos por el aborto legal y gratuito o las huelgas de mujeres (tales como las últimas del 8M) surgen a partir de problemáticas sufridas principalmente por las mujeres proletarias. Otras, que en apariencia no tienen un carácter de clase tan marcado como pueden ser los femicidios o los ataques callejeros, son en verdad un peligro mayor para las mujeres proletarias que para las burguesas, aunque estas últimas tampoco estén completamente a salvo.

Sin duda, lo susceptible de ser recuperado es recuperado, y si se permite la diversidad de clases al interior de un movimiento, en este caso el de mujeres, las mujeres de la clase dominante se pondrán a la cabeza de mismo, haciendo pasar por intereses generales sus intereses particulares: en el pasado el derecho al voto, así como hoy el acceso igualitario en empresas para las mujeres profesionales, cuando no el fortalecimiento del Estado mediante el miedo y la posterior dependencia del mismo. De esta manera, problemas específicos de las mujeres proletarias intentan ser desplazados discursivamente hacia un problema de "todos los hombres" contra "todas las mujeres".

Sin embargo, un movimiento no es simplemente lo que dicen de él o siquiera lo que puede decir de sí mismo mediante la explicación de la ideología dominante (burguesa). Si bien aquello también lo constituye, debemos leer más allá de sus consignas y sus banderas. La ideología dominante será la de la clase dominante hasta la destrucción del capitalismo,[3] el movimiento social debe comprenderse también por sus necesidades y deseos materiales antagónicos.

Que la mayoría de proletarias y proletarios en lucha tengan ilusiones democráticas, religiosas o reformistas no es ninguna virtud a reivindicar sino una debilidad que hay que combatir. No se trata de hacer una apología de las debilidades de la lucha o continuar acríticamente «porque así son las cosas», sino de empujar más allá, derribar lo que sea necesario.

Particularmente, en el movimiento histórico de las mujeres, y más aún si nos remontamos al pasado, hasta un reclamo que podría leerse como reformista es a su vez una expresión limitada de crítica a la pasividad que la esfera privada exige: el simple hecho de que mujeres acalladas y relegadas al hogar se reúnan en la calle y protesten contra sus condiciones es un ejemplo de ello.

Ahora bien, esta realidad contradictoria de todo movimiento social no puede hacernos perder de vista la fuerza de parcialización que representa la ideología feminista. Y su concreción en instrumento capitalista al multiplicar la explotación proletaria, para, con el caballito de batalla de la igualdad de derechos, llevar también a la mujer proletaria a asumir un papel más activo en la producción directa de plusvalor, en la gerencia estatal e incluso en la guerra capitalista.

Por todo esto, **no debe comprenderse que estas críticas al feminismo suponen una crítica a toda expresión de lucha de las mujeres o un desprecio por las problemáticas específicas de las mujeres proletarias**. Si se ha atribuido al movimiento feminista esta especificidad no significa que sea cierto. Bajo esta lógica toda mujer debería suscribir al feminismo, así como todas las personas que trabajan deberían subordinarse a un sindicato para poder luchar. De otro modo, sería como pensar que solo desde el anarquismo se puede acabar con el Estado o desde el marxismo con la propiedad privada. Cada movimiento no tiene su tarea particular, todo esto no es más que un malentendido ideológico.

---

3 «Las ideas de la clase dominante son, en cada época, las ideas dominantes; es decir, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es, a la vez, su poder inmaterial dominante. La clase que dispone de los medios para la producción material dispone con eso, a la vez, de los medios para la producción intelectual, de manera que con eso, a la vez, las ideas de aquellos a quienes les faltan los medios para la producción intelectual están sometidas, por término medio a esa clase. Las ideas dominantes no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes, de las relaciones materiales dominantes concebidas como ideas; por tanto, las relaciones que hacen de una determinada clase la clase dominante, o sea, las ideas de su dominación». (Karl Marx y Friedrich Engels, *La ideología alemana*)

No podemos ni queremos rechazar la realidad particular de las mujeres, reduciendo todo a una cuestión de clase. Comprendemos la complejidad de la lucha de clases, sus implicaciones y particularidades. Pero afirmamos sin pelos en la lengua que **no hay dos luchas, una contra la sociedad de clases y otra contra el denominado patriarcado.** No se trata de dos realidades diferentes interconectadas. Si el patriarcado o algo similar aún existe, está completamente subsumido por el Capital que todo lo hace funcionar para sí mismo. Esto no niega que hay enormes diferencias en el tipo de opresión que sufren las distintas condiciones sexuales y que por estas particularidades las luchas pueden tomar distintas formas, mas el contenido debe ser el mismo: abolición del sistema capitalista para la realización de una comunidad humana.

Lo que sí rechazamos de plano es la idea de articular las luchas que se conciben como separadas y unirlas conservando su separación. **Rechazamos la estrategia que instrumentaliza a diversos sectores del proletariado bajo la premisa de la unidad**. Los proletarios hombres en lucha no necesitan el apoyo de las proletarias o viceversa porque «solos no se puede». Unos obreros en huelga no deben abandonar su machismo porque necesitan el apoyo de las trabajadoras, o de los sectores no heterosexuales de su región. Deben terminar con "su" machismo porque es un atentado a sí mismos, a nuestra especie, a cualquier manera de relacionarnos plenamente como seres humanos. Porque **la sociedad que genera el rol masculino y el rol femenino, también hace que en ella los hombres que reafirman el "rol de la mujer" se reafirmen a sí mismos en su "rol de hombres" y viceversa**. De esa manera, las relaciones entre seres humanos se ven privadas de sus potencialidades, de su humanidad total, y reproducen la sociedad capitalista.

No se puede simplificar toda una miserable dinámica social a que los hombres se benefician del mantenimiento de la opresión de las mujeres. Esto es cierto solo parcialmente. **Ser el polo masculino de la socialización capitalista es un beneficio solo desde el punto de vista del mal menor o incluso una preferencia de acuerdo a los preceptos dominantes. Esto no absuelve a los hombres, pero tampoco convierte su rol en un ideal a alcanzar para toda la humanidad**.[4] Así como no es posible superar al Capital desde el punto de vista del trabajo tampoco es posible superar el machismo desde el rol femenino que impone esta sociedad. Un polo no puede subvertir al otro y mucho menos destruir la dualidad.

Existe el mito de que gracias a estos movimientos parciales muchas personas se suman a la lucha total. A menudo sucede al revés, especialmente en estas épocas de repliegue cuando avanza el reformismo y cantidades de militantes o simpatizantes renuncian o ni advierten la posibilidad de la lucha revolucionaria. Estos movimientos tampoco hacen eco en la población de una manera radical, sino por el contrario acercan a desobedientes y curiosos al activismo y a la política, presentando estas formas como las únicas posibles.[5] Imponiendo, por el chantaje o por la fuerza, que ya no es necesario enfrentar al sistema, sino que pueden hacerse concesiones que significarían pequeñas victorias. En realidad, pequeños fracasos hasta la derrota final.

Estas luchas parciales parecieran inevitables y continuarán existiendo mientras seamos débiles como clase revolucionaria. Sin embargo, es necesario denunciar su papel en el mantenimiento del orden, de no ser superadas rápidamente pasan a ser parte del apuntalamiento del sistema y su falsa contestación permanente, cíclica y oficial, llevando cada vez más y más proletarios a diversos callejones sin salida. Quienes hacen revoluciones a medias solo cavan sus propias tumbas…

Con este número de Cuadernos de Negación, junto a los siguientes, tenemos el objetivo de poner en común una serie de investigaciones, reflexiones, dudas y afirmaciones que nos permitan abordar los temas aquí tratados de manera revolucionaria. Ha sido difícil encontrar materiales afines, o incluso interesantes, sobre estas cuestiones. Hemos conversado entre mujeres y hombres durante meses sobre estos y hemos compartido borradores con compañeros y compañeras de otras partes del mundo que sienten también la necesidad de tener un posicionamiento revolucionario al respecto entre tanta normalidad machista, posmodernismo político y feminismo parcializador. Es muy probable que sean insuficientes, incluso más que en otras ocasiones, sin embargo, si logramos una cantidad de materiales de los

4 Evidentemente no es el capitalismo quien golpea, calla, humilla o viola a sus parejas, niñas y niños. Esto es a menudo realizado mayoritariamente por hombres adultos (y en el caso de Argentina y otros países, del entorno cercano y familiar a las personas dañadas). Sin embargo, en tanto que trabajo represivo, que mantenimiento del orden dominante, el Capital se ve beneficiado por este trabajo impago. El beneficiario no es "el hombre", principalmente porque no existe una clase o casta de hombres y además porque esa misma violencia inculca en niños (futuros hombres) una cultura del miedo y la sumisión, y probablemente de la violencia machista.

5 Por activismo podemos precisar, a grandes rasgos, la actividad de una o más personas a favor o en contra de un tema específico, con poca o nula perspectiva histórica y radical (de ir a la raíz). Y por política comprendemos el ejercicio por excelencia de la parcialización de la realidad social que pretendemos superar. Ser antipolíticos no significa no tener en cuenta las cuestiones denominadas políticas sino situarnos críticamente ante estas cuestiones para interesarnos por algo más completo, abarcador, total. Y, por sobre todo, para no integrar esas cuestiones a la esfera estatal.

cuales se pueda partir para aportar, criticar y debatir habremos dado un feliz paso.

Proseguiremos en los próximos Cuadernos con notas sobre familia y trabajo doméstico, género y feminismo, y sobre sexualidad. Como en ocasiones anteriores, una cantidad de números conformarán un bloque de Cuadernos de Negación que recomendamos tener en cuenta al leer cada uno por separado.

Nota para posibles correcciones ortográficas

No es nuestra intención resolver en la imprenta lo que no se ha resuelto en el hogar, ni en la calle, ni en el trabajo.

Venimos escribiendo estos Cuadernos en el "neutro" de nuestra idioma, que obviamente de neutro no tiene nada. Esto no es por descuido hacia la mayoría de la especie conformada por mujeres o personas que no se identifican con la "o" y quizás ni con la "@" por mantener aún el binomio hombre–mujer y por ello remplazan por "x", "e" u otro carácter. Somos conscientes de que ninguna gramática es socialmente neutral. Y si bien el lenguaje expresa relaciones sociales, no es el lenguaje sino estas relaciones lo que hay que cambiar. Aunque sea más fácil transformar el lenguaje que la realidad, esto no colabora mucho, el "plan estratégico" de «por algo hay que empezar» la mayoría de las veces es una justificación de impotencia.

Una sociedad mejor creará un lenguaje mejor. Por ahora, la anticuada forma "neutral" tiene la pequeña ventaja de no dar la ilusión de una falsa igualdad discursiva. Quien conozca algo de esta publicación no esperará que confiemos en la transformación de palabras y discursos como acto combativo o que creamos en la democracia aplicada al lenguaje, es decir, tratar equitativamente a personas que se saben desiguales.

Además, para quien no lo sepa, advertimos que en Finlandia, Turquía, Hungría o Irán el idioma oficial es neutral en relación al género y nadie podría decir que allí triunfó la emancipación social o siquiera que fue derrotado el machismo.

Por otra parte, es asombrosamente triste cómo se examina con detalle esta cuestión dejando de lado otras, no menos importantes, como el individualismo y la separación que también expresa "nuestro" idioma. Al no formar parte de la agenda política y debido al egoísmo reinante, no sorprende que pase desapercibido que, como señala Roland Barthes, «estoy forzado a plantearme primero como sujeto antes de enunciar la acción que ya no será desde entonces otra cosa que mi atributo: lo que hago no es más que la consecuencia y la consecución de lo que soy; de la misma forma, estoy obligado a escoger siempre entre el masculino y el femenino, lo neutro o lo complejo me están prohibidos; igualmente, estoy obligado a marcar mi relación con el otro recurriendo ya sea al tú, ya al usted: se me niega la suspensión afectiva o social».

Su conclusión es que «la lengua, como ejecución de todo lenguaje, no es ni reaccionaria ni progresista, es simplemente fascista, ya que el fascismo no consiste en impedir decir, sino en obligar a decir». Ante esto Jaques Camatte señala: «Lo que hay de profundamente aburrido en la teorización de R. Barthes es que hace del lenguaje y del poder males absolutos, transhistóricos (o ahistóricos), lo que vuelve a plantear de forma estructural un pecado original. Además, necesita como todos los demócratas y las diversas izquierdas de un referente absoluto del mal, el fascismo, al que da así una dimensión igualmente transhistórica; lo que hace que, a partir de ahí, solo pueda ser asignado únicamente a un pueblo dado, a un momento dado: los alemanes de 1933 a 1945».

También venimos usando, desde el primer número de esta publicación, vocablos pasados de moda tales como «proletariado» con lo cual nos referimos a la población mundial proletarizada y no al obrero industrial hombre, adulto, blanco, padre, esposo y heterosexual glorificado por las distintas vertientes del obrerismo.[6]

Estar proletarizados, es decir, haber sido históricamente desposeídos y, por tanto, no tener más que nuestra fuerza de trabajo para sobrevivir no es un orgullo. Tampoco es una identidad elegida susceptible de ser *deconstruida* individual o grupalmente, es una realidad social. Entonces, por «revolución social», otro viejo vocablo que empleamos, no nos referimos a extender la condición de proletarios a cada ser humano del globo, sino todo lo contrario: a dejar de serlo.

6 Hemos dedicado a esta cuestión el nro. 2: *Clases sociales o la maldita costumbre de llamar a las cosas por su nombre*. Se puede ver también el artículo *Proletariado: algunas otras aclaraciones* en el nro. 4.

¿PATRIARCADO?

En el ámbito político y académico se ha popularizado en las últimas décadas la noción de patriarcado. **Parece un concepto de uso obligado para cualquier crítica seria de la realidad que busque la transformación social**. Para algunas corrientes pareciera estar fuera de toda discusión que esta sociedad es patriarcal, incluso más fuera de discusión que si es capitalista. Así, todo el arco populista y/o de izquierda se ve obligado a hablar del tema aunque no le importe más que para hacerse un lugar en el escenario político.

Más allá de la opinión del feminismo y las ciencias sociales, solo los necios pueden rechazar la realidad de la violencia hacia las mujeres por el hecho de serlo y la preeminencia de los hombres en varios aspectos sociales, tales como la determinación de las líneas de descendencia (descendencia patrilineal, portación del apellido paterno), la división sexual del trabajo, la participación desigual en las instituciones,[7] etcétera. **¿Es motivo suficiente para suponer que vivimos en una sociedad patriarcal?**

Patriarcado y Capital

Un argumento muy escuchado establece que el capitalismo y el patriarcado son dos sistemas diferentes, autónomos, pero relacionados. Asume que el patriarcado precedería históricamente al capitalismo que se nutriría luego del primero, aunque ambos continuarían en coexistencia. E incluso, que la preexistencia del patriarcado respecto del capitalismo establecería algún tipo de orden de prioridades sobre por dónde empezar a transformar la realidad.

Queremos remarcar que cuando insistimos sobre la necesidad e importancia de la crítica de la economía nos referimos a la crítica del desarrollo histórico del valor durante miles de años hasta la actualidad. Al hablar del Capital como sujeto de la sociedad actual hacemos referencia a la consumación de dicho proceso histórico, donde la totalidad de la producción y reproducción social se mueve en torno a la producción de valor, a la valorización del valor. Como decíamos en el nro. 11: «las relaciones sociales en el capitalismo se encuentran invertidas: son relaciones sociales entre cosas mediatizadas por los seres humanos. Es la inversión entre sujeto y objeto que da vida a la cosa como sujeto y deja al humano en el papel de objeto».

Durante dicho proceso histórico el valor en desarrollo se nutrió y contribuyó con diversas formaciones sociales de explotación y dominación esclavistas, tributarias, patriarcales, etcétera, de las cuales mantiene hasta el día de hoy muchas de sus características y formas de explotación, pero completamente incluidas, dominadas y supeditadas al objetivo supremo de la valorización del valor.

Así como el niño esclavo en las minas del Congo hoy es explotado para la producción de mercancías como celulares y no por una sociedad esclavista, el mantenimiento de relaciones patriarcales en la sociedad actual no hacen de esta una sociedad patriarcal. De ningún modo se trata de minimizar estas problemáticas, sino de comprender qué las determina actualmente.

Uno de los grandes problemas que encontramos al abordar la cuestión del patriarcado es asumir a este, de algún modo, como un sujeto. El capital dejaría así de ser el sujeto de esta sociedad, el que lo subsume todo, para dar paso a otro: el patriarcado. **Hay una diferencia fundamental entre considerar el patriarcado como algo exterior al Capital y considerarlo como una realidad interna suya**. La primer compresión nos presenta el patriarcado por un lado y el Capital por otro, o en el mejor de los casos como dos sujetos vinculados, pero incluso su vinculación es en base a sujetos separados que en un momento dado se vinculan.

Por el contrario, la comprensión del patriarcado como realidad interna del Capital, lo asume en tanto que incluido y dominado, es decir, subsumido.[8] **El proceso histórico de esa subsunción incluye y a su vez transforma al antiguo patriarcado. Aunque puede mantenerse dicho vocablo, debemos tener en cuenta que no estamos hablando de**

7 Aunque, evidentemente, en los últimos tiempos, una cantidad de mujeres han asumido altos mandos como presidentas y gobernantes en varios países y hasta en la dirección del Fondo Monetario Internacional.

8 Para ampliar sobre la noción de subsunción recomendamos dirigirse al nro.10 de Cuadernos de Negación.

lo mismo. Comprendemos el hecho de que, en la propia lucha, se siga nombrando a la división sexual y al sexismo como «patriarcado», aunque nos parece poco preciso. Si bien emplearlo es importante para ver la continuidad del sexismo en relación a sociedades de clases anteriores, de alguna manera también oculta las discontinuidades que señalábamos en la presentación a este nro. de Cuadernos.

Por otro lado, un rechazo vulgar del concepto en la actualidad puede empujar muy fácilmente al error de comprender la violencia sexista y machista como una mera cuestión cultural, una reliquia del pasado premoderno que la sociedad capitalista no termina de superar.

En plena lucha puede parecer una tontería discutir por los conceptos, pero es también un aporte a la lucha misma. Y por eso nos detenemos en ello. ¿Sino cuándo?[9]

En *El tráfico de mujeres. Notas sobre la "economía política" del sexo* Gayle Rubin señala algo muy importante: que el uso de "patriarcado" oculta ciertas distinciones, y sería análogo al uso de "capitalismo" para referirse a todos los modos de producción, cuando la utilidad del término capitalismo reside justamente en que distingue entre los distintos sistemas por los cuales las sociedades se organizan y aprovisionan. Y más adelante agrega:

«(…) la clase oprimida puede ser de siervos, de campesinos o de esclavos. La clase oprimida puede ser también de asalariados, en cuyo caso el sistema es propiamente "capitalista". **La fuerza del término reside en su implicación de que, en realidad, hay alternativas al capitalismo**.

Del mismo modo, toda sociedad tiene algunos modos sistemáticos de tratar el sexo, el género y los bebés. Ese sistema puede ser sexualmente igualitario, por lo menos en teoría, o puede ser "estratificado por géneros", como parece suceder con la mayoría o la totalidad de los ejemplos conocidos. Pero es importante, aun frente a una historia deprimente, mantener la distinción entre la capacidad y la necesidad humana de crear un mundo sexual y los modos empíricamente opresivos en que se han organizado los mundos sexuales. El término "patriarcado" subsume ambos sentidos en el mismo término».[10]

Bien, poner en duda la existencia del patriarcado no significa negar lo atribuido al patriarcado, es un intento por comprender la realidad de los hechos en su dimensión histórica y material. Un intento por comprender inseparable del intento por transformar.

En la actualidad, la explotación particular hacia las mujeres no posee sus propias reglas ni un funcionamiento independiente, porque en la sociedad capitalista mundializada nada se encuentra por fuera de las determinaciones del Capital.

Para comprender este presente es preciso volver a preguntarse sobre el patriarcado y esta vez a nivel histórico: ¿hubo sociedad patriarcal? Es decir, ¿una sociedad basada en un modo de producción exclusivamente patriarcal? Creemos que no.

Una sociedad donde se excluye a las mujeres de la propiedad es lo que más se aproxima a una sociedad, digamos, "patriarcal". Este modelo del pasado comenzó a quebrarse cuando la base material de subsistencia dejó de ser la propiedad de la tierra para ser transmitida hereditariamente de padres a hijos y se convirtió en la venta de fuerza de trabajo en el mercado, para la cual la unidad relevante pasó a ser el individuo y no la familia. **Son los cambios en las relaciones de propiedad los que explican los cambios en la familia y las relaciones entre sexos, y no a la inversa**. Es justamente la carencia de propiedad para las mujeres en el pasado lo que explica su sometimiento, mientras que la autoridad de los hombres deriva, justamente, de su propiedad.

Hasta hace pocas décadas, países democráticos y desarrollados prohibían a sus mujeres abrir cuentas en bancos o comprar y vender inmuebles sin la autorización de sus maridos.[11] Quizás por este motivo se arrastra hasta la actua-

9 «En el fondo, las palabras "No discutamos cuestiones teóricas" se reducen a: "No cuestionen nuestra teoría, mejor ayúdennos a ejecutarla". (…) Además, si ahora, justo en el tiempo de desorden relativo que atravesamos, no tenemos que exponer, discutir y propagar este ideal, ¿cuándo lo haremos? ¿Será acaso el día en que estemos entre el humo de las barricadas, sobre los escombros de los edificios, en los campos, el día que abramos las puertas a un nuevo futuro? ¿O tendremos que tener ya para entonces una resolución tomada y una voluntad firme que la ponga en ejecución? No será entonces el momento de discutir. Habrá que actuar, en el mismo instante, sea en un sentido o en otro. Si queremos ser prácticos, expongamos aquello que los reaccionarios de todo tipo han llamado siempre "utopías, teorías". Teoría y práctica deben ser una, si queremos vencer». (Piotr Kropotkin, *Palabras de un rebelde*)

10 La autora propone el de *sistema de sexo/género*: «un termino neutro que se refiere a ese campo e indica que en él la opresión no es inevitable, sino que es producto de las relaciones sociales específicas que lo organizan».

Completamos con otro extracto del texto: «He llamado a esa parte de la vida social [que es la sede de la opresión de las mujeres, las minorías sexuales y algunos aspectos de la personalidad humana] el "sistema de sexo/género", por falta de un término más elegante. Como definición preliminar, un sistema de sexo/género es el conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana, y en el cual se satisfacen esas necesidades humanas transformadas».

11 En España, por ejemplo, antes de la aprobación de la Constitución de 1978 las mujeres debían pedir permiso legal a sus maridos para poder trabajar, cobrar su salario, ejercer el comercio, abrir cuentas corrientes en bancos, sacar su pasaporte o carnet de conducir. La mujer casada seguía la condición de su marido en cuanto a su nacionalidad y vecindad civil. El marido podía

lidad la costumbre de buscar un marido protector aunque las mujeres puedan ser económicamente independientes de ellos o de sus padres, e incluso aunque sean el sostén económico de ellos.

¿Puede deducirse entonces que el capitalismo puede prescindir del machismo al brindar, por ejemplo, la posibilidad de propiedad privada sin distinción de sexo? Rotundamente no.

Si pudiéramos imaginar por un momento una sociedad compuesta por un flujo circulante de valores sin soporte material, que habría reducido a los seres humanos a individuos formalmente libres e iguales sin presuponer diferencias en el estatus jurídico, cultural y político, el capitalismo podría existir sin racismo, sin sexismo y sin trabajo esclavo, pero no sin la explotación de clase. Suena coherente pero partimos de un hecho indiscutible: no somos un flujo circulante de valores ni fuerza de trabajo simplemente, somos el resultado de milenos de historia humana, y no ha existido capitalismo sin aquellas aberraciones.

Para el Capital, **la división sexual del trabajo y la asignación de deberes a la mujer proletaria juegan un papel importante e insustituible en la creación, desarrollo y reproducción de la fuerza de trabajo**. Aunque sea cierto que con el desarrollo de la tecnociencia y de las fuerzas productivas el Capital parece buscar liberarse incluso de las mujeres para conseguir crear la fuerza de trabajo, es decir, traer seres humanos al mundo, esto es imposible a nivel global.

Históricamente existe un desdoblamiento en la fuerza de trabajo: mayoritariamente a las mujeres proletarias se le asignan las funciones propias de la producción y reproducción de la fuerza de trabajo; y a los hombres proletarios se le asigna principalmente la producción y reproducción de otras mercancías del proceso de producción capitalista. **Lo que debe quedar claro es que lo que paga la burguesía no es el trabajo que realiza el proletario, sino el trabajo socialmente necesario para su reproducción**. Para ello, tiene que subsistir el proletariado en su desdoblamiento y ese trabajo de reproducción está integrado en el valor de esa fuerza de trabajo desdoblada pues sin ella la producción y reproducción de la misma sería imposible. Así son integradas y por tanto sometidas las mujeres proletarias a las cuales se les ha asignado dicho trabajo.

Este sometimiento, que podríamos llamar patriarcal, está determinado totalmente por el Capital. El fundamento de esta nueva determinación es que **la fuerza de trabajo se desdobla en trabajo doméstico y trabajo de otras mercancías.** La capacidad de las proletarias de gestar vida y que la misma sea apropiada como capacidad de trabajo para crear mercancías (fuerza de trabajo) determina al mismo tiempo ese desdoblamiento que contiene en su seno todas las características e implicaciones del sexismo capitalista. El nivel de desdoblamiento será marcado por las necesidades del Capital.[12]

Hay ejemplos luminosos en el pasado, con la guerra por encima de todos. Especialmente en la llamada Segunda Guerra Mundial, el reclutamiento masivo de hombres para el enfrentamiento trajo aparejado un reclutamiento masivo de mujeres para la producción. Esta disminución abrupta del nivel de desdoblamiento tuvo como consecuencia el ascenso del rol social de la mujer en el ámbito de lo público. Con el final de la guerra la situación y el desdoblamiento anterior se recompuso.

«Quienes insisten en que las relaciones patriarcales hoy día conforman un sistema independiente dentro de las sociedades capitalistas avanzadas deben enfrentar el espinoso problema de la determinación de cuál es su fuerza motriz: ¿Por qué este sistema se reproduce continuamente? ¿Por qué persiste? Si se trata de un sistema independiente, la razón debe ser interna y no externa. El capitalismo, por ejemplo, es un modo de producción y un sistema de relaciones sociales, cuya lógica puede ser identificada y reconocida: se trata del proceso de valorización del valor». (Cinzia Arruzza, *Reflexiones degeneradas: Patriarcado y capitalismo*)

Si lo referido al patriarcado (llamemos a esto así o no) es un sistema independiente que se reproduce a sí mismo, ¿cuál es entonces su motivo? ¿La maldad intrínseca de nuestra especie? ¿La guerra natural entre sexos? ¿La superioridad de un sexo sobre el otro? Si damos respuesta afirmativa a cualquiera de estas preguntas no hay razón para luchar, ni casi para vivir. Nos recuerda a la suposición de que el embarazo debilita a las mujeres frente a los hombres y por eso han sido oprimidas por ellos. Es el error de abordar un hecho existente en tiempo y espacio de manera doctrinaria y/o como una consecuencia solo explicable a través de la ciencia de la biología. Bien, si la explicación estaría en el sistema cromosómico y hormonal, y los hechos sociales poco significarían, poco podemos hacer para revertir la situación.

---

disponer de los bienes comunes sin su consentimiento, con la sola excepción de los inmuebles y establecimientos mercantiles. Otro ejemplo de la situación de la subordinación legal de las mujeres, lo constituye el hecho de que el adulterio de la mujer fuese causa legítima de separación para el hombre, sin embargo, en el caso de este, lo sería solamente cuando existiera escándalo público o menosprecio para la mujer.

12 Cuando hay un cambio de coyuntura general, cuando las mujeres de forma general participan en otros trabajos asalariados hay ciertos cambios en esa estructuración social. Al ocupar mayores espacios sociales hay un mayor reconocimiento, ser una asalariada asentada de forma generalizada le confiere ese crédito… El desdoblamiento se atenúa, aunque nunca se suprime, reflejándose en las relaciones de la vida cotidiana.

Por eso no es de asombrarse que, ante la incapacidad de análisis histórico y materialista, surja la actual misantropía progresista tan de moda últimamente. Que nos propone como respuesta una salida de la especie: *cyborgs* e inseminación artificial fuera de cuerpos humanos. Un futuro repugnante y poco deseable, que vendría a dar respuestas a la inútil lucha por acabar con las tensiones entre los seres humanos, lo cual solo puede significar acabar con los seres humanos. Si bien la intención capitalista de estandarización generalizada va en ese camino, siempre será incompleta. Poner fin a las tensiones o a los problemas entre seres humanos es en vano, la cuestión es vivir con ellas mejor que como las vivimos en esta sociedad.

El deseo de una vida sin conflictos, completamente regulada y controlada, y por tanto cómoda y segura, es propio de una mentalidad religiosa. Este idealismo es acor-

¿Interseccionalidad?

Aun sin conocerla o sin emplear el término preciso, es ya corriente aludir a una idea de interseccionalidad. La "teoría de la interseccionalidad" surge en los 80 del siglo pasado, cómo no, de la academia. Esta teoría sugiere y examina cómo categorías como el género, la raza, la clase, la (dis)capacidad, la orientación sexual, la religión, la edad, la nacionalidad y otros ejes de identidad interaccionan en múltiples y a menudo simultáneos niveles. La teoría propone que debemos pensar en cada elemento o rasgo de una persona como inextricablemente unido con todos los demás elementos para poder comprender de forma completa la propia identidad. **Esta obsesión por "la identidad" como una categoría necesariamente representativa de cada individuo, cabe señalar, es muy propia del capitalismo y no justamente de su superación**.

Antes de convertirlo en asignatura universitaria, ya muchos movimientos de lucha de los años 60 y 70 percibieron razonablemente diferencias al interior de la clase: género/sexo, raza, sexualidad, edad y otras. El problema, quizás infranqueable al momento de luchar, es que se organizaron en base a estas diferencias y divisiones que son parte de la división capitalista del trabajo.

Las mujeres se organizaron en respuesta a la división sexual del trabajo, luchando por la libertad sexual y reproductiva para obtener control sobre sí mismas, "sobre sus propios cuerpos", los cuales el Capital presenta brutalmente como medios de producción. Este "uso" del cuerpo marca a fuego la percepción alienada del mismo. Para todo el proletariado es indispensable percibir su cuerpo como un medio de producción, en la mayoría de las mujeres proletarias se agregará una forma específica por ser el cuerpo productor de nuevos proletarios así como su primer alimento.[1]

«La política de la identidad dice, "Soy negro" o "Soy una mujer," sin completar el otro lado de la contradicción: "…y soy humana". Si el punto del comienzo y del final es unilateral, no hay posibilidad de eliminar las relaciones sociales basadas en la raza o el género. Para los simpatizantes de las políticas de la identidad (a pesar de decir que no), la femineidad, una forma de apariencia dentro de la sociedad, es reducida a "una identidad" natural y estática. Las relaciones sociales como "la femineidad", o simplemente el género, se vuelven objetos estáticos o "instituciones". La sociedad entonces está organizada por individuos o grupos sociológicos con características naturales. Así pues, la única posibilidad de luchar bajo las políticas de la identidad está basada en la distribución equitativa o el individualismo. Es una ideología burguesa en el hecho de que reproduce el individuo alienado, tanto concebido como defendido por los teóricos burgueses y científicos (e impuesto materialmente) desde el comienzo del capitalismo. (…) **el énfasis en el individualismo da paso a una política de diferencia donde las mujeres, los queers, la gente de color, etc. no tienen nada en común el uno con el otro**». (Eve Mitchell, *Soy mujer y soy humana: Una crítica marxista–feminista de la teoría de la interseccionalidad*)

Si partimos de cada experiencia particular y percibimos el objeto a combatir como un sistema entrelazado de opresiones abstraídas de las condiciones materiales e históricas, es decir, sociales, la tenemos muy difícil, por no decir imposible.

Como hemos señalado, las razones económicas no explican cada detalle de la sociedad pero sin esas razones esta sociedad se entiende bien poco. ¿Cómo una proletaria podría escindirse en dos para luchar por un lado contra el machismo y por el otro contra el Capital que la reduce a proletaria? El feminismo interclasista apuesta por esta escisión, imposible en la práctica, separando idealmente lo que es indivisible materialmente.

1 «Consideramos importante evidenciar lo peligroso de concebir al cuerpo primero como a un elemento separado de nuestro ser, nuestro entorno, y luego como a una propiedad privada. ¿Mi cuerpo es mío porque si quiero puedo venderlo, intercambiarlo? Tras esta afirmación se oculta la reproducción de la lógica del enemigo, que entiende a nuestros cuerpos como un medio, un instrumento sometido a las necesidades del Capital». (Boletín La Oveja Negra nro.31, *Hablando con las paredes: Mi cuerpo es mío*)

de a la intolerancia a la frustración, tan propia de nuestra época. La publicidad y los nuevos mandatos rechazan lo desagradable, sin enfrentarlo. Contra toda naturaleza, nos proponen que la vida debe ser solamente fácil y placentera, por eso los contratiempos y circunstancias poco fortuitas, por mínimas que sean, generan niveles insospechados de ansiedad, angustia y enojo, de culpabilización de lo ajeno y victimismo.

Definiciones e indefiniciones

Para enfrentar el machismo y las asignaciones de género —así como la apología del trabajo, del Estado, de la tecnología y de todo cuanto significa esta supervivencia que debemos sobrellevar—, no queda más remedio que mantenernos fuera y contra los discursos posmodernizantes que relativizan todo.

Al interior del Capital nuestra percepción es fragmentada y el conjunto de las relaciones sociales se racionalizan aisladas aunque se experimentan socialmente. De este modo, se puede hablar de patriarcado en tanto que opresión independiente y separada de la del Capital.

La noción, o mejor dicho las nociones, de patriarcado que podemos encontrar fácilmente no están exentas de los mandatos ni de las modas de nuestro tiempo. La imprecisión al momento de definir una categoría es una de ellas y de las más fuertes. Pero esto no presenta mayor dificultad, **como en la mayoría de los casos, estas indefiniciones en el fondo tienen un denominador común**. Aquí, el reduccionismo viene a sostener que la opresión de las mujeres sería el resultado de la dominación masculina y, por tanto, independiente de la sociedad capitalista. Supone que los hombres serían los beneficiarios de la opresión y que por ello la defienden y mantienen. Y rechaza, irónicamente por reduccionistas, los intentos de explicar la opresión particular de las mujeres en la sociedad de clases. Así como rechaza, por supuestamente machistas, los intentos de explicar que esta opresión asigna también a los hombres una vida muy poco deseable.

Bajo esa lógica, la lucha empancipatoria de las mujeres y de quienes quedan al margen de los hombres adultos heterosexuales, sería una cuestión separada de la destrucción del Estado y el Capital. Otros suponen que ambas puedan ir en paralelo, les recordamos que las líneas paralelas son una abstracción de la matemática y que su característica es que no se tocan jamás.

Una definición lo bastante representativa sobre el tema nos dice que: «El patriarcado puede definirse como un sistema de relaciones sociales sexo–políticas basadas en diferentes instituciones públicas y privadas y en la solidaridad interclases e intragénero instaurado por los varones, quienes como grupo social y en forma individual y colectiva, oprimen a las mujeres también en forma individual y colectiva y se apropian de su fuerza productiva y reproductiva, de sus cuerpos y sus productos, ya sea con medios pacíficos o mediante el uso de la violencia».[13] Planteado de esta manera, no acordamos con esa definición de patriarcado ni mucho menos con ese análisis de la realidad, se le llame como se le quiera llamar.

Otras definiciones más cercanas hablan, por ejemplo, de un "patriarcado del salario": «(…) a partir de finales del siglo XIX, con la introducción del salario familiar, del salario obrero masculino (que se multiplica por dos entre 1860 y la primera década del siglo XX), es que las mujeres que trabajaban en las fábricas son rechazadas y enviadas a casa, de forma que el trabajo doméstico se convierte en su primer trabajo y ellas se convierten en dependientes. Esta dependencia del salario masculino define lo que he llamado "patriarcado del salario"; a través del salario se crea un nueva jerarquía, una nueva organización de la desigualdad: el varón tiene el poder del salario y se convierte en el supervisor del trabajo no pagado de la mujer. Y tiene también el poder de disciplinar. Esta organización del trabajo y del salario, que divide la familia en dos partes, una asalariada y otra no asalariada, crea una situación donde la violencia está siempre latente». (Silvia Federici, *El patriarcado del salario*)

Algo ya hemos adelantado anteriormente sobre este asunto al tratar sobre el desdoblamiento de la fuerza de trabajo de proletarias y proletarios. Y ahondaremos particularmente en ello en la próxima entrega de Cuadernos de Negación.

Quien sin duda aporta en la investigación sobre la violencia particular hacia las mujeres históricamente es Gerda Lerner en su libro *La creación del patriarcado*. El esfuerzo de esta autora nos parece notable y **no porque se esmere en buscar la palabra precisa sino por la reflexión que conlleva pensar todo aquello.** Porque para nosotros, no se trata de un tratado científico ni de un conjuro donde colocar la nomenclatura precisa o pronunciar la palabra mágica nos dará los resultados deseados.

«La sociedad patriarcal se caracteriza por la patrilinealidad, leyes de propiedad que garantizaban los derechos hereditarios de los hijos varones, la dominación masculina en las relaciones sexuales y de propiedad y en la burocracia militar, política y religiosa. Estas instituciones eran respaldadas por la familia patriarcal que a su vez las recreaba continuamente. (…) La autoridad del padre sobre los hijos era ilimitada. En el Código de Hammurabi (CH) la actitud rebelde del hijo que golpea a su padre era considerada una ofensa grave, que podía ser castigada con la amputación de

13 Marta Fontela, *Patriarcado* (en *Diccionario de estudios de género y feminismos*).

la mano del hijo. En el caso de un hijo adoptado, que rompe los lazos paternos al negar al padre que lo ha adoptado, la pena consistía en arrancarle la lengua (art.192 y 193). Las leyes hebraicas son todavía más rigurosas, exigiendo la muerte del hijo ante la ofensa de golpear a cualquiera de sus progenitores. Vale señalar ahora que en el CH el mayor crimen es la rebelión de un hijo contra su padre, y solo la sacerdotisa ocupa un lugar equivalente a la figura paterna». (Gerda Lerner, *La creación del patriarcado*)

Transcribimos estos ejemplos para mostrar que no se trata simplemente de la dominación de "los varones", basta con ver cuál era el trato a los hijos varones por desobediencia a su padre o a su madre. Es decir, por atentar contra las autoridades de la familia que hacían posible la transmisión de la propiedad, ahora sí entre varones. También para comprender que estos acuerdos hereditarios, a los que se da fuerza de ley, solo eran posibles entre familias adineradas. Al fomentar la monogamia y el matrimonio entre personas del mismo estatus social, estas leyes aseguraban que la propiedad permanecía dentro de la clase rica. Esto se conseguía dando derechos hereditarios a los niños de uno y otro sexo: los hijos heredarían a la muerte del padre y las niñas cobrarían su parte en forma de dote.[14]

Las familias pobres, que tenían poco o nada que heredar, sin embargo, son el mero reflejo del orden imperante y educan a sus hijos para que lo sigan, con lo que crean y refuerzan constantemente ese orden. Sabemos que la ideología dominante es la de la clase dominante. Y quizás por eso la crítica a la familia últimamente carece de la crítica a la herencia. La herencia es un acto jurídico en el cual la familia y la propiedad se encuentran y comprenden en su mutua existencia. Sin embargo, parece que el problema de la familia es simplemente opresivo a nivel individual y no un hecho social fundamentalmente necesario para la sociedad de clases, para la democracia, donde todos nacemos libres e iguales, pero algunos más iguales que otros.

Lerner afirma también que **la familia patriarcal ha sido extraordinariamente flexible y ha variado según época y lugar, recordemos que es una creación histórica elaborada por hombres y mujeres en un proceso que tardó casi 2500 años en completarse**: «El patriarcado oriental incluía la poligamia y la reclusión de las mujeres en harenes. El patriarcado en la Antigüedad clásica y en su evolución europea está basado en la monogamia, pero en cualquiera de sus formas formaba parte del sistema el doble estándar sexual que iba en detrimento de la mujer. En los modernos Estados industriales las relaciones de propiedad en el interior de la familia se desarrollan dentro de una línea más igualitaria que en aquellos donde el padre posee una autoridad absoluta y, sin embargo, las relaciones de poder económicas y sexuales dentro de la familia no cambian necesariamente. En algunos casos, las relaciones sexuales son más igualitarias aunque las económicas sigan siendo patriarcales; en otros, se produce la tendencia inversa».

Y añadimos otro extracto del mismo libro:

«[Las capacidades y servicios sexuales y reproductivos de las mujeres se convirtieron] en una mercancía antes incluso de la creación de la civilización occidental. El desarrollo de la agricultura durante el período neolítico impulsó el "intercambio de mujeres" entre tribus, no solo como una manera de evitar guerras incesantes mediante la consolidación de alianzas matrimoniales, sino también porque las sociedades con más mujeres podían reproducir más niños. A diferencia de las necesidades económicas en las sociedades cazadoras y recolectoras, los agricultores podían emplear mano de obra infantil para incrementar la producción y estimular excedentes. El colectivo masculino tenía unos derechos sobre las mujeres que el colectivo femenino no tenía sobre los hombres. Las mismas mujeres se convirtieron en un recurso que los hombres adquirían igual que se adueñaban de las tierras. Las mujeres eran intercambiadas o compradas en matrimonio en provecho de su familia; más tarde se las conquistaría o compraría como esclavas, con lo que las prestaciones sexuales entrarían a formar parte de su trabajo y sus hijos serían propiedad de sus amos. En cualquier sociedad conocida los primeros esclavos fueron las mujeres de grupos conquistados, mientras que a los varones se les mataba. Solo después de que los hombres hubieran aprendido a esclavizar a las mujeres de grupos catalogados como extraños supieron cómo reducir a la esclavitud a los hombres de esos grupos y, posteriormente, a los subordinados de su propia sociedad. De esta manera **la esclavitud de las mujeres, que combina racismo y sexismo a la vez, precedió a la formación y a la opresión de clases**. Las diferencias de clase estaban en sus comienzos expresadas y constituidas en función de las relaciones patriarcales.[15]

Hacia el segundo milenio a.c. en las sociedades mesopotámicas las hijas de los pobres eran vendidas en matrimonio o para prostitución a fin de aumentar las posibilidades económicas de su familia. Las hijas de hombres acaudalados podían exigir un precio de la novia, que era pagado a su

14 La "dote" es el patrimonio que la futura esposa o su familia entregan al novio, siendo en muchos casos proporcional al estatus social del futuro esposo. Es decir, una relación entre hombres a través de mujeres.

15 Nota de Cuadernos de Negación: evidentemente la esclavitud implica clases sociales por mucho que la misma se extienda solo a ciertos humanos (sean "solamente" mujeres o negros). Es un sinsentido diferenciar la existencia de la esclavitud de la opresión de clases, lo importante es cómo comenzó siendo expresada la opresión de clase.

familia por la del novio, y que frecuentemente permitía a la familia de ella concertar matrimonios financieramente ventajosos a los hijos varones, lo que mejoraba la posición económica de la familia. Si un marido o un padre no podían devolver una deuda, podían dejar en fianza a su esposa e hijos que se convertían en esclavos por deudas del acreedor. Estas condiciones estaban tan firmemente establecidas hacia 1750 a.c. que la legislación hammurábica realizó una mejora decisiva en la suerte de los esclavos por deudas al limitar su prestación de servicios a tres años, mientras que hasta entonces había sido de por vida. Los hombres se apropiaban del producto de ese valor de cambio dado a las mujeres: el precio de la novia, el precio de venta y los niños. Puede perfectamente ser la primera acumulación de propiedad privada. La reducción a la esclavitud de las mujeres de tribus conquistadas no solo se convirtió en un símbolo de estatus para los nobles y los guerreros, sino que realmente permitía a los conquistadores adquirir riquezas tangibles gracias a la venta o el comercio del producto del trabajo de las esclavas y su producto reproductivo: niños en esclavitud. Claude Lévi–Strauss, a quien debemos el concepto de "el intercambio de mujeres", habla de la cosificación de las mujeres que se produjo a consecuencia de lo primero. **Pero lo que se cosifica y lo que se convierte en una mercancía no son las mujeres. Lo que se trata así es su sexualidad y su capacidad reproductiva. La distinción es importante**.[16] Las mujeres nunca se convirtieron en "cosas" ni se las veía de esa manera. Las mujeres, y no importa cuán explotadas o cuánto se haya abusado de ellas, conservaban su poder de actuación y de elección en el mismo grado, aunque más limitado, que los hombres de su grupo. Pero ellas, desde siempre y hasta nuestros días, tuvieron menos libertad que los hombres. Puesto que su sexualidad, uno de los aspectos de su cuerpo, estaba controlada por otros. Las mujeres, además de estar en desventaja física, eran reprimidas psicológicamente de una manera muy especial». (Gerda Lerner, *La creación del patriarcado*)

A lo largo de la historia de las sociedades de clase, para poder reproducirse estas debieron controlar cuatro elementos fundamentales e inseparables de la vida de la especie: el cuerpo, la sexualidad, la reproducción y la crianza de los hijos. En este punto el control de la mujer se vuelve esencial, dentro del conjunto de prácticas y dinámicas sociales que operan para el mantenimiento de la explotación de clase. El control de la mujer (su cuerpo, su sexualidad, su capacidad reproductiva) permite controlar al mismo tiempo a los hombres, puesto que controlando a la mujer se controla una fase nodal en la reproducción de la especie. De la misma manera, permite controlar hijas e hijos pequeños. **En este sentido puede decirse que lo patriarcal no es la subordinación de las mujeres (e hijos) a los hombres, sino la subordinación de las mujeres (e hijos) a las sociedades de clase por medio de los hombres**.

Bien, "subordinación" no es un término demasiado preciso pero ¿qué palabra es lo suficientemente precisa para describir la posición histórica de las mujeres en las sociedades de clase en general y en el modo de producción capitalista en particular? **Evidentemente no hay palabras mágicas, ningún "abracadabra" servirá para conjurar la realidad**. Reflexionar en torno a algunos términos puede ayudarnos a comprender la realidad en la cual vivimos. Vamos con ello…

La palabra "opresión", por ejemplo, implica una lucha de poder, una derrota que termina con la dominación de un grupo sobre otro. Es posible que la experiencia histórica de las mujeres incluya una opresión de este tipo, pero no es solo eso. Debido a su referencia al poder es común que, por ejemplo, en el ámbito anarquista haya mayores referencias a los oprimidos que a los explotados, seguramente muchas veces la visión antimarxista hace suponer a la mayoría de los anarquistas que no se oprime por cuestiones materiales. Sin duda, pensar la explotación como simplemente económica deja afuera toda una dimensión del antagonismo social, pero evadir las razones económicas no aporta demasiado. Por otra parte, la noción de opresión, como tantos otros términos similares, puede olvidar cómo los oprimidos a menudo acaban colaborando en su propia opresión, y por tanto, que no es una relación unívoca, sino más bien mutua, aunque no exenta de violentas intimidaciones y chantajes. Esa misma idea ahistórica y no materialista supone que toda acción es plenamente conciente y voluntaria, cuando en verdad muchas veces la participación en la propia opresión es parte de una coacción mayor. Las mujeres están oprimidas en muchos aspectos de su existencia por sus padres o maridos, eso no inhibe que ellas mismas puedan hacerlo sobre otros hombres y otras mujeres, sobre otros niños y niñas. Toda esta complejidad puede desaparecer cuando se emplea el término opresión en un tono victimista (valga esto tanto para las mujeres como para el proletariado).

16 Nota de Cuadernos de Negación: Y vaya si es importante… **La mercancía fuerza de trabajo también es inseparable de su portador.** Cualquier ser humano proletarizado debe vender su fuerza de trabajo y con ello se le va su cuerpo, su energía vital, su vida… Esencialmente nuestra fuerza de trabajo es lo que le interesa al Capital, y por ende al patrón, y que vengamos nosotros añadidos con ella le supone la mayoría de las veces hasta un problema que le es imposible sortear. A él le interesa nuestra función productiva y reproductiva, así como nosotros queremos acabar con él por su función social explotadora. Si bien nuestro objetivo es el Capital y no el capitalista, las relaciones sociales capitalistas siguen adquiriendo formas humanas. Lo mismo sucede en esta distinción que establece Lerner.

El uso de la expresión "subordinación", en vez de la palabra opresión, tiene algunas ventajas. Subordinación no tiene la connotación de intención perversa por parte del dominador e incluye la posibilidad de la aceptación más o menos voluntaria del estatus de subordinación. No se puede imputar las complejas relaciones de sexo–género entre hombres y mujeres durante cinco milenios a una sola causa: el afán de poder de los hombres. Siempre es mejor, por tanto, emplear términos "libres" de juicios de valor y que nos permitan describir las varias y diferentes relaciones de sexo–género en distintas épocas y lugares.

La utilización, por otra parte, de la palabra "privación" tiene la ventaja con respecto a los otros dos términos de que es más objetiva, pero la desventaja de que enmascara y oculta la existencia de relaciones que van mas allá de la producción exclusivamente. Así, puede hacerse de ella un uso reduccionista con argumentos marxistas. Además, dirige la atención hacia aquellos a los que se priva y no tanto a quienes los privan.

Cuando se asume que las mujeres están en el centro y no al margen de la historia de la humanidad, y que más allá de su posición desfavorable no son sujetos pasivos sino activos, resulta obvio que las tres palabras las describirán en algún momento de la historia y en algún lugar. Pero el esfuerzo por poner una etiqueta descriptiva a cada uno de los distintos aspectos de su situación ha oscurecido la interpretación de la posición de las mujeres en la historia. Es imposible, y nadie ha intentado, describir la posición de todos los hombres con una sola palabra que sirva para cualquier período de la historia. Tampoco se puede hacer con las mujeres. Por consiguiente, hay que emplear diversas categorías y pensar más allá de los glosarios.

Con la categoría de patriarcado sucede lo mismo, es por tal motivo que la hemos puesto en duda en tanto que sistema en el cual han vivido las mujeres desde el nacimiento de la civilización e incluso hasta el presente.

Coincidimos con Lerner en que el problema con la palabra patriarcado es que su sentido es estricto y tradicional, y no necesariamente el que a menudo le dan feministas y simpatizantes del feminismo. Por lo que respecta a su significado estricto, patriarcado hace referencia a un sistema en el que el cabeza de familia de una unidad doméstica tenía un poder legal y económico absoluto sobre los otros miembros, mujeres y varones de la familia. Por tanto, la aplicación de este término tiene una historicidad limitada. No porque haya finalizado la posición desfavorable de las mujeres sino porque ha tomado nuevas maneras de proceder.

Es necesario describir la relación entre un sexo que es considerado superior y un sexo subordinado, al que se considera inferior. Superior o inferior, más apto o más débil, claro, según las premisas de la misma sociedad. Es por esto que los "valores" masculinos suelen estar asociados a los "valores" capitalistas. A la producción de valor están asociados los "valores" masculinos y femeninos que han sido producidos y no son expresiones naturales de un cuerpo con un pene o una vagina. Y utilizamos, por primera vez, la palabra valor en el sentido corriente del término, en tanto característica, virtud o norma de comportamiento. Siempre nos referimos al valor para la crítica de la economía, pero por una vez, quizás, sea importante evidenciar el potente vínculo existente entre sus dos acepciones.

El "todos contra todos" capitalista, por ejemplo, puede considerarse una forma de comportarse asignado a lo masculino, marcada por la competitividad, por quienes fueron y son obligados a ir a la guerra para defender y proveer a su patria y su familia, en nombre de su fuerza y su firmeza.

«Es por eso que la esfera de la intimidad, como la otra cara del trabajo, es declarada baluarte de la "verdadera vida" por la ideología burguesa de la familia, aunque en realidad la mayoría de las veces no sea más que un infierno íntimo. El asunto es que no se trata de una esfera de vida mejor y verdadera, sino más bien de una forma igual de estúpida y limitada de la existencia, a la que se ha adjudicado un designio distinto. Esta esfera también es producto del trabajo, aunque separado de este, pero solo existente con relación a este. Sin el espacio social separado de la actividad "femenina" nunca hubiese podido funcionar la sociedad del trabajo». (Grupo Krisis, *Manifiesto contra el trabajo*)

En ese sentido, lo adjudicado a lo femenino no es la "mitad mejor" sino solo la otra cara de la moneda. Abolir el capitalismo supone abolir dichas adjudicaciones y desprecios, así como supone abolir los supuestos "privilegios" asignados a la esfera masculina.[17]

Quizás una categoría simple y poco grandilocuente como "sexismo" puede aportarnos más de lo que parece. Esta define la ideología de la supremacía masculina y las creencias que la respaldan y la mantienen, creencias que no solo existen en las mentes sino que son de una potente fuerza material. Es evidente que puede existir sexismo en sociedades donde existe igualdad formal entre hombres y mujeres, y no podamos hablar por lo tanto de patriarcado tal cómo lo definíamos anteriormente (esta parece ser la tendencia del capitalismo, si bien no está instaurada en todos los países). Del mismo modo que sigue existiendo racismo en sociedades que han eliminado formalmente la segregación racial.

17 La teoría del valor–escisión de Roswitha Scholz y Grupo Krisis estimula reflexiones muy necesarias, sin embargo, no consideramos al capitalismo como «patriarcado productor de mercancías», ni suscribimos a las consideraciones generales de dichos autores.

Pero el racismo para dividir a los seres humanos precisa del concepto de "razas". No se trata de olvidar la enorme y bella diversidad de nuestra especie, sus etnias o poblaciones, o lo referido a la pigmentación de pieles y cabellos, rostros y estaturas, sino de comprender que esta diversidad no es evidencia para suponer que existan razas entre humanos. La existencia de razas es una convención para asignar a diferentes grupos humanos diferentes conductas y "valores" según quién las defina y en función de qué, a saber: la burguesía para reproducir más capital.

Bien, el sexismo también asigna a cada sexo, considerando solo dos, diversas características que presupone naturales y no históricas, para jerarquizar a un grupo por sobre el otro. El término sexo deriva del latín *sexus*, por *sectus*, y significa justamente: sección, separación. Esta reproducción de dos sexos, precisamente separados está completamente relacionada a lo "masculino" y lo "femenino". El sexo es entonces propuesto como lo natural y sus asignaciones, digamos de género, como culturales. En próximos números de esta publicación, nos adentraremos en esta cuestión, pero, por el momento, queremos subrayar que señalar el sexismo de esta sociedad intenta señalar un hecho objetivo, sin apelar a victimizaciones, ambiguas referencias históricas y, por sobre todo, procura presentarlo como una característica, fundamental si se quiere, de esta sociedad pero no como una realidad aparte.

Para esto es preciso apuntar que, tanto el racismo como el sexismo son algo más que un problema ideológico, político o de connotaciones malignas. Para atacar al racismo y al sexismo es primordial atacar la sociedad capitalista que es su fundamento, cualquier reforma y fortalecimiento de esta sociedad es, por tanto, reforzar el carácter racista y sexista que se pretende combatir.

Esclavitud y patriarcado

La esclavitud, desconocida en sociedades cazadoras y/o recolectoras, puede comenzar a hallarse en distintas épocas y regiones con el advenimiento del pastoreo, la agricultura y las primeras ciudades. Sus causas están relacionadas con los prisioneros de guerra, el castigo por un crimen, la venta por parte de miembros de la familia o la venta de uno mismo a causa de deuda.

«La esclavitud —escribe Gerda Lerner— es la primer forma institucionalizada de dominio jerárquico en la historia humana, está relacionada con la creación de una economía de mercado, las jerarquías y el Estado. (…) supuso un avance fundamental en el proceso de organización económica, avance sobre el cual descansaría el desarrollo de la sociedad antigua. (…) La esclavitud solo podía darse cuando existían ciertas precondiciones: tenía que haber un excedente alimentario; tenían que existir medios para sojuzgar a los prisioneros recalcitrantes; tenía que haber una distinción (visual o conceptual) entre ellos y sus esclavizadores. El invento crucial, **además de tratar brutalmente a otro ser humano y forzarle a trabajar contra sus deseos, hace posible designar al grupo dominado como completamente diferente al grupo dominador**».

Por ello la necesidad de destruir los fuertes lazos comunitarios de quienes son convertidos en esclavos, arrancándoles de su lugar, transformándoles en objetos cuantificables, medibles y vendibles que pudiesen trabajar hasta la muerte.

Sin embargo, durante largos períodos, quizás siglos, mientras que los enemigos varones eran generalmente asesinados por sus capturadores, las mujeres y niños eran apresados y se les incorporaba a las familias y a la sociedad de sus captores.

Lerner deduce que esta violencia particular hacia las mujeres antecede a la esclavitud y la hace posible:[18]

«La sexualidad y el potencial reproductivo de las mujeres se convirtieron en una mercancía de intercambio o para ser adquirida, al servicio de sus familias; por tanto, se concibió a las mujeres como un grupo con una autonomía menor que los hombres (…). En la mayoría de las sociedades las mujeres son más susceptibles de convertirse en seres marginados que los hombres. Una vez privadas de la protección del varón debido a su fallecimiento, a la separación o por no ser ya deseable como pareja sexual, las mujeres quedan marginadas. En los comienzos de la formación del Estado y de la implantación de las jerarquías y las clases, los hombres dieron de observar esta mayor vulnerabilidad de las mujeres y aprendieron con ello que se pueden utilizar las diferencias para separar y dividir un grupo humano de otro. Estas diferencias pueden ser "naturales" y biológicas, como el sexo y la edad, o pueden ser una creación masculina, como la cautividad y el señalar con una marca.

El "invento de la esclavitud" conlleva el desarrollo de técnicas de esclavización permanentes y el concepto, tanto en el dominador como en el dominado, de que una impotencia permanente en uno de ambos lados y un poder

18 La autora halla también pruebas lingüísticas a favor del hecho de que se esclavizó a las mujeres antes que a los hombres: el signo cuneiforme en la lengua acadia para "esclava" era "mujer" más "montaña", lo que parece indicar el origen foráneo de las esclavas. De hecho, muchos de los esclavos provenían de las montañas orientales (…) el signo que significa "esclava" aparece antes que el de "esclavo". Y en lo que respecta al griego, algunos escritores afirman que la palabra *doula* tiene la doble connotación de esclava y concubina. De modo similar, el término griego *amphipolos* (criada, camarera), que desde tiempos micénicos está restringido en el idioma griego a las mujeres, se utiliza también en ocasiones para designar a las esclavas.

absoluto en el otro son las condiciones aceptables para la interacción social».

Cuando las sociedades comenzaron a tener mejores medios para mantener a sus esclavos y, por tanto, se comenzaron a incluir hombres en cautiverio, estos fueron explotados principalmente como trabajadores, mientras que las mujeres fueron explotadas siempre como trabajadoras, prestadoras de servicios sexuales y como reproductoras. Como explica Lerner:

«La posición de clase de las mujeres se consolida y tiene una realidad a través de sus relaciones sexuales. Siempre estuvo expresada por grados de falta de libertad en una escala que va desde la esclava, con cuyos servicios sexuales y reproductivos se comercian del mismo modo que con su persona; a la concubina esclava, cuya prestación sexual podía suponerle subir de estatus o el de sus hijos; y finalmente la esposa "libre", cuyos servicios sexuales y reproductivos a un hombre de la clase superior la "autorizaba" a tener propiedades y derechos legales. Aunque cada uno de estos grupos tenga obligaciones y privilegios muy diferentes en lo que respecta a la propiedad, la ley y los recursos económicos, comparten la falta de libertad que supone estar sexual y reproductivamente controladas por hombres. **Podemos expresar mejor la complejidad de los diferentes niveles de dependencia y libertad femeninos si comparamos a cada mujer con su hermano y pensamos en cómo difieren las vidas y oportunidades de una y otro**».

El capitalismo, que es el corolario de todo el desarrollo histórico del mercado mundial, del sometimiento de todo lo que hay sobre el planeta a la tiranía de la economía, evidentemente se asienta sobre la tradición patriarcal así como sobre el esclavismo. Pero la característica del Capital es justamente su globalidad, por eso es que conquista y destruye, y lo que no destruye es subsumido, es decir dominado y puesto a trabajar para sí mismo.

La paradoja del capitalismo es que siendo la sociedad del salario, la ley y la modernización, existe justamente gracias al tráfico ilegal y al trabajo esclavo en vastas regiones del mundo. Y que, siendo la sociedad de la igualdad formal, existe gracias a las desigualdades reales.[19] Subsiste también gracias a antiguas tradiciones que en algún momento y lugar le fueron o le son propicias. ¿Se podría decir que es esta una sociedad que esclaviza y contrabandea? Sí, claro que sí. Pero asegurarlo sin comprender que esos "esclavos" producen para el Capital y no para un sistema de producción paralelo sería confundir las cuestiones. **El capitalismo es un sistema global y totalitario, no hay coexistencia de otros sistemas de producción a su lado.** Incluso este contrabando, al margen de la legalidad, no se hace al margen del capitalismo.

El sexismo ya constitutivo de modos de producción anteriores, fue subsumido y trastocado por el capitalismo, siendo sus características modificadas, conservadas y desechadas según la necesidad de ganancia. Como decíamos anteriormente, **el modelo patriarcal se comenzó a quebrar cuando la base material de subsistencia dejó de ser la propiedad de la tierra a ser transmitida hereditariamente de padres a hijos y se convirtió en la venta de fuerza de trabajo en el mercado, para la cual la unidad relevante pasó a ser el individuo y no la familia.** Así también, mientras en el antiguo modelo, en el cual tomaba mayor relevancia "el patriarca" dentro del núcleo familiar, la población satisfacía la mayor parte de sus necesidades directamente, el capitalismo necesitó desposeer a estos hombres y mujeres para ampliar la esfera de la circulación y el intercambio. Sin embargo, cuando vio peligrar la reproducción de fuerza de trabajo cada vez más requerida para la gran industria, cuidó bien de reforzar la unidad familiar como garantía de su medio de producción más poderoso, los trabajadores.

La subsunción del patriarcado en el Capital muestra cómo aspectos de la reproducción social fueron integrados en la producción de valor. Esto es, a su vez, la consumación de la subsunción en el Capital de la fuerza productiva y reproductiva de las mujeres en particular y de la actividad humana en general.

La noción de subsunción nos permite comprender además la relación existente entre el trabajo doméstico y el trabajo asalariado. No como "dos modos de producción" separables, uno dominante y otro de producción familiar.

Si bien es cierto que la esclavitud íntimamente ligada al sexismo es parte del origen del desarrollo mundial del valor, ni la esclavitud ni el sexismo (o patriarcado) son hoy el "talón de Aquiles" del capitalismo. Porque el Capital es también un proceso de transformación por el cual las formas de producción anteriores adquieren un carácter específicamente capitalista. Efectivamente, el capitalismo solo puede ser comprendido como totalitario y totalizador, impidiendo cualquier otra comunidad que no sea su propia "comunidad".

---

19 «La anulación política de la propiedad privada no solo no acaba con ella, sino que incluso la presupone. El Estado suprime a su modo las diferencias de nacimiento, estamento, cultura, ocupación, declarándolas apolíticas, proclamando por igual a cada miembro del pueblo partícipe de la soberanía popular, sin atender a esas diferencias, tratando todos los elementos de la vida real del pueblo desde el punto de vista del Estado. No obstante el Estado deja que la propiedad privada, la cultura, las ocupaciones actúen a su modo y hagan valer su ser específico. Muy lejos de suprimir estas diferencias de hecho, la existencia del Estado las presupone, necesita oponerse a estos elementos suyos para sentirse como Estado político e imponer su generalidad». (Karl Marx, Sobre *La cuestión judía*)

¿Estado patriarcal?

Hay quienes plantean que vivimos en un "Estado patriarcal" con el propósito de desenmascarar el carácter sexista del Estado. **Pero llamar patriarcal a algo se ha vuelto una costumbre neolingüística en ciertos círculos para designar que algo es "no–bueno"**, algo parecido suele ocurrir con la palabra fascismo.

Insistimos, con Gerda Lerner, que la formación del patriarcado no se da de repente, sino que es un proceso de 2500 años, del 3100 a.c. al 600 a.c. Y que, además de darse en zonas diferentes, lo hace también en épocas y a ritmos diferentes. Durante un período de unos mil años, la tradición patriarcal pasó de la práctica privada a la ley pública. El control de la sexualidad femenina, que anteriormente tenían los maridos o los cabezas de familia, se convirtió en una cuestión regulada por el Estado.

«La familia patriarcal, institucionalizada totalmente por vez primera en las leyes de Hammurabi, era el espejo del Estado arcaico con su mezcla de paternalismo y autoridad incuestionable. Pero lo que es más importante entender para comprender la naturaleza del sistema según el sexo/género bajo el que aún vivimos es el proceso contrario a este: el Estado arcaico, desde sus inicios, reconoció su dependencia respecto de la familia patriarcal y equiparó el funcionamiento disciplinado de la familia con el orden en la esfera pública. La metáfora de la familia patriarcal como la célula, el edificio fundamental, del organismo sano de la comunidad pública se expresó por primera vez en las leyes mesopotámicas. Constantemente se la ha ido reforzando en la ideología y la práctica durante tres milenios».

Engels escribía en su libro *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* que «el Estado se alza sobre las ruinas de la gens». La gens fue la organización social, que precedió en Roma la constitución del Estado–ciudad. La gens podría definirse como un conjunto de familias que descendían o creían descender de un antepasado común vinculadas por un parentesco más o menos lejano, que tenían sus divinidades, sus costumbres y su territorio.

Engels luego agrega: «El Estado no es de ningún modo un poder impuesto desde fuera de la sociedad; tampoco es "la realidad de la idea moral", "ni la imagen y la realidad de la razón", como afirma Hegel. Es más bien un producto de la sociedad cuando llega a un grado de desarrollo determinado; es la confesión de que esa sociedad se ha enredado en una irremediable contradicción consigo misma y está dividida por antagonismos irreconciliables, que es impotente para conjurar. Pero a fin de que estos antagonismos, estas clases con intereses económicos en pugna no se devoren a sí mismas y no consuman a la sociedad en una lucha estéril, se hace necesario un poder situado aparentemente por encima de la sociedad y llamado a amortiguar el choque, a mantenerlo en los límites del "orden". Y ese poder, nacido de la sociedad, pero que se pone por encima de ella y se divorcia de ella más y más, es el Estado».

El Estado moderno es ya parte del reemplazo de la dominación de esos jefes de familia, de esos patriarcas aislados por una clase dominante, no casualmente conformada mayoritariamente por hombres adultos, a los cuales ya no los vincula ninguna consanguinidad sino el afán de capital. Si bien las mujeres se encuentran en una relativa igualdad con los hombres, en tanto que fuerza de trabajo libre, esta igualdad se halla en una tradición patriarcal debilitada, pero patriarcal al fin.

El *pater familias* Estado requiere, para el mejor funcionamiento del Capital, que gran parte de las relaciones sean coherentes entre sí y con su sistema social. Más allá de los enfrentamientos personales y violencias intrafamiliares, es quien detenta el monopolio de violencia.

A la acusación le sobreviene, muchas veces, el reclamo. Al mismo Estado, que se lo tipifica como patriarcal, se le exige que actúe como si fuese libre de todo sexismo.

«Ante los continuos y crecientes daños a todos aquellos que se reconocen por fuera del género masculino heterosexual, se pide mayor intervención estatal: más legislaciones, más programas gubernamentales de contención, más seguridad, más trabajo, más punición, más control. Lo que no se ve es que donde "el Estado está ausente" es donde más presente está el Estado». (Boletín La Oveja Negra, *Algunas reflexiones en torno al 8M 2018*)

No debemos contemplar el mismo horizonte que la burguesía y definirnos como víctimas. Eso nos entrega de manos atadas al Estado, que en tanto nuevo y verdadero pater familias sustituye al marido o se convierte en él, exigiéndonos sumisión y obediencia a cambio de protección. Pero la "protección" incluye el mandato de cómo se debe vivir. Su tutela es también guía y ayuda no requerida. Pues considerados personas peligrosas pero a su vez cándidas, solo nos quedaría el triste ejercicio de someternos de buena gana a esta autoridad autonomizada de nosotros mismos. En definitiva, la coartada estatista de la protección puede vestirse de feminismo, pero ello no quita el requerimiento de sumisión y dependencia.

ALGUNA VEZ ESTUVO TODO AL REVÉS…

Que «siempre vivimos así» es un mito de una fuerza muy potente para no rebelarse ante las condiciones actuales. **Otro mito para el mantenimiento del orden es atribuir la violencia hacia las mujeres a una supuesta asimetría sexual o biológica basada en otra suposición muy conveniente: la superioridad natural del hombre.** Así, el hombre, supuestamente superior en fuerza, protegería, alimentaría y defendería a la mujer supuestamente vulnerable, dotada para la maternidad y la crianza. Quizás estos defensores de la tradición machista, aunque intenten remontar su imaginación a miles de años atrás, imaginan barriendo su espacio vital con una improvisada y "primitiva" escoba a una mujer definida tal cual la conocen o idealizan ellos. Como si la noción de ser una mujer fuera ahistórica, es decir, una noción dada por fuera o más allá de los cambios históricos.

«Para paralizar el mundo en función de su imagen y sus intereses, la burguesía requiere "naturalizar" permanentemente las relaciones sociales existentes. (…) Esta naturalización encuentra sus agentes, sus teóricos, en miles de pensadores, periodistas, historiadores, científicos, filósofos, artistas y otros *fotógrafos* del Capital. Todos estos ideólogos, consciente o inconscientemente al servicio del Estado burgués, imponen al ciudadano la idea dominante según la cual el mundo siempre fue como lo que es hoy en día, y por ello jamás se podrá encontrar una alternativa de superación, una revolución. (…) Se nos presenta el Capital como el fruto del progreso lineal que condujo de los primeros intercambios mercantiles al intercambio capitalista, de la barbarie al mundo civilizado. El Capital es efectivamente desarrollo del intercambio y el progreso, pero se esconde que ese progreso implica necesariamente: desarrollo y aumento de la explotación, de la miseria, destrucción del medioambiente, deshumanización de todas las relaciones sociales… y nos lo presentan como sinónimo de desarrollo del bienestar y del avance de la civilización contra la barbarie. La barbarie de la "primera edad" es sintetizada y fijada en el imaginario colectivo como una caricatura: un bruto con un garrote, arrastrando a "su" mujer de los pelos». (Miriam Qarmat, *Contra la democracia*)

La noción de Progreso se refiere directamente a una evolución lineal en la cual lo que viene sería mejor que lo anterior, suponiendo un avance lineal desde lo "inferior" hacia un fin último "superior". Incluso la idea misma de Progreso tiene unos pocos siglos.

Sabemos en carne propia que este no es el mejor de los mundos posibles. Sospechamos que nuestra especie no ha

desarrollado su sociabilidad de modo lineal y, mucho menos, al unísono en diferentes lugares del planeta. Diversas sociedades humanas han podido desarrollar modos dominadores y quizás hasta combinarlos con modos comunitarios. Otras han podido vivir comunitariamente hasta ser invadidas y destruidas por dominadores. Es poco lo que podemos conocer, y solamente a través de conjeturas basadas en hallazgos arqueológicos y especulaciones científicas.

Como ya hemos señalado, Gerda Lerner insiste en que la formación del patriarcado no se da de repente, sino que es un proceso de aproximadamente 2500 años. La autora señala, por ejemplo, cómo en la Babilonia del 2000 a.c. los hombres controlaban la sexualidad femenina y, sin embargo, las mujeres disfrutaban de una "independencia económica". Por ello, concluye que **aunque las cuestiones relativas al "origen" pueden interesar inicialmente, «mucho más importante es el proceso histórico por el cual se estableció e institucionalizó el patriarcado».**

«El proceso por el cual unos poblados neolíticos diseminados se convirtieron en comunidades agrícolas, luego en centros urbanos y finalmente en Estados ha sido denominado "la revolución urbana" o "el nacimiento de la civilización". Es un proceso que ocurre en momentos y áreas diferentes en todo el mundo: primero, en los grandes ríos y valles costeros de China, Mesopotamia, Egipto, India y Mesoamérica; luego en África, el norte de Europa y Malasia. Los Estados arcaicos se caracterizan en todas partes por la aparición de clases de propietarios y jerarquías; por la producción de bienes con un alto grado de especialización y por un comercio organizado que cubre regiones distantes; por el urbanismo; el surgimiento y la consolidación de las élites militares; la monarquía; la institucionalización de la esclavitud; la transición desde el dominio de los grupos de parentesco a las familias patriarcales como el principal modo de distribución de bienes y poder». (Gerda Lerner, *La creación del patriarcado*)

Friedrich Engels publicó en 1884 *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado: a la luz de las investigaciones de Lewis H. Morgan*, basado parcialmente en apuntes de Karl Marx y en el libro *La sociedad antigua* de, justamente, Morgan. Se dice que salió gritando por las calles de Londres: «¡Señores!, alguna vez todo estuvo al revés. Lean esto, lean, lean». La sensación que hoy nos puede generar adentrarnos en investigaciones de este tipo es la misma. Aunque, al igual que Engels, cuando decimos que alguna vez estuvo todo al revés no nos referimos a que las mujeres dominaban a los hombres o los menores a los adultos.[20] **No nos referimos a que si no era patriarcado, entonces debió de ser matriarcado; a que si los hombres no dominaban a las mujeres, entonces eran dominados por estas; o a que si no era un solo dios, eran entonces muchas diosas.** Un ejercicio de imaginación revolucionaria puede ser el de no pensar entre las opciones de una dicotomía, sino romper con ella.

Otro ejercicio imaginativo puede ser preguntarnos: ¿cómo es que nuestra especie vivió sin Estado ni mercancía, sin cárceles ni familia tantísimo tiempo de su existencia? La parte más extensa de la historia humana fue completamente diferente a lo que vivimos hoy, a aquello que se supone eterno. Nos dicen que «es la naturaleza humana, no se puede cambiar» a la hora de justificar el Estado, la propiedad privada o la monogamia. Con solo recordar qué pequeña parte representamos en la existencia de nuestra especie, aquella pseudoargumentación no puede causar más que risa. Cuidado, tampoco queremos exponer un Edén de miles y miles de años para sostener la lucha comunista en la "bondad natural" del ser humano.

Como tantos otros, nos vimos tentados a ir muy atrás en el tiempo para poder historizar la división sexual y la subordinación de las mujeres. La tarea es enorme: la profunda investigación que demandaría, obligaría a dedicarse solo a aquello por años y sin la garantía de una verdadera respuesta. Sin embargo, a partir de lo hallado querríamos poner en común algunas reflexiones al respecto.

No sabemos con certeza cómo eran nuestros ancestros prehistóricos, cómo se relacionaban. No hay registros escritos, solo algunos objetos de unas pocas excavaciones (pocas, en relación a todo lo que hay); entre los que se encuentra lo que caprichosamente se ha denominado "arte". Tal como lo concebimos, el arte solo es posible en nuestras sociedades

20 Si bien es cierto que la información etnográfica en la que Engels basó sus generalizaciones ha sido rebatida y que comete ciertas *robinsoneadas* al proyectar la Edad Media europea a la prehistoria o la moral victoriana a la especie humana su obra es fundamental. «Se han criticado las conjeturas que hace Engels acerca de la sexualidad femenina por ser un reflejo de sus propios valores sexistas victorianos, pues parte de la asunción, no probada, de que los estándares de mojigatería de las mujeres del siglo XIX podían explicar los actos y las actitudes de las mujeres en los albores de la civilización. **Con todo, Engels realizó una gran contribución a nuestros conocimientos sobre la posición de las mujeres en la sociedad y en la historia:** 1) Subrayó la conexión entre cambios estructurales en las relaciones de parentesco y cambios en la división del trabajo, por un lado, y la posición que ocupan las mujeres en la sociedad, por el otro. 2) Demostró una conexión entre el establecimiento de la propiedad privada, el matrimonio monógamo y la prostitución. 3) Mostró la conexión entre el dominio económico y político de los hombres y su control sobre la sexualidad femenina. 4) Al situar "la histórica derrota del sexo femenino" en el período de formación de los estados arcaicos, basados en el dominio de las élites propietarias, dio historicidad al acontecimiento. Aunque fue incapaz de probar ninguna de estas propuestas, definió las principales cuestiones teóricas de los siguientes cien años». (Gerda Lerner, *La creación del patriarcado*)

de la separación, en las cuales disociamos la creatividad de la belleza, de lo que necesitamos, etc. El arte tampoco es ahistórico.[21]

Bien, según los hallazgos realizados, lo más importante de este "arte" no es tanto lo que retrata sino lo que no retrata. Riane Eisler en su libro *El cáliz y la espada* señala: «Pues lo que un pueblo no representa en su arte puede hablar tanto a su respecto cuanto aquello que él representa. En agudo contraste con el arte posterior, un tema notable en el arte neolítico es la ausencia de imágenes idealizando el poder armado, la crueldad y la fuerza basada en la violencia. Ahí no hay imágenes de "guerreros nobles" o escenas de batallas. Tampoco existen señales de "conquistadores heroicos" arrastrando cautivos u otros indicios de esclavitud. (…) Tampoco encontramos ahí, otra vez en contraste con las sociedades dominadoras posteriores, grandes depósitos para armas o cualquier otra señal de aplicación intensiva de tecnología material y recursos naturales para las armas. La conclusión de que esta fue una era mucho más, y aún típicamente, pacífica es reforzada por otra ausencia: la de fortificaciones militares. Estas solo comienzan a surgir después, al parecer como reacción a presiones de bandos nómadas belicosos oriundos de regiones lejanas del globo».

Estos «bandos nómadas belicosos» de la Vieja Europa son denominados por la arqueóloga Marija Gimbutas como *kurgos* (o *kurganes*).[22] No se trataría de un solo pueblo, sino de pueblos, de localidades y períodos de tiempos diferentes que coincidirían en su estructura e ideología. Lo que tendrían en común sería una organización social en la cual la dominación, la violencia masculina y una estructura social jerárquica y autoritaria eran la norma. Su proceder característico consistiría además en el pillaje, la invasión y la destrucción, más que la creatividad y la construcción.

Para comprender la teoría de los «invasores periféricos indoeuropeos» volvemos al libro *El cáliz y la espada*. Con el fin de adentrarnos en el desarrollo histórico de la preeminencia del hombre adulto sobre el resto de la especie, recurrimos a este libro —como a tantos otros que se ven inspirados en el supuesto culto milenario a la diosa. Pueden resultar inspiradores y hasta dar ganas de salir a la calle a gritar como hiciera Engels en su época. Sin embargo, tenemos varias cuestiones que matizar al respecto y que compartimos luego de la cita:

«En el principio eran como la proverbial nube bíblica, "del tamaño de la mano de un hombre" —las actividades de los bandos nómadas aparentemente insignificantes vagando por las áreas periféricas menos apacibles de nuestro globo en búsqueda de pasto para sus rebaños. Al parecer, ellos permanecieron allí, a lo largo de milenios, en los territorios agrestes, despreciados, más fríos y despoblados de los límites de la Tierra, mientras las primeras grandes civilizaciones agrícolas se asentaban junto a los lagos y ríos de las tierras fértiles centrales. Para esos pueblos agrícolas, usufructuando el prematuro auge de la evolución de la humanidad, paz y prosperidad deben haber parecido el eterno estado bendecido de la raza humana, y los nómadas nada más que una novedad periférica. Disponemos solo de especulaciones sobre cómo estos bandos nómadas aumentaron en número y en ferocidad y sobre la duración del período en que eso aconteció. Pero, alrededor de 5000 a.c. o aproximadamente hace siete mil años, comenzamos a encontrar evidencias de lo que Mellaart denomina un patrón de ruptura de las antiguas culturas neolíticas de los Balcanes. Restos arqueológicos muestran claras señales de tensión en ese período en muchos territorios. Se encuentran evidencias de invasiones, catástrofes naturales y a veces las dos, causando destrucción y trastorno en gran escala. (…) En Europa antigua, la ruptura física y cultural de las sociedades neolíticas adoradoras de la Diosa también parece iniciarse en el quinto milenio a.c. que Gimbutas denomina *Primera Ola Kurga*. Gracias al número creciente de dataciones con radiocarbono, hoy es posible trazar las varias ondas migratorias de los pastores de la estepa o pueblo kurgo, los cuales barrieron Europa prehistórica, relata Gimbutas. Estas repetidas incursiones y los choques culturales y cambios de población de ahí resultante, se concentraron en tres embestidas principales: Primera Onda, de 4300–4200 a.c. Segunda Onda, de 3400–3200 a.c. y Tercera Onda, de 3000–2800 a.c. (las fechas son ajustadas por la dendrocronología)».

Ahora bien, estas invasiones pueden haber existido, pueden haber barrido con una cultura anterior, como acelerado un proceso de descomposición del tejido social o penetrado en los puntos más débiles de este para hacer estallar desde dentro las rivalidades y competencias ya existentes. **Es un artilugio completamente ideológico suponer que el mal viene desde el exterior.** ¿Y si, además de esas invasiones, las comunidades ya habían comenzado a desarrollar el in-

21 Una anécdota, aportada por Anselm Jappe en su artículo *El gato, el ratón, la cultura y la economía*, es muy ilustrativa al respecto: «En Bali, isla conocida por la profusión de objetos de madera de todo tipo, sus habitantes se vieron en serias dificultades para comprender a un etnólogo de principios del siglo XX que se interesaba por su "arte". Al final le respondieron: "Nosotros no tenemos arte. Tratamos de hacer todo de la mejor manera posible"».

22 Esta denominación deriva de kurgán: «túmulo funerario que consiste en una cabaña de madera enterrada bajo un montículo de tierra y rocas. En estos enterramientos encontramos también por primera vez evidencia de estratificación social: en los túmulos más grandes y suntuosos con frecuencia aparecen esqueletos de hombres excepcionalmente altos o de grandes huesos junto con cuchillos, hachas de guerra, huesos de caballo, e incluso esqueletos de personas probablemente sacrificadas a su alrededor, generalmente mujeres y niños». (Joan Coy, *La historia oculta*)

tercambio y el dominio? ¿Y si estas comunidades ya tenían alguna forma de comercio y estratificación?

Como intentamos poner en claro en Cuadernos nro. 10,[23] «a medida que se va desarrollando la mercancía como forma que asume la producción destinada al intercambio, más y más son las comunidades que empiezan a ponerse en contacto a través de este, así como también muchas comunidades son sometidas si quieren mantenerse al margen. (…)

La comunidad primitiva fue destruida por sus propios límites. (…). El intercambio entre comunidades (el intercambio de mercancías empieza ahí donde las comunidades terminan) va poco a poco subsumiéndolas y revolucionando su realidad interna; operando el divorcio entre la utilidad de los objetos para las necesidades inmediatas y su utilidad con vistas al intercambio —base sobre la que se desarrollará el valor de cambio— hasta provocar su disolución histórica y el comienzo del ciclo del valor».

Mientras refelexionábamos sobre estos temas y poníamos en duda la forma dominante de pensar la historia, creímos necesario tratar de sacarnos de encima nuestras propias limitaciones que pudiesen forzarnos a buscar hacia atrás aquellos datos en función de lo que sucede hoy. No nos interesa el «qué hubiera pasado si…», eso queda en el plano de las conjeturas y nada más, pero tampoco queremos ver todo en función de lo existente y encontrar los principios y leyes del movimiento capitalista en toda la historia. Porque no todo lo que sucedió en la historia terminó siendo capitalista: este sistema no es el destino cruel de alguna necesidad transhistórica.

Aunque no lo podamos saber con certeza, hay rastros que nos muestran que hubo otras formas de sociedad, entre ellas algunas desaparecieron, seguramente por distintas razones, por sus propios límites internos, por grandes cambios climáticos y ambientales, por imposición externa y violenta… Los rastros no están solo en la historia, también están presentes en cada paso de este movimiento por la supresión del capitalismo, de negación de lo existente, al que llamamos comunismo.

Frecuentemente, **en el ámbito de los movimientos sociales por ejemplo, el esquema es siempre el mismo: el problema estaría afuera.** Para la derecha el problema son los inmigrantes que vienen de otros países, para los obreristas son solo los patrones y la burguesía, y no una relación social que nos involucra también a los explotados. En cuanto al machismo sucede lo mismo. La mayoría de las veces se supone que es cosa exclusiva de hombres. La exclusión de hombres de las manifestaciones de mujeres es un claro ejemplo. Incluso es comprensible desde el punto de vista de que los hombres, por una vez, no sean los protagonistas de una actividad callejera donde justamente se saca lo que —se insiste— debería guardarse en el dominio privado.[24] Esto, a su vez, deja una sensación de tranquilidad de que el mal (en esta ocasión el machismo) se deja fuera al no dejar ingresar a los hombres. Esta tranquilidad es falsa y quita responsabilidades en el mantenimiento del machismo, que no es solo cosa de hombres, sino una relación entre seres humanos.

«El núcleo de toda ideología, en efecto, es una escisión dualista y cosificadora de la conciencia que fragmenta las totalidades y concibe los "males" de la realidad histórica y social como elementos ajenos a un cuerpo social supuestamente "sano". Toda la política moderna gira en torno a este mecanismo irracional y fetichista de asignación de "responsabilidades", que abarca desde los cruces de acusaciones entre base y dirección propios de cualquier organismo democrático hasta la designación de un "enemigo público" universal al que hay que exterminar. Se trata, de hecho, de una anulación de las facultades críticas impuesta por la necesidad de sobrevivir en un universo en el que pensar y juzgar conlleva el riesgo de exclusión del cuerpo político o del vasto entramado de instituciones "secundarias" que contribuyen a vertebrarlo. (…) La ideología es al intercambio espiritual y emocional entre los seres humanos lo que el dinero es a sus intercambios materiales: el vínculo general de unión a la vez que el medio general de separación. Esta extraordinaria metamorfosis, que permite transformar a individuos completamente ajenos unos a otros en miembros intercambiables de una comunidad abstracta, no sería posible sin el telón de fondo de una atomización social extrema que presupone a su vez un deterioro muy avanzado tanto de la capacidad de diálogo como de la de raciocinio». (Federico Corriente y Jorge Montero, *Citius, altius, fortius*)

Volviendo al tema, al mito del "brutal salvaje primitivo" corresponde su opuesto, el mito del "buen salvaje". Se trata de simples conjeturas a las que puede agregarse el necesario y obvio "punto medio": «no debían ser ni tan buenos ni

23 Para quienes no lo hayan leído recomendamos la serie de Cuadernos 9, 10, 11 y 12 sobre el capitalismo, su surgimiento y análisis desde la crítica de la economía política. Allí insistimos en ampliar el marco de visión desde donde comprender las relaciones sociales hoy dominantes, llevando sus orígenes a la raíz del valor y el intercambio, ligándolo a la historia de dominación religiosa, de los Estados en formación, de colonización y destrucción de comunidades antiguas. En este sentido es que la mercancía se remonta a la producción de todo aquello que no servía para la reproducción inmediata de los productores.

24 Esto ha sucedido por esta región en las manifestaciones con la consigna «Ni una menos» y en las huelgas internacionales de mujeres del 8 de marzo. También es comprensible, debido a cómo somos socializados, que en asambleas donde se abordan casos de abusos sexuales, por ejemplo, sea más cómodo hablar solo entre mujeres. Otras mujeres han argumentado que tampoco quieren encontrarse allí con sus propios abusadores.

tan malos». En fin, no se trata de hacer juicios éticos sobre suposiciones, sino de condiciones materiales de existencia y, lamentablemente, tenemos muy pocos indicios de ello. Desconocemos si hubo o no intercambio entre aquellas comunidades, cuál fue su "economía", cómo realizaban la reproducción de su vida. Este no es un dato menor, porque **el atropello particular sobre las mujeres no está basado en características biológicas sino que resulta de procesos históricos.** Así como las características asociadas a lo femenino y masculino son diferentes según las épocas y lugares, más precisamente lo son según los modos de producción.

En algunas sociedades "primitivas" documentadas por los antropólogos durante los siglos XIX y XX, se observa que la recolección de alimentos es en su mayor parte llevada a cabo por mujeres, mientras que otras actividades como la caza y la guerra son mayoritariamente realizadas por hombres. Esto lleva a suponer que esa división sexual del trabajo ya existía hace miles y miles de años atrás y que, si bien ya presenta un reparto de roles fijos, podría no haber connotado dominio o subordinación. Así lo demuestran investigaciones sobre sociedades en las cuales las tareas realizadas por los distintos sexos tienen la misma importancia.

«Conviene recordar que las comunidades primitivas estudiadas por los etnólogos son en realidad el resultado de un largo proceso. No traducen un estado original, sino que proveen solamente algunos indicios. (…) Las comunidades primitivas son aquellas que han conservado un estadio anterior, pero que lo han desarrollado de forma extrema por una vía que no está en continuidad con la que tomarían otras comunidades». (Jaques Camatte, *La comunidad abstraizada*)

Además, otros aseguran que, en las sociedades denominadas como cazadoras–recolectoras, la caza mayor es una actividad auxiliar y las mayores aportaciones de alimentos provienen de las actividades de recolección y caza menor. Estas últimas, siguiendo la hipótesis de la división sexual del trabajo, son llevadas a cabo por mujeres y niños.[25]

La caza como actividad central para la supervivencia y hasta para el desarrollo de la inteligencia es una especulación moderna, que surge a partir de la exaltación de los hombres, para enunciar también que es solo gracias a ellos que nuestra especie se ha desarrollado. Ese tipo de afirmaciones son mucho más absurdas que pensar que, tanto mujeres, como niños y ancianos, de algún modo también colaboraban en la caza.

Se supone que las mujeres no podían cazar porque debían amamantar y cuidar de sus crías. Se piensa, así, que la familia nuclear fue un hecho dado e indiscutible, incluso en el pasado. **Otra hipótesis, más o menos extendida, supone que el desarrollo de una agricultura más avanzada fue el punto de inflexión**:

«La invención del arado significó la capacidad de producir más de lo que el grupo necesitaba perentoriamente. Condujo al desarrollo de élites que fueron capaces de controlar el "excedente". Y ello transformó el rol de las mujeres en la sociedad.

En las sociedades cazadoras–recolectoras, las mujeres fueron capaces de desempeñar su papel como productoras, así como jugar su papel en la reproducción. El arado y el uso de animales domesticados cambiaron todo esto. Una mujer embarazada o con un niño pequeño no podía llevar adelante estas tareas con facilidad y, crecientemente, cayeron bajo la competencia de los hombres.

La agricultura también demandó trabajadores. Así como las sociedades cazadoras–recolectoras tendieron a limitar el número de niños para no agotar los recursos, la agricultura pudo ser más productiva, con más necesidad de niños para ayudar en los campos. Entonces, así como los hombres se hicieron exclusivamente responsables de la producción, las mujeres vieron que su papel primordial se desplazó al de ser responsables de la reproducción.

La mayor productividad benefició a todos los miembros del grupo. Pero una vez que los excedentes cayeron bajo el control de una minoría, las desigualdades y las clases comenzaron a formarse. La división entre las esferas "pública" y "privada" de la sociedad apareció —con las mujeres participando principalmente en la esfera "privada". La familia privada se convirtió en el mecanismo por el cual la riqueza privada podía ser pasada de una generación a la siguiente. Ello supuso una dilución final de la influencia de las mujeres. Los hombres, debido a su papel económico, se convirtieron en las cabezas del hogar, pasando su riqueza a sus hijos. Entonces la familia fue una consecuencia del desarrollo de las clases y no una antigua jerarquía "natural". Como la producción fue crecientemente destinada al intercambio más que al uso, el hogar se convirtió en una unidad de consumo más que de producción». (Sally Campbell, *La opresión de las mujeres no es natural ni antigua*)

Tampoco queda claro por qué, yendo tan hacia atrás en el tiempo, puede hablarse de trabajo y, más aún, de una división del mismo tal cual la conocemos hoy, ni por qué se habría realizado a partir del sexo. La respuesta que afirma que, en cualquier sociedad y época es la primera diferencia que "salta a la vista", no nos satisface; simplemente porque el que haya diferencias no alcanza para convertirlas en una división sexual del trabajo, ni en jerarquía o fundamento

25 Subrayamos el término "hipótesis" porque no podemos hablar de división sexual del trabajo de manera transhistórica. Se debe tener en cuenta que, en sociedades como las descritas, ni siquiera existía el trabajo; por lo que no puede haber división del mismo. A lo sumo, deberíamos hablar de las diversas actividades sociales de los seres humanos.

para la explotación y dominación. En distintas sociedades se ha registrado una cantidad de clasificaciones que podrían ser también la base para un división del trabajo, en especial la división por edad. Esta ha sido, además de la sexual, de las más generalizadas en todas partes y, sin embargo, no encontramos que sobre ella se haya reflexionado mucho desde la crítica social. Seguramente porque los niños no reclaman su historia en el lenguaje que los adultos pueden comprender y respetar. La división, entendida de esta manera, vendría de dificultades biológicas vinculadas al embarazo y a la lactancia que —en los diversos matices de estas posiciones— excluirían a las mujeres de la caza y fundarían el sustrato fiosiológico de la división.

Almudena Hernando agrega otra dimensión. En su libro *La fantasía de la individualidad* sostiene que la historia no ha invisibilizado a las mujeres en razón de su sexo, sino de su especialización en el sostenimiento de vínculos y en la conexión emocional. Este sería el motivo del mantenimiento de los roles de género asignados a mujeres y hombres; el mantenimiento de la invisibilización de la necesidad de relaciones interdependientes entre seres humanos, de la escisión razón–emoción, dando mayor importancia a la primera y ocultando y/o ridiculizando la segunda. Así, del mismo modo que se puede proyectar hacia el pasado la noción actual de trabajo, también se pueden proyectar los roles actuales y la división razón–emoción. Estos hechos deben ser explicados y no servir de explicación.

La autora agrega que **no habría sido simplemente la maternidad, sino la movilidad derivada de ella, el rasgo clave en las diferencias de individualización que pudieron caracterizar inicialmente a hombres y mujeres.** Es significativo, cómo a lo largo de la historia es visible el freno a la movilidad de las mujeres. Pensemos en esos tortuosos zapatitos chinos o en la prohibición de alfabetización por parte del cristianismo. ¿Y qué podríamos decir del actual disciplinamiento mediante acoso y violencia abierta a las mujeres proletarias que sobrepasan los ámbitos predefinidos donde moverse, tanto espaciales como de comportamiento?

«Las diferencias de movilidad entre hombres y mujeres en cualquier sociedad de cazadores–recolectores tienen trascendentales consecuencias en la construcción de la identidad de ambos. En estas sociedades orales el mundo tiene las dimensiones que se pueden recorrer. (…) si, tal como sucede en todos los grupos actuales, podemos pensar que los hombres habrían asumido desde el comienzo las actividades que mayor desplazamiento y más riesgo implicaran para no poner en riesgo a una descendencia extremadamente frágil, ellos habrían habitado un mundo ligeramente distinto que el habitado por las mujeres, integrado por un tipo de fenómenos que los obligarían a un tipo de acciones que les exigirían una ligera mayor capacidad de decisión, de hacer frente a lo desconocido, de asertividad y, en suma, una casi imperceptible mayor distancia emocional del mundo, que es la base de la que arrancará después el proceso de individualización». Este, tal como señala Hernando, comienza a prefigurar el control sobre el resto de la naturaleza, su cosificación, su distanciamiento y lo que constituye las características principales de la mentalidad científica de nuestra época.

Es fácil advertir un sesgo feminista en la autora: al presuponer que los hombres han impuesto y hegemonizado este tipo de individualidad, sin pensar que se trata de una relación entre seres humanos al interior de una sociedad determinada y sin hacer el suficiente hincapié en las consecuencias que esto trae a los hombres en tanto seres aislados, que pierden buena parte de su sociabilidad refugiándose mayormente en el aspecto racional de la escisión razón–emoción. Esto, sumado a lo ya dicho sobre las mujeres, genera un malestar generalizado y la pérdida de los vínculos comunitarios. De todos modos, la autora no reduce la realidad a una decisión consciente de todos los hombres hacia todas las mujeres, sino que refiere profundamente a los procesos históricos en los cuales incluye los rasgos no–racionales. Evita, así, caer en un subjetivismo posmodernista del que, por otra parte, se sitúa abiertamente fuera en otras ocasiones.

La «individualidad dependiente» que la autora relaciona directamente con la llamada «masculinidad hegemónica» (asignando, así, lo indeseable a lo referente a los hombres) «cree basar su seguridad exclusivamente en los mecanismos de la razón y el cambio (ciencia, tecnología), porque son los únicos que pone en juego de manera consciente. Esto explica que a medida que los hombres fueron controlando el mundo a través de ellos, dejaran de conceder importancia y de dedicar tiempo y esfuerzo a desarrollar los mecanismos de la emoción (vínculos, conexión), que, sin embargo, al ser imprescindibles, seguían poniendo en práctica de manera inconsciente. De este modo, el mundo emocional se fue convirtiendo para ellos en un agujero negro donde quedaban atrapadas sus necesidades, sus debilidades, sus inseguridades y sus temores, que reconocían (y por tanto podían aclarar) tanto menos cuanto más poder sentían a través de los mecanismos de la razón».

Por ello, en lo emocional reside lo temido y rechazado, mayoritariamente, por lo predominantemente masculino. Pero este sesgo social constituye en sí mismo una trampa, porque no asumir los miedos, inseguridades, temores e impotencias dificulta a su portador resolverlas y reconocer lo que verdaderamente necesita o desea.[26]

26 Así las campañas publicitarias políticas o corporativas "leen" lo más reprimido de la sociedad para ser usado en su contra.

Por último, pero no menos importante, queremos concluir este apartado con algunas consideraciones de Gerda Lerner, nuevamente de su obra ineludible *La creación del patriarcado*. Primero, vamos a ir muy atrás en los milenios:

«Empecemos con el período transicional, cuando los homínidos evolucionaron de los primates, hace unos tres millones de años, y examinemos la pareja básica, la madre y el niño. La primera característica que distingue a los humanos de los otros primates es la prolongada y desvalida infancia del niño humano. Es la consecuencia directa del bipedismo, pues a causa de la postura erecta se estrecharon la pelvis femenina y el canal del parto (vagina). Una consecuencia de esto fue que los bebés humanos nacían con un grado de inmadurez superior al de otros primates, pues tenían una cabeza relativamente más pequeña que les permitía pasar más fácilmente por el canal del parto. Además, en contraste con los simios más evolucionados, las crías humanas nacen casi sin pelo y por tanto experimentan una mayor necesidad de calor. No pueden asirse a sus madres de forma regular, ya que no poseen los móviles dedos de los simios, así que las madres deben utilizar las manos o, más tarde, sustitutos mecánicos de las manos para acunarles. El bipedismo y la postura erecta condujeron también a un mejor desarrollo de la mano, del pulgar oponible y a una mayor coordinación sensorial de las manos. Una consecuencia de ello es que el cerebro humano se desarrolla durante varios años en la infancia y el período de absoluta dependencia del niño, y por consiguiente puede verse modificado a través del aprendizaje y el intenso moldeado cultural de una manera radicalmente distinta al desarrollo de los animales. (…) Estos hechos son un eficaz argumento contra cualquiera de las teorías que hablan de características humanas "innatas". El paso del forrajeo a una recolección de alimentos cara a su posterior consumo, posiblemente por parte de más de un individuo, fue crucial para el avance de la evolución humana. Debió de propiciar la interacción humana, la invención y el desarrollo de recipientes, y el lento aumento evolutivo del tamaño del cerebro. (…) Afirmamos, que en el lento avance desde los homínidos erectos a los humanos completamente evolucionados del período Neanderthal (100.000 a.c.), el papel de las mujeres fue crucial. En algún momento después de este período se desarrolló la caza a gran escala por grupos de hombres en África, Europa y norte de Asia; las primeras evidencias de la existencia de arcos y flechas datan tan solo de hace 15.000 años. Puesto que la mayor parte de las explicaciones de la presencia de una división sexual del trabajo defienden la existencia de sociedades cazadoras y recolectoras, tenemos que examinar más a fondo estas sociedades en el paleolítico y en los primeros estadios del neolítico».

Para luego finalizar con una reflexión fundamental: «La asunción básica con la que debemos comenzar cualquier teorización del pasado es que hombres y mujeres construyeron conjuntamente la civilización. Al tener que partir, como nos toca hacer, del resultado final para ir retrocediendo en el tiempo, nos hacemos una pregunta distinta a la de un "origen" único. **Nos preguntamos: ¿cómo llegaron los hombres y mujeres que construyeron su sociedad y levantaron lo que hoy llamamos civilización occidental a la presente situación?** Una vez abandonamos el concepto de mujeres como víctimas de la historia, dominadas por hombres violentos, "fuerzas" inexplicables e instituciones sociales, hay que encontrar una explicación al enigma principal: la participación de la mujer en la construcción de un sistema que la subordina. Creo que abandonar la búsqueda de un pasado rehabilitador, la búsqueda del matriarcado, es el primer paso en la dirección adecuada. La creación de mitos compensatorios del pasado lejano de las mujeres no las va a emancipar en el presente ni en el futuro».

Podríamos agregar que también es necesario **abandonar la noción histórica de "hombres y mujeres" transhistóricos para referirnos a los seres humanos que habitaban este planeta hace tantísimo tiempo atrás.** Sin duda, no se puede proyectar todo lo que hoy es atribuido a hombres y mujeres sobre los humanos sexuados del pasado.

«La mujer es una construcción social. La misma categoría de mujer está organizada dentro y a través de un conjunto de relaciones sociales a partir de las cuales la división de la humanidad en dos, mujer y hombre —y no solo femenino y masculino— es inseparable. De esta forma, se le otorga a la diferencia sexual una relevancia social particular que de otro modo no poseería. La diferencia sexual recibe este significado fijo dentro de las sociedades de clases cuando la categoría de mujer se define por la función que la mayoría (pero no todas) las hembras humanas ejecutan, por un período de sus vidas, en la reproducción sexual de la especie. Por lo tanto, la sociedad de clases le otorga un propósito social a los cuerpos: puesto que algunas mujeres "tienen" bebés, todos los cuerpos que posiblemente "producen" bebés están sujetos a la regulación social». (Endnotes, *La comunización y la abolición del género*)

Si compartimos estas autoras, investigaciones, conjeturas y reflexiones incompletas que nos impulsan a pensar un pasado más lejano, es para compartir las diversas posibilidades más significativas que hemos hallado; para no abrazar una única hipótesis.

Incluso sentimientos primarios, como el miedo y la esperanza, son empleados por políticos y vendedores sin que los votantes y consumidores se den cuenta. El caso de Trump en Estados Unidos es ilustrativo de esto, al igual que el reciente caso de Bolsonaro en Brasil.

MUJERES Y ACUMULACIÓN ORIGINARIA

Sobre el pasado reciente, es posible basarse en fuentes más concretas que describen con mayor precisión el desarrollo del Capital y sus implicancias sociales. En estos últimos años se escribió un libro ineludible para abordar la historia del Capital y sus efectos sobre las mujeres en particular: se trata de *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, de Silvia Federici.

Nos enfrentamos al Capital en tanto que sujeto histórico, y así abordamos su crítica. De esta manera, nos situamos fuera y contra las concepciones que parten del terreno de las ideas o de conjeturas morales acerca del atropello a las mujeres en la historia. "Fundamentos" tan en boga últimamente, empleados para debatir de manera ideológica y, por tanto, sin posibilidad de una práctica emancipatoria.

Antes de compartir algunos extractos del libro mencionado queremos aclarar que, **si en este apartado nos centraremos en la cuestión de las mujeres en relación a la acumulación originaria del Capital, esto no quiere decir que el desarrollo del Capital haya significado un atropello solo contra las mujeres, ni contra todas las mujeres.** Es una obviedad, pero así están las susceptibilidades "femeninas" y "masculinas" en los últimos tiempos, en lo referente a estas cuestiones. Esperamos que se comprenda que la agresión a las mujeres y a los vínculos comunitarios es una agresión y una privación contra la especie toda. Estos extractos han sido reescritos: hemos incluido nuestras anotaciones, las negritas y títulos son nuestros, y las fuentes bibliográficas han sido quitadas por razones de espacio. Por lo tanto, remitimos a buscar en el original ante cualquier duda o imprecisión.

Descenso de la población y disciplinamiento

Desde la colonización europea del continente americano, en menos de un siglo, el sueño de los colonizadores de una oferta infinita de trabajo (que tiene ecos en la estimación de los exploradores sobre la existencia de «una cantidad infinita de árboles» en las selvas americanas) se hizo añicos. En el siglo que siguió a la conquista, a causa de la brutalidad y de las enfermedades, murieron millones y millones de personas, estimadas entre el 90 y el 95% de los habitantes del centro y el sur del continente.

Además, en la década de 1580 la población comenzó a disminuir también en Europa occidental y continuó haciéndolo ya entrado el siglo XVII. El pico se alcanzó en Alemania,[27] donde murieron un tercio de sus habitantes.

Con excepción de la *peste negra* (1345–1348), esta fue una crisis poblacional sin precedentes, y las estadísticas solo pueden revelar una situación parcial y cuantitativa de la historia. No fueron principalmente los ricos quienes murieron cuando las plagas o la viruela arrasaron las ciudades, sino los artesanos, los jornaleros y los vagabundos. **Pero por esta disminución de la población se culpó también a la baja tasa de natalidad y a la renuencia de los pobres a reproducirse.** Ya los pastores, desde el púlpito, lanzaban la acusación de que la juventud no se casaba y no procreaba para no traer más bocas al mundo de las que podía alimentar.

El pico de la crisis demográfica y económica fueron las décadas de 1620 y 1630. En Europa, como en sus colonias, los mercados se contrajeron, el comercio se detuvo y se propagó el desempleo. La integración entre las economías coloniales y europeas había alcanzado un punto donde el impacto recíproco de la crisis aceleró rápidamente su curso. Esta fue la primera crisis económica internacional.

El desarrollo concomitante de una crisis poblacional, una teoría expansionista de la población y la introducción de políticas que promovían el crecimiento poblacional, está bien documentado. **A mediados del siglo XVI, la idea de que la cantidad de ciudadanos determina la riqueza de una nación se había convertido en algo parecido a un axioma social.**

La preocupación por el crecimiento de la población puede detectarse también en el programa de la Reforma Protestante. Desechando la tradicional exaltación cristiana de la castidad, los reformadores valorizaban el matrimonio,

27 Para esta y las siguientes ocasiones en las que se nombran países, es preciso aclarar que se hace referencia a las regiones, por lo que sus denominaciones actuales pueden no coincidir con las antiguas.

la sexualidad e incluso a las mujeres por su capacidad reproductiva. La mujer es «necesaria para producir el crecimiento de la raza humana», reconoció Lutero, reflexionando que «cualesquiera sean sus debilidades, las mujeres poseen una virtud que anula todas ellas: poseen una matriz y pueden dar a luz».

Se estableció una nueva concepción de los seres humanos como recursos naturales. Se aprobaron leyes haciendo hincapié en el matrimonio y penalizando el celibato, inspiradas en las que adoptó hacia su final el Imperio Romano con el mismo propósito. **Se le dio una nueva importancia a la familia como institución clave que aseguraba la transmisión de la propiedad y la reproducción de la fuerza de trabajo. Simultáneamente, se observa el comienzo del registro demográfico y de la intervención del Estado en la supervisión de la sexualidad, la procreación y la vida familiar**.[28]

El Estado, con el fin de restaurar la proporción deseada de población, acabó lanzando una verdadera guerra, principalmente contra las mujeres. A través de la caza de brujas se demonizaba cualquier forma de control de la natalidad y de sexualidad no–procreativa, al mismo tiempo que se acusaba a las mujeres de sacrificar niños al demonio. El Estado intentaba quebrar así el control que había ejercido la comunidad sobre sí misma.

A partir de mediados del siglo XVI, al tiempo que los barcos portugueses retornaban de África con sus primeros cargamentos humanos, todos los gobiernos europeos comenzaron a imponer las penas más severas a la anticoncepción, el aborto y el infanticidio. Esta última práctica que había sido tratada con cierta indulgencia en la Edad Media, al menos en el caso de las mujeres pobres, ahora se convertía en un delito sancionado con la pena de muerte y castigado con mayor severidad que los crímenes masculinos.

También se adoptaron nuevas formas de vigilancia para asegurar que las mujeres no interrumpieran sus embarazos. En Francia, un edicto real de 1556 requería de las mujeres que registrasen cada embarazo y sentenciaba a muerte a aquellas cuyos bebés morían antes del bautismo después de un parto a escondidas, sin que importase que se las considerase culpables o inocentes de su muerte. Estatutos similares se aprobaron en Inglaterra y Escocia en 1624 y 1690. También se creó un sistema de espías con el fin de vigilar a las madres solteras y privarlas de cualquier apoyo. Incluso hospedar a una mujer embarazada soltera era ilegal, por temor a que pudieran escapar de la vigilancia pública; mientras que quienes establecían amistad con ella estaban expuestos a la crítica pública.

En los siglos XVI y XVII en Europa, las mujeres fueron ejecutadas por infanticidio más que por cualquier otro crimen, excepto brujería; una acusación que también estaba centrada en el asesinato de niños y otras violaciones a las normas reproductivas. Significativamente, en el caso, tanto del infanticidio, como de la brujería, se abolieron los estatutos que limitaban la responsabilidad legal de las mujeres. Así, las mujeres ingresaron en las cortes de Europa como adultos legales.

En el mismo período entra el doctor en la "sala de partos", lo cual no solo representa la expulsión de las parteras —ahora reemplazadas por un masculino—, sino la expulsión de los saberes comunes, para introducir el azote de la ciencia. Esto no se da por paliar una supuesta incompetencia, sino por el miedo al infanticidio. Los —ahora— denominados "dadores de vida", priorizaban la vida del feto sobre la de la madre.

En Francia y Alemania, las parteras tenían que convertirse en espías del Estado si querían continuar su práctica. El mismo tipo de colaboración se les exigía a parientes y vecinos. En los países y ciudades protestantes, se esperaba que los vecinos espiaran a las mujeres e informaran sobre todos los detalles sexuales relevantes: si una mujer recibía a un hombre cuando el marido se ausentaba o si entraba a una casa con un hombre y cerraba la puerta. En Alemania, la cruzada pro–natalista alcanzó tal punto, que las mujeres eran castigadas si no hacían suficiente esfuerzo durante el parto o mostraban poco entusiasmo por sus vástagos. Si en la Edad Media las mujeres habían podido usar distintos métodos anticonceptivos y habían ejercido un control sobre el proceso del parto, **desde ese entonces sus úteros se transformaron en un territorio controlado por el Estado y sus colaboradores: la procreación fue directamente puesta al servicio de la acumulación capitalista.**

En este sentido, el destino de las mujeres europeas durante el período de acumulación originaria fue similar al de las esclavas en las colonias americanas que, especialmente después del fin de la trata de esclavos en 1807, fueron forzadas por sus amos a convertirse en criadoras de nuevos trabajadores. La comparación tiene, obviamente, serias limitaciones. Las mujeres europeas en general no estaban expuestas a agresiones sexuales, mientras que las mujeres esclavas podían ser violadas con impunidad y castigadas por ello. Aquellas tampoco tuvieron que sufrir la agonía de ver a sus hijos extraídos de su seno y vendidos en remate. En este aspecto, **la condición de mujer esclava revela de una forma más explícita la verdad y la lógica de la acumulación capitalista. Pero ambos casos, a pesar**

28 En los últimos siglos, el aumento o disminución de la población total, o de cada región en particular, debe ser comprendido en el contexto de las necesidades de fuerza de trabajo de la economía mundial. Siempre es importante recordar que no vivimos mal porque somos muchos o pocos, sino por las condiciones materiales de existencia. Remitimos a *Superpoblación*, en Cuadernos de Negación nro. 7.

de las diferencias, revelan la cosificación del cuerpo en instrumento para la reproducción del trabajo y la expansión de la fuerza de trabajo. Después de todo, ¿qué es la proletarización, sino enajenación al servicio del Capital?

Anticoncepción y trabajo

Está suficientemente documentado que durante la Edad Media las mujeres habían contado con muchos métodos anticonceptivos, que fundamentalmente consistían en hierbas convertidas en pociones y pesarios (supositorios) que se usaban para precipitar el período de la mujer, provocar un aborto o crear una condición de esterilidad. La criminalización de la anticoncepción expropió a las mujeres de este saber que se había transmitido de generación en generación, y los métodos anticonceptivos fueron creados específicamente para el uso masculino. **Al negarle a las mujeres el control de sus cuerpos, conceptualmente separados de ellas mismas, el Estado las privó de la condición fundamental de su integridad física y psíquica, degradando la maternidad a la condición de trabajo forzado**, además de confinar a las mujeres al trabajo reproductivo de una manera desconocida en sociedades anteriores.

Sin embargo, al forzar a las mujeres a procrear en contra de su voluntad o al forzarlas a «producir niños para el Estado»,[29] **solo se definían parcialmente las funciones de las mujeres en la nueva división sexual del trabajo. Un aspecto complementario fue la reducción de un gran número de mujeres a no asalariadas.**[30]

Para esa época, las mujeres habían perdido terreno incluso en las ocupaciones que habían sido prerrogativas suyas, como la destilación de cerveza y la partería. **Las proletarias encontraron particularmente difícil obtener cualquier empleo que no fuese como sirvientas domésticas (la ocupación de un tercio de la mano de obra femenina), peones rurales, hilanderas, tejedoras, bordadoras, vendedoras ambulantes o amas de crianza.** Ganaba terreno (en el derecho, los registros de impuestos, las ordenanzas de los gremios) el supuesto de que las mujeres no debían trabajar fuera del hogar, y que solo tenían que participar en la "producción" para ayudar a sus maridos.

Combinada con la desposesión de la tierra, esta pérdida con respecto al trabajo asalariado condujo a la masificación de la prostitución. Pero, tan pronto como la prostitución se convirtió en la principal forma de subsistencia para una gran parte de la población femenina, la actitud institucional con respecto a ella cambió. Mientras que en la Edad Media había sido aceptada oficialmente como un mal necesario, en el siglo XVI pasó a ser criminalizada.

Las prostitutas fueron castigadas con la flagelación y otras formas crueles de escarmiento. Entre ellas, la silla del chapuzón (*ducking stool*), donde las acusadas eran atadas y sumergidas varias veces en ríos o lagunas, hasta que estaban a punto de ahogarse. Mientras tanto, en Francia, la violación de una prostituta dejó de ser un delito. En Madrid, también se decidió que a las vagabundas y prostitutas no se les debía permitir permanecer y dormir en las calles, así tampoco bajo los pórticos de la ciudad y, en caso de ser pescadas in fraganti, debían recibir cien latigazos y luego ser expulsadas de la ciudad durante seis años, además de afeitarles la cabeza y las cejas.

Este ataque drástico a las trabajadoras y la exclusión de las mujeres del trabajo socialmente reconocido se relacionan con la imposición de la maternidad forzosa y la simultánea masificación de la caza de brujas. **La discriminación que han sufrido las mujeres como mano de obra asalariada ha estado directamente vinculada a su función como trabajadoras no asalariadas en el hogar. De esta manera, podemos conectar la prohibición de la prostitución y la expulsión de las mujeres del lugar de trabajo con la aparición del ama de casa y la redefinición de la familia como lugar para la producción de fuerza de trabajo.**

Muchos artesanos llevaron a cabo una campaña, desde fines del siglo XV, para excluir a las trabajadoras de sus talleres y protegerse de los ataques de los comerciantes capitalistas, que empleaban mujeres a menor precio. Estos intentos, apoyados por las autoridades, son ya la muestra de los seres humanos comportándose como Capital personificado, ignorando lo humano en beneficio de la ganancia. Esto sentó las bases necesarias para recluir a cantidad de mujeres en el trabajo reproductivo y utilizarlas como trabajo mal pagado en la industria artesanal. Así se oponen los miembros de la clase proletaria entre sí mismos, cada uno en un supuesto beneficio propio y todos beneficiando al Capital.

29 La referencia proviene de una canción feminista italiana de 1971, *Aborto di Stato*, parte del álbum del Grupo Musical del Comité del Salario por el Trabajo Doméstico: *Canti di donne in lotta* (1974).

30 Debemos mencionar que en estos casos Federici expresa, en realidad, "no trabajadores" porque para ella *trabajo* equivale a *trabajo productivo* (en términos específicamente económicos, que aquí no vamos a discutir, pero sí en el próximo número). Esto está relacionado con la lucha por el Salario por el trabajo doméstico en Italia en los 70, cuando tantas compañeras y compañeros suponían que para reclamarse del proletariado y por tanto de la revolución era preciso justificar, frente a la ideología marxista oficial, que se era un trabajador productivo. ¡Como si ser "productivo" en esta sociedad fuese condición necesaria para subvertirla! Por otra parte, en el mismo párrafo afirma que la reducción de las mujeres a "no trabajadoras" fue un proceso prácticamente completado hacia finales del siglo XVII; lo cual es evidentemente una exageración, porque jamás las mujeres han quedado completamente recluidas al trabajo doméstico sin ser explotadas en otros ámbitos.

Hogar, familia y salario

En este período **la familia se repliega aún más sobre sí misma, profundizando la separación entre las esferas pública y privada, adquiriendo sus connotaciones modernas como principal centro para la reproducción de la fuerza de trabajo.** La familia surge, de este modo, como la institución más importante en el período de acumulación originaria, para el ocultamiento del trabajo de las mujeres.

Un ejemplo de esta tendencia fue el tipo de familia de los trabajadores de la industria artesanal en el sistema doméstico. Lejos de rehuir al matrimonio y la formación de una familia, los hombres que trabajaban en la industria artesanal doméstica dependían de ella: una esposa podía "ayudarlos" con el trabajo que ellos hacían para los comerciantes, mientras cuidaban sus necesidades físicas y proveían hijos, quienes desde temprana edad podían ser empleados en el telar o en alguna ocupación auxiliar. Así, incluso en tiempos de descenso poblacional, los trabajadores de la industria doméstica continuaron aparentemente multiplicándose.

Lo que destaca en este tipo de organización es que, **aun cuando la esposa trabajaba a la par que el marido, produciendo también para el mercado, era el marido quien recibía el salario de la mujer.** Esto le ocurría también a otras trabajadoras una vez que se casaban. En Inglaterra, un hombre casado tenía derechos legales sobre los ingresos de su esposa. Por tanto, como analiza la autora, debemos tener en cuenta que el trabajo doméstico de las mujeres, en este momento, no hace referencia solamente a los quehaceres asignados al rol femenino en el hogar.

Esta situación, que hacía imposible que las mujeres tuvieran dinero propio, creó las condiciones materiales para su sujeción a los hombres. Aquí Federici agrega que su trabajo es apropiado por los trabajadores varones y, en este sentido, habla del «patriarcado del salario».[31]

De cualquier modo, **aunque las tareas domésticas fueran reducidas al mínimo y las proletarias también tuvieran que trabajar para el mercado, la división sexual del trabajo típica del capitalismo tiene su concreción en aquellos años.** Dicha división ha sido tan potente, que aquella tradición aún pesa en el imaginario social, aunque en lo concreto no sucediera de ese modo. E incluso cuando sucedió, tampoco fue un hecho generalizado ni falto de conflictos.

31 A lo largo de este y los siguientes números expondremos nuestras discrepancias al respecto.

La domesticación de las mujeres y la redefinición de la feminidad y la masculinidad

A lo largo de los siglos XVI y XVII, **a estas pérdidas que nombramos en el ámbito laboral, se debe agregar un proceso de infantilización legal.** En Europa, y según cada país, las mujeres perdieron el derecho a realizar actividades económicas por su cuenta, a hacer contratos o a representarse a sí mismas en las cortes para denunciar abusos; así como también se les podía asignar un tutor si enviudaban o se les prohibía vivir solas.

En los países mediterráneos se expulsó a las mujeres, no solo de muchos trabajos asalariados sino también de las calles, donde una mujer sin compañía corría el riesgo de ser ridiculizada o atacada sexualmente. Las mujeres inglesas eran disuadidas a sentarse frente a sus casas o a permanecer cerca de las ventanas. También se les ordenaba que no se reunieran con sus amigas; en este período, la palabra gossip (amiga) comenzó a adquirir connotaciones despectivas.

La reconfiguración de la división sexual del trabajo afectó profundamente las relaciones entre hombres y mujeres. Las viejas normas estaban cambiando. Se construyeron nuevos cánones culturales, creando estereotipos femeninos y masculinos. Se estableció que las mujeres eran inherentemente inferiores a los hombres —excesivamente emocionales y lujuriosas, incapaces de manejarse por sí mismas— y tenían que ser puestas bajo control masculino.

La "lengua femenina" era especialmente condenada, considerada un instrumento de insubordinación. Pero la villana principal era la esposa desobediente que, junto con la "regañona", la "bruja", y la "puta" era el blanco favorito de dramaturgos, escritores populares y moralistas.

En la Europa de la Edad de la Razón, a las mujeres acusadas de "regañonas" se les ponían bozales como a los perros y eran paseadas por las calles; las prostitutas eran azotadas o enjauladas y sometidas a simulacros de ahogamientos, mientras que se instauraba la pena de muerte para las mujeres condenadas por adulterio.

No es exagerado decir que las mujeres fueron tratadas con la misma hostilidad y sentido de distanciamiento que se concedía a los "salvajes indios" después de la conquista. Y el paralelismo no es casual. En ambos casos el terror estaba al servicio de un proyecto de expropiación. La demonización de los aborígenes americanos sirvió para justificar su esclavización y el saqueo de sus medios. En Europa, el ataque librado contra las mujeres justificaba la apropiación de su trabajo y la criminalización de su control sobre la reproducción.

La definición de las mujeres como seres demoníacos y las prácticas atroces y humillantes a las que muchas de ellas fueron sometidas determinaron la construcción de la feminidad. Desde todos los puntos de vista —social, económico, cultural, político— la caza de brujas destruyó todo un mundo de prácticas femeninas, relaciones colectivas y sistemas de conocimiento.

A partir de esta derrota surgió un nuevo modelo ideal de feminidad: la mujer, esposa y madre (casta, pasiva, obediente, ahorrativa, de pocas palabras y siempre ocupada con sus tareas). Este cambio comenzó a finales del siglo XVII, después de que las mujeres hubieran sido sometidas por más de dos siglos al terror estatal. Una vez que las mujeres fueron derrotadas, la imagen de la feminidad construida en la "transición" fue descartada como una herramienta innecesaria y una nueva, domesticada, ocupó su lugar.

La gran caza de brujas en Europa

En menos de dos siglos, cientos de miles de mujeres fueron quemadas, colgadas y torturadas. **La caza de brujas fue contemporánea a la colonización y al exterminio de las poblaciones del "Nuevo Mundo", los cercamientos ingleses, el comienzo de la trata de esclavos, la promulgación de "leyes sangrientas" contra los vagabundos y mendigos. Su culminación se sitúa en el interregno entre el fin del feudalismo y el "despegue" capitalista**, cuando los campesinos en Europa alcanzaron el punto máximo de su poder, al tiempo que sufrieron su mayor derrota histórica. Sin embargo, raramente la caza de brujas se relaciona con la historia del Capital.

Los primeros juicios a brujas tuvieron lugar a mediados del siglo XV, en una época de crisis feudal incipiente, en la Francia meridional, Alemania, Suiza e Italia. Se inició una nueva doctrina sobre la brujería, en la que la magia fue declarada una forma de herejía y el máximo crimen contra Dios, la Naturaleza y el Estado. Entre 1435 y 1487 se escribieron veintiocho tratados sobre brujería, culminando, en la víspera del viaje de Colón, con la publicación en 1486 del *Malleus Maleficarum* (El martillo de los brujos) que consideraba a la brujería como una nueva amenaza. Pero fue después de mediados del siglo XVI, en las mismas décadas en que los conquistadores españoles subyugaban a las poblaciones americanas, cuando empezó a aumentar la cantidad de mujeres juzgadas como brujas, así como la iniciativa de la persecución pasó de la Inquisición a las cortes seculares.

La caza de brujas alcanzó su punto máximo entre 1580 y 1630, es decir, en la época en la que las relaciones feudales ya estaban dando paso a las instituciones económicas y políticas típicas del capitalismo mercantil. Se conformó un ambiente en el que aquellos "de mejor clase" vivían en constante temor frente a las "clases bajas", de quienes ciertamente podía esperarse que albergaran "pensamientos malignos", puesto que estaban perdiendo todo lo que tenían. Mediante un acuerdo tácito entre países, a menudo en guerra entre sí, se multiplicaron las hogueras, al tiempo que el Estado comenzó a denunciar la existencia de brujas y a tomar la iniciativa en su persecución.

No sorprende que este miedo a los pobres se expresara como un ataque a la magia popular. Al intentar controlar la naturaleza, la organización capitalista del trabajo debía rechazar lo impredecible que está implícito en la práctica de la magia, así como la posibilidad de establecer una relación íntima con los elementos naturales y la creencia en la existencia de poderes que no fuesen generalizables ni aprovechables por el mercado. Sobre todo, porque además, la magia parecía una forma de rechazo al trabajo, de insubordinación, y un instrumento de resistencia. **El mundo debía ser "desencantado" para poder ser dominado.**

Hacia el siglo XVI, el ataque contra la magia estaba ya en su apogeo, y las mujeres eran sus objetivos más probables. Aun cuando no fuesen hechiceras o magas expertas, se las llamaba para señalar a los animales cuando enfermaban, para curar a sus vecinos, para ayudarles a encontrar objetos perdidos o robados, para brindar amuletos o pócimas para el amor, o para ayudarles a predecir el futuro. Si bien la caza de brujas estuvo dirigida a una amplia variedad de prácticas femeninas, las mujeres fueron perseguidas fundamentalmente por ser ellas las que llevaban adelante esas prácticas. La reivindicación del poder de la magia debilitaba el poder de las autoridades y del Estado, dando confianza a los pobres en relación con su capacidad para manipular el ambiente natural y social, y posiblemente para subvertir el orden constituido.

La persecución de las brujas se desarrolló en un contexto de crisis social y, por tanto, de sublevaciones urbanas y rurales. Se trató de una guerra de clases. El miedo de las clases dominantes a la sublevación e insistencia de los acusadores en el *aquelarre*, *sabbat*, o *sinagoga de las brujas*, era el miedo a la reunión nocturna en la que, supuestamente, se congregaban miles de personas, viajando con frecuencia desde lugares distantes. Es imposible determinar si, al evocar los horrores del *sabbat*, las autoridades apuntaban a formas de organización reales. Pero no hay duda de que, en la obsesión de los jueces por estas reuniones diabólicas, además del eco de la persecución de los judíos, se escucha el eco de las reuniones secretas que los campesinos realizaban de noche, en las colinas solitarias y en los bosques, para planear la sublevación. La sublevación de clase, junto con la transgresión sexual, era un elemento central en las descripciones del aquelarre: retratado como

Caza de brujas y resistencia en las colonias

La caza de brujas se dio a la par que la colonización y el exterminio de las poblaciones del "Nuevo Mundo". Aquí, estas prácticas inquisitoriales procedieron según lo instituido por el Santo Oficio y fueron desplegadas como "extirpación de idolatrías".[1] Al igual que en Europa, fueron un medio de deshumanización y de justificación de la esclavitud y el genocidio. Los españoles respaldaron la ficción de que la conquista no fue una desenfrenada búsqueda de oro y plata, sino una misión de conversión, cuyo objetivo era el de alejar a los habitantes de América de sus viejas creencias. Ambos procesos eran necesarios para el reforzamiento del mundo capitalista en expansión.

Frente a la misión evangelizadora que traía a estas tierras la figura del demonio y acusaba a las poblaciones locales de adorarlo, fue el ejercicio de la hechicería uno de los factores que permitió la subsistencia de prácticas culturales precoloniales.

«Así, ser bruja, adorar al diablo, ser adivina, idólatra o "andina", son actitudes cuyo status de resistencia llegó a depender casi exclusivamente de los modos en los que la sociedad española definía dichas prácticas como negativas, subversivas, amenazadoras y destructivas del "mayor bien social". Allí se produce el punto clave en el que la población colonizada llega a ser capaz de articular sus propias prácticas como "resistencia" y no simplemente como una "continuación de la tradición"». (Alicia Poderti, *Brujas andinas*)

En estas tierras, al igual que en Europa, la hechicería fue una actividad ejercida predominantemente por mujeres. En la región del actual Noroeste argentino, la mayoría de los juicios inquisitoriales tenían como blanco predilecto a mujeres marginadas, pobres, indígenas y negras que eran sometidas a terribles tormentos.

La Inquisición fue secundada por todo tipo de imposiciones a la población amerindia y por legislaciones que, entre otras cosas, declaraban la ilegalidad de lo no monogámico y reducían a las mujeres a la condición de siervas para los obrajes, encomenderos, sacerdotes y corregidores. Las mujeres también fueron forzadas a seguir a sus maridos cuando eran reclutados para las *mitas*,[2] con el fin de que las mujeres y los niños pudieran ser obligados a trabajar cuando el esfuerzo de los hombres se viera diezmado, además de tener que preparar la comida para los trabajadores varones.

Algunos expedientes de los juicios comprueban que las prácticas de hechicería implicaron un rechazo a todo lo que tuviera que ver con la religión católica. «Algunas hechiceras del Perú y del Tucumán inducían a las personas que las consultaban a deshacerse de rosarios, reliquias e imaginería, así como también a no pronunciar el nombre de Dios».

Las mujeres se convirtieron en enemigas del dominio colonial, negándose a ir a misa, a bautizar a sus hijos o a cualquier tipo de colaboración con las autoridades coloniales y los sacerdotes. Otras organizaron sus comunidades y, frente a la traición de muchos jefes locales cooptados por la estructura colonial, se convirtieron en sacerdotisas, líderes y guardianas de las *huacas*, asumiendo tareas que nunca antes habían ejercido. Esto explica por qué las mujeres constituyeron la columna vertebral de las sublevaciones contra la colonia, como fue —por ejemplo— el movimiento *Taki Unquy*.[3]

---

1 «Los procesos contra la extirpación de las idolatrías en el Tucumán (actual Noroeste argentino) calcaban los procedimientos formales instituidos por el Santo Oficio. Para ello, el gobernador Juan Ramírez de Velazco, que administró el Tucumán entre 1586 y 1596, consiguió autorización real para aplicar, además de los tormentos de uso corriente, las penalidades de la hoguera y del destierro perpetuo. Así, los alcaldes, jueces, capitanes y maestres de campo que administraban la justicia fueron implacables a la hora de dictar las sentencias. Ramírez de Velazco también procuró atraer a religiosos que completaran y mejoraran los servicios de adoctrinamiento y afianzamiento del catolicismo entre la población indígena». (Alicia Poderti, *Brujas andinas*)

2 La mita fue un sistema de distribución y aprovechamiento de mano de obra prehispánico que funcionaba por tandas y por períodos de tiempo, según los cuales un porcentaje de hombres salían de sus comunidades para ejercer un trabajo temporario, no solo en minas, sino también en campos y ciudades, de acuerdo a los requerimientos del sistema de tributo incaico primero, y de los funcionarios reales o encomenderos particulares después. Sobre su relación con las transformaciones en el modo de producción capitalista se pueden leer algunas páginas en el apartado *«Había una vez…»*, en Cuadernos de Negación nro. 10.

3 *Taki Unquy* fue un movimiento nativo de tipo mesiánico surgido en Perú en 1560, similar a los milenaristas europeos, que predicó contra el colaboracionismo con los europeos y a favor de una alianza panandina con las huacas para poner fin a la colonización. El término *huaca*, *waca* o *guaca*, del quechua *wak'a* designaba a todas las sacralidades fundamentales incaicas: santuarios, ídolos, templos, tumbas, momias, lugares sagrados, animales, aquellos astros de los que los *ayllus* (o clanes) creían descender, los propios antepasados, e incluso a las deidades principales —el sol y la luna— veneradas a través de diferentes ceremonias.

una monstruosa orgía sexual y como una reunión política subversiva, culminaba con una descripción de los crímenes que habían cometido los participantes y con el Diablo, dando instrucciones a las brujas para rebelarse contra sus amos.[32]

En este sentido, hay una continuidad entre la caza de brujas y la persecución precedente de los herejes que, con el pretexto de imponer una ortodoxia religiosa, castigó formas específicas de subversión social. Sin embargo, la diferencia más importante entre la herejía y la brujería es que esta última era considerada un crimen femenino: más del 80% de las personas juzgadas y ejecutadas en Europa en los siglos XVI y XVII por el crimen de brujería fueron mujeres. De hecho, fueron perseguidas más mujeres por brujería en este período que por cualquier otro crimen; excepto, significativamente, por el de infanticidio.

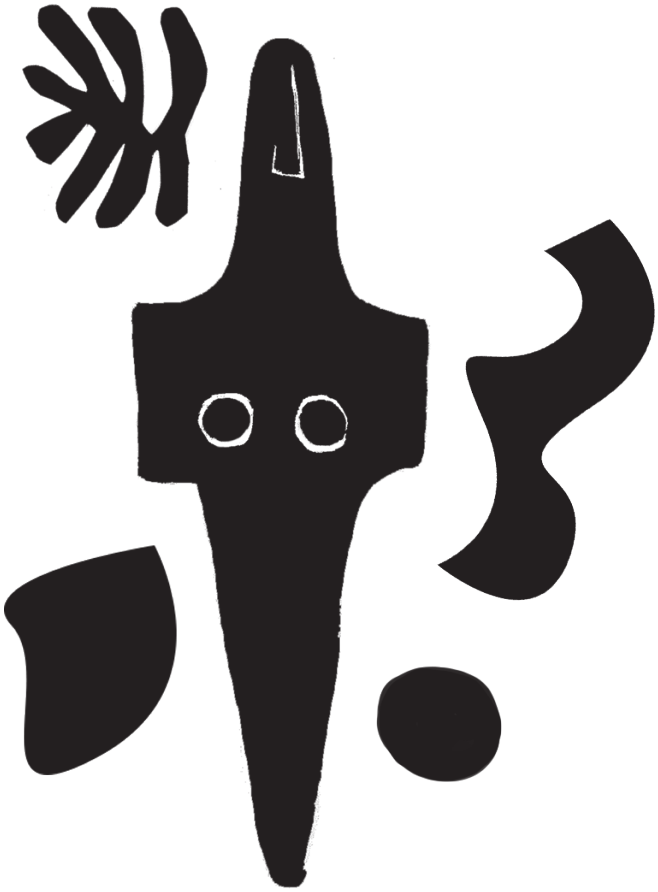
Al reprimir a las mujeres, las clases dominantes sometían de forma aún más eficaz a la totalidad del proletariado. Se instigaba a quienes habían sido expropiados, empobrecidos y criminalizados, a culpar a las brujas por su desgracia. Las brujas fueron acusadas, simultáneamente, de dejar impotentes a los hombres y de despertar pasiones sexuales excesivas en ellos. La contradicción es solo aparente. Una mujer sexualmente activa constituía un peligro público, una amenaza al orden social. Para que las mujeres no arruinaran a los hombres moralmente —o, lo que era más importante, financieramente— la sexualidad femenina tenía que ser exorcizada. Esto se lograba por medio de la tortura y de la muerte en la hoguera, así como también de las interrogaciones meticulosas a las que las acusadas de brujas fueron sometidas; una mezcla de exorcismo sexual y violación psicológica.[33]

La caza de brujas condenó la sexualidad femenina como la fuente de todo mal, pero también fue el principal vehículo para llevar a cabo una amplia reestructuración de la vida sexual que, ajustada a la nueva disciplina capitalista del trabajo, criminalizaba cualquier actividad sexual que amenazara la procreación, la transmisión de la propiedad dentro de la familia o restara tiempo y energías al trabajo. Los juicios por brujería brindan una lista aleccionadora de las formas de sexualidad que estaban prohibidas en la medida en que eran "no productivas": la homosexualidad, el sexo entre jóvenes y viejos, el sexo entre gente de clases diferentes, el coito anal, el coito por detrás (se creía que resultaba en relaciones estériles), la desnudez y las danzas. También estaba proscrita la sexualidad pública y colectiva que había prevalecido durante la Edad Media, como en los festivales de primavera de origen pagano que, en el siglo XVI, aún se celebraban en toda Europa.

El desencadenamiento de una campaña de terror de tal magnitud contra las mujeres debilitó la capacidad de resistencia del campesinado europeo ante el ataque lanzado en su contra, siempre en una época en que la comunidad campesina comenzaba a desintegrarse bajo el impacto combinado de la privatización de la tierra, el aumento de los impuestos y la extensión del control estatal sobre todos los aspectos de la vida social. La caza de brujas ahondó las divisiones entre mujeres y hombres, enfrentándolos e inculcando el miedo. A la vez, destruyó un universo de prácticas sociales cuya existencia era incompatible con la disciplina del trabajo capitalista, y redefinió así los principales elementos de la reproducción social.

32 *Aquelarre* o *sabbat* es la forma genérica de denominar a la agrupación o reunión de brujas. Deriva de la voz vasca *akelarre* (del euskera *aker*, macho cabrío, y *larre*, prado) que significa "prado del macho cabrío", ya que se estimaba que el diablo se hacía presente en medio de las brujas bajo esta forma. Recomendamos, a propósito, la película vasca *Akelarre* (1984) dirigida por Pedro Olea.

33 El sadismo sexual desplegado durante las torturas a las que eran sometidas las acusadas, revela una misoginia brutal. De acuerdo con el procedimiento habitual, las acusadas eran desnudadas y afeitadas completamente (se decía que el Demonio se escondía entre sus cabellos); después eran pinchadas con largas agujas en todo su cuerpo, incluidas sus vaginas, en busca de la señal con la que el Diablo supuestamente marcaba a sus criaturas (tal y como los patrones en Inglaterra hacían con los esclavos fugitivos). Con frecuencia eran violadas; se investigaba si eran vírgenes o no —un signo de su inocencia— y si no confesaban, eran sometidas a calvarios aún más atroces: sus miembros eran arrancados, eran sentadas en sillas de hierro bajo las cuales se encendía fuego; sus huesos eran quebrados. Cuando eran colgadas o quemadas se cuidaba que la lección, que había que aprender sobre su final, fuera realmente escuchada. La ejecución era un importante evento público que todos los miembros de la comunidad debían presenciar, incluidos los hijos de las brujas y, especialmente, sus hijas que, en algunos casos, eran azotadas frente a la hoguera en la que podían ver a su madre ardiendo viva.



MUJERES Y COLONIZACIÓN

Alejarse de la centralidad que suele tener la historia de Europa nos permite dar cuenta de la complejidad de reflexionar y arribar a alguna síntesis más o menos clara sobre la historia del patriarcado, la división sexual y la subordinación de las mujeres.

Como vimos anteriormente, la mayoría de las teorías arqueológicas y feministas sobre el origen del patriarcado, proponen a la diferencia sexual como el origen de todo mal. Esta opción pareciera decirnos: «el problema es la diferencia, seamos iguales». Forma de pensar que, reflejada en la práctica del feminismo en sentido amplio (el sufragismo del pasado, por ejemplo), es la que lleva justamente hacia el camino de la igualdad; es decir, el camino del capitalismo, que elimina por doquier las diferencias para aplanarlo y someterlo todo a la producción y el consumo. Nos preguntamos si la diferencia tiene que derivar necesariamente en jerarquías, privaciones y violencias de una parte de la humanidad sobre la otra.

Evidentemente, la división puede ser el germen de la separación y la distinción. Pero no estamos acá para llevar adelante un juicio moral, una preferencia entre una cosa u otra, sino para pensar históricamente. Conocer diversas investigaciones nos ayuda a no simplificar lo que evidentemente fue un proceso difícil, diferente según el tiempo y el espacio, y para nada lineal. Permite no olvidar, como frecuentemente hacen quienes recurren al esquema evolutivo europeo, que hubo comunidades que no siguieron los "progresos" civilizatorios.

En esta región, algunos autores,[34] sostienen que se pasó del modo comunal–tributario de los imperios inca y azteca, a la producción colonial, que abastecía de materias primas al capitalismo que se iba consolidando profundamente en el "viejo mundo".[35] Sin embargo, hubo comunidades que se toparon con este mercado mundial sin siquiera haber pasado por los modos tributarios, estando fuera y/o contra los imperios locales. En el momento de la conquista, una extensa región del continente mantenía un modo de producción comunal; más aún, algunas comunidades seguían siendo recolectoras, cazadoras y pescadoras. Estas comunidades fueron destruidas mediante la masacre o empujadas al suicidio colectivo y a quitarle la vida a su descendencia antes que integrarse al modo de vida capitalista. Otras fueron disciplinadas mediante la tortura sistemática y los castigos ejemplares; mediante el trabajo, la separación de sus miembros y la resignificación de simbologías propias y ordenadoras del mundo. Es sabida, también, la colaboración con los colonizadores, por parte de sociedades locales ya estratificadas, contra estas comunidades. Dicho colaboracionismo seguirá existiendo incluso en la formación de los Estados nación actuales.

Antes de continuar, recordamos una reflexión compartida en Cuadernos de Negación nro.10, en el apartado *Un mundo sin corazón*:

«Así como la historia del nacimiento del capitalismo suele verse como la historia de la industrialización, también se la piensa como una historia europea. Se tiende, como siempre, a parcializar, a ver las diferencias y a separar a Europa del resto del mundo, para volver a unirlos bajo el expansionismo y colonialismo europeo que sometió a muchas regiones a sus intereses. Lo que ocurre en el resto del mundo se ve totalmente asociado a la acción de los capitales europeos. Y esta visión es favorecida por el rol que algunas potencias de Europa desplegaron en sus conquistas en África, América y Asia. Pero, indagando en la historia mundial, vemos que lo

34 Al igual que con el libro de Federici, en este apartado extractamos pasajes de dos libros para reescribirlos e incluir nuestras anotaciones, negritas y títulos. Uno de ellos es el de Luis Vitale, *La mitad invisible de la historia. El protagonismo social de la mujer latinoamericana* y el otro, *Luna, sol y brujas* de Irene Silverblatt, a los cuales pueden remitirse los lectores por cualquier duda o precisión.

35 «Lo que se puso en marcha a partir de la colonización de América, en este caso, en el área andina, fue una muestra más de la tendencia intrínseca del capitalismo a apropiarse de las condiciones existentes de trabajo y producción hasta hacerlas suyas y transformarlas según sus necesidades de valorización infinita». (Cuadernos de Negación nro.10, *«Había una vez…»*).

que realizan estos Estados occidentales está asociado a sus relaciones mercantiles con el resto del mundo y que, incluso en plena conquista, no eran para nada los dominadores del mundo sino que estaban sometidos a las necesidades de un mercado mundial creciente, donde existían otros centros de comercialización, producción y acumulación muy desarrollados a través de complejos métodos tecnológicos, financieros y militares.

El Capital no se desarrolló primero en un continente y luego se trasladó a los otros, sino que, muy por el contrario, en todos los continentes se desarrollaron polos (intersticios) —con todas las características del Capital— muchos siglos antes del dominio de las potencias europeas. Insistimos, cuando nos referimos a las características de la producción capitalista no nos remitimos únicamente al proceso de trabajo y producción particulares, sino a la subordinación general de la producción al intercambio, a la acumulación, su subordinación al dinero. Mientras diversas formas de sociedad persistían e intercambiaban marginalmente (solo una parte de su producción, en sus márgenes geográficos y cambiando una cosa por otra, calidad por calidad), en estos centros se concentra y dinamiza el mercado y la producción se subordina a este. En dichos polos, no se produce ni se cambia para obtener calidades diferentes, sino para obtener cantidades mayores de dinero. El dinero pasa a convertirse en el fin último de la producción y reproducción social, el individuo aislado se constituye y el mercado se fortalece como el mediador por excelencia entre los seres humanos. El dinero pasa a ser la verdadera comunidad de los seres humanos».

La imposición va por dentro

Así como muchas comunidades se resistieron a los avances de la colonización, también hubo resistencias y subordinación antes de la conquista. **Cuando los colonizadores españoles y portugueses invadieron América, en grandes zonas, el terreno para un nuevo tipo de explotación específica ya estaba abonado**. Particularmente en el área andina, a medida que la construcción del imperio incaico alteraba profundamente la campiña —en tanto que comunidades alguna vez autónomas se convertían en enclaves de una empresa imperial—, las asignaciones según el sexo daban forma a las relaciones de poder emergentes. Estas fueron una poderosa herramienta para asegurar el dominio incaico sobre los Andes. Su fuerza estaba enraizada en, y engranada con, los sistemas de género que configuraban por doquier la experiencia social de las mujeres y de los hombres andinos.

Según Silverblatt, esto es así porque la dominación del Estado incaico se aprovechó del ordenamiento ya existente para consolidarse y poner a trabajar para sí a las comunidades. Este ordenamiento, o sistema de sexo–género andino, se regía por las actividades prácticas con las cuales hombres y mujeres reproducían sus vidas en comunidad.

«Datos documentales, históricos y etnográficos del mundo tribal, muestran la existencia de estructuras reconocibles de diferencia, semejantes a lo que llamamos relaciones de género en la modernidad, con jerarquías claras de prestigio entre la masculinidad y la feminidad, representados por figuras que pueden ser entendidas como hombres y mujeres. A pesar del carácter reconocible de las posiciones de género, en ese mundo son más frecuentes aberturas al tránsito y circulación entre esas posiciones que se encuentran interdictas en su equivalente moderno occidental. Como es sabido, pueblos indígenas, como los warao de Venezuela, cuna de Panamá, guayaquís (aché) de Paraguay, trío de Surinam, javaés de Brasil y el mundo incaico precolombino, entre otros, así como muchos pueblos nativo norteamericanos y de las primeras naciones canadienses, además de todos los grupos religiosos afroamericanos, incluyen lenguajes y contemplan prácticas transgenéricas estabilizadas, casamientos entre personas que el Occidente entiende como del mismo sexo, y otras transitividades de género bloqueadas por el sistema de género absolutamente enyesado de la colonial/modernidad». (Rita Segato, *Colonialidad y patriarcado moderno*)

En el momento de la conquista incaica, la región andina era un mosaico cultural. Los distintos pueblos se hallaban unidos a través del conflicto o a través de vínculos de cooperación, reciprocidad e intercambio. Compartían además la experiencia de vivir en sociedades en las cuales todos estaban emparentados. Estos ayllu, como llamaban en quechua a las "comunidades", eran la organización que se habían dado sus miembros para crear y recrear sus vidas; eran sociedades, digamos, autosustentables, que producían y reproducían la vida a partir de vínculos de parentezco y garantizaban el acceso a la tierra y otros "recursos".[36]

Se piensa que al momento de la conquista incaica (1450, aproximadamente), el modelo dominante de parentesco hallado en gran parte de la sierra andina era uno con líneas de descendencia paralela. Las mujeres se concebían a

36 Los autores que citamos ven en los *ayllu* un sistema de derechos y obligaciones; como siempre, se intenta aplicar el único esquema de sociedad que conocemos a cualquier otra sociedad. Lo mismo sucede con la idea del "recursos". En Cuadernos de Negación nro.8 decíamos: «Incluso por "mundo" se piensa automáticamente en "mundo capitalista", ya que si terminara el capitalismo, las montañas o los océanos, que también constituyen el mundo, permanecerían, pero al dejar de ser "recursos naturales" ya no son siquiera mundo para las concepciones que estamos criticando. Se piensa al planeta como una suma de "recursos" y como un gran laboratorio donde es posible realizar pruebas nucleares, experimentación en seres humanos a escala masiva y otros horrores de la vida moderna».

sí mismas como las descendientes, a través de sus madres, de una línea de mujeres; en forma paralela, los hombres se veían a sí mismos como descendiendo de sus padres en una línea de varones. Esta organización de las relaciones según sexo y de los vínculos de parentesco a través de descendencia paralela, era inherente a la forma en que las mujeres y los hombres andinos crearon y recrearon su existencia social. Las mujeres gozaban, a través de sus madres, de acceso a la tierra, al agua, a los rebaños comunales y a otras necesidades de la vida; es decir, era a través de sus relaciones con otras mujeres que accedían a los medios de subsistencia.

Las mujeres y los hombres actuaban en, se apropiaban de, e interpretaban el mundo que les rodeaba como si este estuviera dividido en dos esferas interdependientes. Estructuraron su cosmos con dioses y diosas cuya disposición reflejaba estas condiciones de vida. Esta estructuración de lo sagrado, reflejo del sistema de sexo–género, era solo uno de los muchos principios que configuraban la vida ritual andina. Así como sus contrapartes humanos, la *Pachamama* incorporaba fuerzas procreadoras mientras *Illapa*, el dios del trueno y el relámpago, proveía de lluvias. Sus poderes eran inútiles si no estaban ligados a la capacidad para fertilizar la tierra. Esta complementariedad y reciprocidad de lo sobrenatural era la que se expresaba en la organización del trabajo, que giraba alrededor de una división de las tareas, por edad y sexo. Las normas andinas definían ciertas tareas como apropiadas para los hombres y otras para las mujeres. Pero en todo caso, la división del trabajo jamás fue tan estricta como para prohibirle a una persona hacer tareas del otro sexo, en caso de necesidad. Tampoco parece haber habido impedimentos biológicos que hicieran que la mujer tuviera menor capacidad o movilidad.

Una crónica, ya de la época de la conquista española, cuenta que las mujeres «no solo servían en los oficios caseros, sino también en el campo, en las labranzas, sementeras [tierras sembradas] y beneficios de sus chácharas o heredades, en edificar sus casas y llevar cargas, cuando sus maridos caminaban, en paz y en guerra; y no pocas veces acontecía que, yendo cargadas, les venían los dolores del parto en el camino, y para parir no hacían más que desviarse un poco fuera de camino, y en pariendo, llegábanse adonde había agua y lavaban la criatura y a sí mismas, y echándosela encima de la carga que llevaban, tornaban a caminar como antes que pariesen».

La organización por sexo se basaba en la reciprocidad y complementariedad femenina y masculina, formando una unidad de producción y reproducción de la vida.[37]

Entonces, **si estas interpretaciones sobre la vida comunitaria preincaica son acertadas, podríamos responder a la pregunta inicial de este apartado. No necesariamente la división sexual del trabajo conlleva jerarquía y subordinación (lo cual, repetimos, no implica que la división sea deseable)**. Esto parece haber sucedido de la mano de la subordinación de la comunidad al Estado, por la destrucción progresiva de las comunidades y sus modos de subsistencia. Si bien la conquista inca, a diferencia de la de los reyes católicos, no alteró drásticamente el control tradicional ejercido por las mujeres sobre los medios de subsistencia de su sociedad, fue minando la vida comunitaria exigiendo un tributo, por un lado, y empleando prácticas de dominación indirectas, por el otro. En su sistema tributario los incas mantuvieron la concepción de las actividades masculinas y femeninas interdependientes como clave de los procesos de trabajo. Sin embargo, en los registros censales solo anotaron al hombre casado que, aún representando una unidad de trabajo también conformada por el componente femenino, se convertía en la "faz pública". Solo los hombres casados se hallaban sujetos a las obligaciones laborales del Estado; **implícitamente, los incas reconocían que el trabajo masculino y femenino formaba una unidad necesaria para la reproducción social (que, según lo expresaban los rituales de casamiento, era una unidad formada por iguales). Sin embargo, los varones eran los representantes de esa unidad**. Al erigir su imperio, los incas congelaron ciertos atributos de cada sexo para facilitar el gobierno imperial como, por ejemplo, el atributo de portar armas para los hombres. Al emplear esta distinción para estructurar las relaciones a través de las cuales los conquistados eran ordenados y controlados, los incas habían iniciado la conversión de las diferencias de sexo en jerarquías de sexo.

Lo mismo parece haber ocurrido con los "líderes" preincaicos llamados *curacas*. No obstante, no son bien conocidas las posiciones que ocupaban con anterioridad a la conquista,

37 «El dualismo, como el caso del dualismo de género en el mundo indígena, es una de las variantes de lo múltiple. El dos resume, epitomiza una multiplicidad originada en los tránsitos entre los dos polos; los cruces, encuentros y encrucijadas de las tantas formas de transgeneridad constatadas en los mundos no intervenidos o solo parcialmente intervenidos por la estructura de la colonialidad. El binarismo, propio de la colonial modernidad, resulta de la episteme del expurgo y la exterioridad construida, del mundo del Uno. El uno y el dos de la dualidad indígena son posibilidades de lo múltiple, donde el uno y el dos, aunque puedan funcionar complementariamente, son ontológicamente completos y dotados de politicidad, a pesar de ser desiguales en valor y prestigio. El segundo en esa dualidad jerárquica no es un problema que demanda conversión, procesamiento por la grilla de un equivalente universal, y tampoco es resto de la transposición al Uno, sino que es plenamente otro, un otro completo, irreductible». (Rita Segato, *Colonialidad y patriarcado moderno*)

Cuando el imperio inca se va organizando, la situación de los pueblos andinos va cambiando debido a la imposición de los incas sobre ellos; pero mientras obedecieran las exigencias estatales, los incas no intervenían en las formas de vida establecidas. Sin embargo, se empiezan a tejer distinciones basadas en el sexo, como el hecho de que en los registros censales que realizaron, fueran ya los hombres los que representaban la unidad doméstica. A partir de ahora es el Inca —hombre— el que va a regir todo el Imperio; pero a su lado va a estar su esposa —la reina Inca— denominada Coya, que no tendrá un papel insignificante.

«(…) Las reinas Coya han sido objeto de análisis en distintas obras debido a la importancia que tuvo su ejercicio como esposas del Inca, ya que varias tuvieron que ejercer gobierno por la ausencia de su marido, o por su capacidad para ello.

Así, vemos cómo la primera Coya, Mama Uaco, al decir de Guaman Poma de Ayala, gobernaba más que su marido y era obedecida y respetada por toda la ciudad de Cuzco. Prieto de Zegarra nos indica que fue esta Coya la que enseñó a las mujeres las labores domésticas y de campo, y que colaboró valientemente en la conquista del Cusco.

(…) Estas mujeres gobernaron el Imperio desde lo más alto, puesto que con la dominación inca este se estructuró jerárquicamente, lo que dio lugar a una clara diferenciación social. La reina se rodeaba de las mujeres de la aristocracia y la nobleza. La Coya, aunque como se ha indicado ejerciera en momentos para todos y todas, era generalmente estimada como reina de las mujeres. Tenía autoridad para casar a las mujeres con los hombres que eligiese.

El sol como divinidad principal del Imperio era designado como representación total del Inca y por lo tanto de todo lo masculino, este era regido por el Sol que a su vez regía a todos los ciudadanos del Imperio. **Pero existía la figura de la luna, la cual impregnaba todo lo femenino y por ello imponía sobre el resto de divinidades femeninas. Así, la Coya se veía como la descendiente de la Luna y por esa razón dominaba al resto de mujeres.** Una vez al año, se realizaba un homenaje llamado *Coya Raymi* en el que la reina celebraba la jerarquía del poder que dominaba.

(…) A pesar del poder del Inca, pueblos de mujeres siguieron resistiendo, como los que poblaron las márgenes del río Amazonas. En la exploración de este gran río llevada a cabo por los españoles, no fueron pocas las referencias que tenían de pueblos gobernados por mujeres guerreras llamadas *Conñapuyara*, grandes señoras. Y así dan fe en sus crónicas de haber luchado contra estas guerreras que tenían dominados a los pueblos de alrededor, los cuales estaban sometidos y tenían que pagarles tributo. Este río fue llamado Amazonas debido a que los cronistas relacionaron a estas mujeres con las amazonas de la mitología griega».

(Arantxa Robles Santana, *Una aproximación al rol de la mujer precolombina en América*)

ni si estaban vedadas de ello las mujeres. Aun cuando los cronistas parecen querer decir que los jefes locales eran hombres, existen ciertas evidencias de que las jefas femeninas de los grupos étnicos ocupaban cargos importantes en el gobierno de sus sociedades. Es difícil saber si los incas, al sistematizar las relaciones con los grupos conquistados, tendieron a designar *curacas* masculinos como representantes de los *ayllus*, o si los españoles, quienes principalmente trataron con curacas masculinos como intermediarios durante la colonia, no tuvieron ojos para ver la realidad de las estructuras de autoridad precolombina, donde la mujer podía asumir posiciones de jerarquía y de poder.

Una de las mayores luchas por crear y mantener el imperio inca fue la que tuvieron que dar en el terreno ancestral. A pesar de la reestructuración incaica de la historia genealógica, que legitimaba las relaciones jerárquicas, no todos los pueblos aceptaron las pretensiones incaicas de un origen sagrado. En muchas regiones el dominio estatal fue frágil, como lo demuestran las continuas rebeliones y el odio de los *ayllus* hacia los conquistadores; algo que estos emplearían más tarde a su favor.

Otro de los fenómenos que acompañó la conformación de los Estados precolombinos (y el incaico no fue excepción) fue el crecimiento de las ciudades y las aldeas. Con sus templos, monumentos, palacios y calles empedradas, se marcó una fase que fue interpretada como la primera revolución urbana de este continente, que supuso el surgimiento de ciudades como Teotihuacán, Lubaantún, Huari, Chanchan. Aunque estas ciudades estaban todavía integradas a la naturaleza (no eran las ciudades en las que vivimos hoy), su desarrollo reforzó la subordinación que suponía la creación de Estados.

Como vimos, las mujeres seguían participando activamente en el reparto colectivo de las cosechas y en las decisiones comunales. Entre los quimbayas del actual centro de Colombia, las mujeres casadas, hijas y viudas, poco antes de la conquista española intervenían enérgicamente en la toma de decisiones. Aún no se había impuesto el matrimonio monógamo como institución social porque

la inexistencia de propiedad privada y de acumulación personal no lo hacía entonces necesario; recién lo sería bajo la colonia, con fines hereditarios.

Algunos cronistas españoles alcanzaron a darse cuenta del papel que jugaban las mujeres bajo los incas. José de Acosta anotaba: «todos sabían tejer y hacer sus ropas; todos sabían labrar la tierra y beneficiarla, sin alquilar otros obreros. Todos se hacían sus casas; y las mujeres eran las que más sabían de todo».

Otros españoles interpretaron el vigor de estas mujeres como un signo de servidumbre: muchos pensaban que las mujeres trabajaban tanto porque servían a los hombres, aunque la realidad era que todos trabajaban por igual. En este sentido, el cronista mestizo Guamán Poma suplicó —en su carta-crónica de protesta a la corona española— que se protegiese a la mujer indígena de los abusos de los españoles, arguyendo que su trabajo, en conjunción con el del hombre, era necesario para el mantenimiento de la vida andina.

Si bien no se puede hablar todavía de propiedad privada y clases sociales en términos capitalistas, la consolidación aún incipiente de un Estado muestra la necesidad de controlar a la población mediante la jerarquización en cada comunidad a partir de las diferencias sexuales y de género.

La reconfiguración de las divinidades, específicamente la adoración del sol por encima de las demás deidades, fue parte de la batalla que tuvieron que dar los incas en el plano sagrado y ancestral. En el intento de justificar su poder, los incas sostuvieron ser los descendientes directos del sol y la luna, transformando las estructuras de paralelismo sol/luna y hombres/mujeres presentes en los ayllus, en instituciones de la política imperial. Así se emparentaba la reina Coya, la más cercana descendiente de la luna, con todas las demás mujeres.[38] (ver cuadro p. 36)

Las mujeres nativas[39] americanas desempeñaban papeles tan importantes en la vida comunal, que los incas y aztecas se vieron obligados a conservarlos y hacerlos funcionales a su sistema de tributación. Afectadas sin duda por la captación y redistribución del excedente que hacían los Estados, las mujeres aún podían disponer de los frutos de su trabajo para la subsistencia porque la posesión de la tierra continuó siendo comunal.

Por consiguiente, si bien es cierto que la opresión de las mujeres surgió en América, así como en Europa, allí sus bases estaban sólidamente asentadas debido a la existencia de clases configuradas sobre la base de la propiedad privada. **La tendencia opresora en la América precolombina se vio alterada por la conquista española, que interrumpió el proceso autóctono de desarrollo contra las mujeres de ciertas sociedades nativas**.

Distintas opresiones, un mismo proceso

En continente americano, la colonización logró profundizar la separación de la producción del consumo; especialmente en los centros mineros y agropecuarios desarrollados en función de la economía de exportación, del mercado mundial. Si bien en las sociedades locales se mantuvo una economía de subsistencia, donde las mujeres seguían desempeñando un papel importante al mantener una estrecha relación entre producción y consumo, en las principales áreas de la economía colonial el fenómeno productivo se autonomizó, separándose del consumo. Lo que antes había estado unido se escindió, como sucede en todo régimen de producción de mercancías. El resultado de esa separación es la reproducción de la fuerza de trabajo por un lado y la producción social por otro.

El trabajo doméstico en el sector blanco y mestizo empezó a ser funcional al régimen colonial de dominación, tanto en lo referente a la reproducción de la fuerza de trabajo, como a su reposición diaria. El trabajo de las mujeres fue asimilado al llamado trabajo doméstico, y el de los hombres al nuevo tipo de producción social para la exportación.

No obstante, **la evolución de la familia y del propio trabajo doméstico durante la Colonia fue distinta a la europea**. La economía campesina del medioevo, y el tipo de familia y de trabajo doméstico realizado en el seno del sistema feudal, no se reprodujo en América Latina.

La familia de la época colonial no fue estrictamente una unidad básica de producción, como lo fue la familia feudal para la economía campesina. Nadie podría negar que durante la colonia existieron unidades de producción de carácter familiar para la subsistencia en el campo y la ciudad, sobre todo entre los artesanos; pero lo que comandaba el proceso global de esa sociedad era la economía de exportación de acuerdo a las necesidades del mercado mundial. La economía de subsistencia seguía en manos de

38 Tan solo por curiosidad vale la pena recordar que, al día de hoy, la moneda del Perú es el *sol*.

39 «(…) desde hace años se insiste en usar la categoría "pueblos originarios" para referirse a los humanos que habitan este continente desde antes de la llegada de los españoles. Creen los especialistas que es mejor que llamarles salvajes, indios, aborígenes, indígenas, etc. aunque no cambie en nada la situación en que viven, aunque el genocidio siga existiendo. (…) Tenemos que dejar de lado esas categorías étnicas así como las sexuales o nacionalistas ya que todos somos humanos originarios del Planeta y casi todos igualados en una condición servil. (…) La idea de pueblos originarios no hace más que alejarnos y separarnos aun más en un aparente respeto por el Otro. Separarnos entre oprimidos que tienen que aceptar las categorías con las que el Estado, científicos y dueños de nuestras vidas en general nos clasifican». (La Oveja Negra nro.21, *¿Pueblos originarios?*)

las comunidades indígenas, donde el trabajo doméstico de la mujer tuvo características diferentes a las que se dieron en el de la mujer del medioevo europeo.

En la América Latina colonial fue distinto el trabajo desempeñado por las mujeres de origen blanco que el realizado por las indígenas, negras, mestizas y mulatas. Las primeras, recluidas en el hogar, se reproducían para consolidar el sistema de dominación colonial y de clase, sufriendo también el peso del machismo. Las mujeres indígenas, doblemente afectadas por el sistema de tributación, tenían que producir un excedente para pagar dicho tributo, ya que la mayoría de los hombres debía realizar forzosamente trabajos en las encomiendas de las minas y haciendas. Además, tenían que reproducir la fuerza de trabajo que se apropiaban los conquistadores y satisfacer el autoconsumo familiar y comunal. Mientras que los hombres de esas comunidades entregaban su plustrabajo íntegro y directo en las minas y haciendas, las mujeres producían un excedente para dar cumplimiento al pago del tributo. Al institucionalizarse el régimen de mita, las comunidades indígenas perdieron gran parte de sus miembros varones, por lo que las mujeres se vieron obligadas a suplir ellas mismas esa fuerza de trabajo.

En la región andina, «las mujeres —decía el cronista español Cieza de León— son las que labran los campos y benefician las tierras y mieses», y «los maridos hilan y tejen, y se ocupan de hacer ropa».

Como puede apreciarse, en algunas comunidades se mantuvo una división de tareas donde el hilado y el tejido no eran labores exclusivas de las mujeres, sino también de los hombres, costumbre que todavía se conserva en ciertas regiones.

En la Nicaragua colonial, las mujeres indígenas se dedicaban al comercio, mientras los hombres se ocupaban de la agricultura y del hogar: «el mercado es el dominio de la mujer, quien no admite en él a hombres más que si son extranjeros. Los hombres del lugar no pueden pararse en él, ni siquiera por curiosidad».

«En Cañares, en la zona de Perú —agrega Arantxa Robles Santana— son las mujeres las que trabajan la tierra, y sin embargo son sus maridos los que tejen e hilan en sus casas. Este dato nos puede sorprender bajo nuestra mentalidad, al igual que le pasó al cronista Pedro Cieza de León, que indica que además hacen otros trabajos *afeminados*».[40]

Tanto los productos textiles, como los de alfarería, tuvieron que necesariamente ser llevados al mercado colonial. En tal sentido, los colonialistas se beneficiaron de siglos de experiencia de trabajo femenino en cerámica, textiles, agricultura y preparación de alimentos. Pronto, los españoles entrenaron a las mujeres indígenas en la cría de ganado vacuno y ovejuno, y en los cultivos de las nuevas plantas y cereales que trajeron de Europa.

La mujer negra, en su calidad de esclava, transfirió diferentes valores con su trabajo: por un lado, reproduciendo contra su voluntad nueva fuerza de trabajo esclava y, por otro, trabajando en las tareas domésticas, al servicio de los patrones, en las casas señoriales del campo y la ciudad. En cualquier caso, fue generadora de un plustrabajo importante por su articulación con los sectores económicos claves: minería, hacienda y plantación. Hasta fines de la Colonia no será frecuente el trabajo doméstico de la mujer negra en su unidad familiar, por cuanto los esclavistas restringirán la constitución de familias negras estables. En algunas colonias las *libertas* llegaron a trabajar como asalariadas, pero ganando menos que los jornaleros negros, según lo establecido. Por ejemplo, en las Ordenanzas del Cabildo de Santo Domingo en el siglo XVIII: «el jornal de la negra ha de ser el tercio menos que el del negro».

Tanto las mujeres negras como indígenas fueron reproductoras de una fuerza de trabajo destinada a ser explotada por la clase dominante española y criolla. Reproductoras de la vida desde siempre, en Africa o América, ahora bajo la Colonia, sus hijas e hijos pasaban a ser fuerza de trabajo para el mercado mundial. Las mujeres indígenas, y luego las mestizas —además de las negras, las zambas y mulatas—, tributaron sexualmente a los conquistadores. Así, estos se apropiaron de su capacidad reproductora y aquellas perdieron paulatinamente su capacidad erótica en esta función sexual separada del placer.

La división sexual del trabajo se consolidó en la Colonia, fortaleciéndose la opresión de clase con la opresión por su sexo.

«Nunca se podrá evaluar la cuantía del plus–producto entregado por el trabajo de estas mujeres al fondo de la acumulación originaria de capital a escala mundial» se lamenta Vitale, y quizás no sea necesario calcularlo. Mucho menos, para esperar una retribución por haber contribuido al Capital mundial; al cual todas las personas explotadas y oprimidas de la historia, tristemente, hemos contribuido y continuamos contribuyendo.

40 Exponemos estos breves ejemplos porque, al igual que el cronista opresor, fiel representante de su época, a la nuestra le sorprende saber de estas mujeres haciendo trabajos "de hombre" y estos hombres haciendo trabajos "de mujer". La asimilación de la ideología dominante es tal, que incluso nos sorprenden positivamente y no nos sorprenden, tristemente, los relatos de mujeres enterradas vivas junto a su difunto marido, o el intercambio de mujeres.

MUJERES Y ESCLAVITUD

Extractos de Angela Davis, *Mujeres, raza y clase*, capítulo 1 "El legado de la esclavitud: modelos para una nueva feminidad", editado en 1981.

◇◇◇◇◇◇◇◇◇

El día en que alguien exponga la realidad de las experiencias de las mujeres negras bajo la esclavitud mediante un análisis histórico riguroso, ella (o él) habrá prestado una ayuda inestimable. La necesidad de emprender un estudio de estas características no solo se justifica en aras de la precisión histórica, sino que las lecciones que se pueden extraer del período de la esclavitud arrojarán luz sobre la batalla actual de las mujeres negras, y de todas las mujeres, por alcanzar la emancipación.

Proporcionalmente, las mujeres negras siempre han trabajado fuera de sus hogares más que sus hermanas blancas. El inmenso espacio que actualmente ocupa el trabajo en sus vidas responde a un modelo establecido en los albores de la esclavitud. El trabajo forzoso de las esclavas ensombrecía cualquier otro aspecto de su existencia. Por lo tanto, cabría sostener que el punto de partida para cualquier exploración sobre las vidas de las mujeres negras bajo la esclavitud sería una valoración de su papel como trabajadoras.

La actitud de los propietarios de esclavos hacia las esclavas estaba regida por un criterio de conveniencia: **cuando interesaba explotarlas como si fueran hombres, eran contempladas, a todos los efectos, como si no tuvieran género; pero, cuando podían ser explotadas, castigadas y reprimidas de maneras únicamente aptas para las mujeres, eran reducidas a su papel exclusivamente femenino.**

Cuando la abolición de la trata internacional de esclavos comenzó a amenazar la expansión de la joven industria del cultivo de algodón, la clase propietaria de esclavos se vio obligada a depender de la reproducción natural como método más seguro para reponer e incrementar la población esclava doméstica.[41] Así pues, la capacidad reproductiva

41 El tráfico esclavista con el continente africano terminó legalmente en 1808. Aunque continuaron las importaciones clandestinas, el tráfico interno, legal, se convirtió en un negocio rentable perfectamente organizado. En vísperas de la guerra civil, eran objeto del mismo 80.000 esclavos valorados, entonces, en 60 millones de dólares. Tras la prohibición del tráfico exterior sus precios aumentaron de forma constante. El ascenso de la industria textil en Inglaterra y, posteriormente, en Nueva Inglaterra creó una enorme demanda de algodón y, a su vez, la consecuente expansión de la industria algodonera gracias a la dispersión del cultivo en los Estados del Sur condujo a un renacimiento de la esclavitud. En el Sur, el número de esclavos aumentó de 857.000 en 1800 a casi 4.000.000 en 1860.

de las mujeres experimentó una revalorización. Durante las décadas anteriores a la guerra civil, las mujeres negras fueron evaluadas cada vez más en función de su fertilidad —y de su incapacidad para reproducirse— y, en efecto, en tanto que madre potencial de 10, 12, 14 o, incluso, más niños, ella se convirtió en un codiciado tesoro. Pero esto no significa que las negras, como madres, poseyeran un status más respetado del que poseían como trabajadoras.

La exaltación ideológica de la maternidad —a pesar de la gran popularidad de la que gozó durante el siglo XIX— no se extendió a las esclavas. De hecho, a los ojos de sus propietarios, ellas no eran madres en absoluto, sino, simplemente, instrumentos para garantizar el crecimiento de la fuerza de trabajo esclava. Eran consideradas "paridoras", es decir, animales cuyo valor monetario podía ser calculado de manera precisa en función de su capacidad para multiplicar su número.

Puesto que las esclavas entraban dentro de la categoría de "paridoras" y no de la de "madres", sus criaturas podían ser vendidas y arrancadas de ellas con entera libertad, como se hacía con los terneros de las vacas. Un año después de que la importación de africanos fuera interrrumpida, un tribunal de Carolina del Sur dictaminó que las mujeres esclavas no tenían ningún derecho legítimo sobre sus hijos. Por lo tanto, en virtud de esta disposición, los niños podían ser vendidos y apartados de sus madres a cualquier edad y sin contemplaciones porque «las crías de los esclavos (…) tenían la misma consideración que el resto de animales».

En tanto que mujeres, las esclavas eran esencialmente vulnerables a toda forma de coerción sexual. Si los castigos más violentos impuestos a los hombres consistían en flagelaciones y mutilaciones, las mujeres, además de flageladas y mutiladas, eran violadas.

De hecho, **la violación era una expresión descamada del dominio económico del propietario y del control de las mujeres negras como trabajadoras por parte del capataz**.[42]

Así pues, los especiales abusos infligidos sobre las mujeres facilitaban la explotación económica despiadada de su trabajo. Las demandas de esta explotación hacían que, excepto para fines represivos, los propietarios de esclavos dejaran de lado sus ortodoxas actitudes sexistas. Si las negras difícilmente eran "mujeres" en el sentido aceptado del término, el sistema esclavista también desautorizaba el ejercicio del dominio masculino por parte de los hombres negros. Debido a que tanto maridos y esposas, como padres e hijas, estaban, de la misma forma, sometidos a la autoridad absoluta de sus propietarios, el fortalecimiento de la dominación masculina entre los esclavos podría haber provocado una peligrosa ruptura en la cadena de mando. Además, ya que las mujeres negras, en tanto que trabajadoras, no podían ser tratadas como el "sexo débil" ni como "amas de casa", los hombres negros no podían aspirar a ocupar el cargo de "cabeza de familia" y, evidentemente, tampoco de "sostén de la familia". Después de todo, tanto hombres como mujeres y niños eran, igualmente, los "sostenes" de la clase esclavista.

◇◇◇◇◇◇◇◇

Las mujeres no eran tan "femeninas" como para que no pudieran trabajar en las minas de carbón, en las fundiciones de acero, en la tala de árboles o abriendo zanjas. Cuando se construyó el Santee Canal, en Carolina del Norte, las mujeres esclavas llegaron a constituir el 50% de la mano de obra empleada. En los diques de Luisiana también hubo mujeres trabajando, y muchas de las vías ferroviarias que todavía se utilizan en Estados Unidos fueron construidas, en parte, por mano de obra esclava femenina.

El empleo de mujeres esclavas como sustituto de las bestias de carga para tirar de las vagonetas en las minas en el Sur guarda reminiscencias con la horrenda utilización del trabajo femenino blanco en Inglaterra descrita por Karl Marx en *El Capital*: «En Inglaterra aún se utiliza, ocasionalmente, a mujeres en lugar de caballos para arrastrar las embarcaciones en los canales porque el trabajo que se requiere para producir el caballo y las máquinas se puede conocer en términos precisos, mientras que el trabajo necesario para mantener a las mujeres de la población excedente está por debajo de toda estimación».

Al igual que sus homólogos británicos, los industriales sureños no ocultaban los motivos que les llevaban a emplear a mujeres en sus empresas. Las mujeres esclavas eran mucho más rentables que, no solo, los trabajadores masculinos libres, sino también que los esclavos varones. Su «coste de capitalización y de mantenimiento era menor que el de los hombres de primera categoría».[43]

42 A pesar del testimonio de los esclavos sobre la elevada incidencia de la violación y de la coerción sexual, la literatura tradicional sobre la esclavitud ha silenciado casi por completo el tema del abuso sexual. Frecuentemente, se asume que las mujeres esclavas provocaban y recibían con agrado las atenciones sexuales de los hombres blancos. Por lo tanto, lo que ocurría entre ellos no era explotación sexual sino, más exactamente, "mestizaje".

43 R. S. Starobin, *Industrial Slavery in the Old South*: «Los propietarios de esclavos utilizaban a mujeres y a niños para distintas tareas con el fin de aumentar la competitividad de los productos del Sur. En primer lugar, las mujeres esclavas y los niños tenían un coste de capitalización y de mantenimiento menor que los hombres de primera categoría. John Ewing Calhoun, un fabricante textil de Carolina del Sur, estimaba que el mantenimiento de los niños esclavos costaba dos tercios de lo que costaba mantener a los esclavos adultos que trabajaban en las fábricas de algodón.

Ya desde 1642 e, incluso, hasta 1864 podían encontrarse dispersas por todo el Sur las comunidades de cimarrones integradas por esclavos fugitivos y por sus descendientes.

Estas comunidades eran «paraísos para los fugitivos, servían como bases para expediciones de reconocimiento contra las plantaciones cercanas y, en ocasiones, suministraron líderes a levantamientos organizados». En 1816 se descubrió una extensa y floreciente comunidad integrada por 300 esclavos fugitivos —hombres, mujeres y niños— que habían ocupado una fortaleza en Florida. Ante su negativa a rendirse, el ejército emprendió una batalla que se prolongó durante diez días y se cobró las vidas de más de doscientos cincuenta de sus habitantes. Las mujeres se defendieron en igualdad de condiciones que los hombres. En 1827, durante el curso de otra confrontación en Mobile, Alabama, los hombres y las mujeres fueron igualmente implacables luchando, según los periódicos locales, «como espartanos».

A menudo, la resistencia era más sutil que las revueltas, las fugas y los sabotajes. Por ejemplo, consistía en aprender a leer y a escribir clandestinamente y en impartir a otros esclavos estos conocimientos. En Natchez, Luisiana, una esclava dirigió una "escuela nocturna" donde impartía clases a los miembros de su comunidad entre las once y las dos de la madrugada, y en la que llegó a "graduar" a cientos de alumnos.

Ningún estudio sobre el papel jugado por las mujeres en la resistencia contra la esclavitud estaría completo sin pagar un tributo a Harriet Tubman, por las extraordinarias hazañas que protagonizó como conductora del Ferrocarril Clandestino y que ayudaron a liberar a trescientas personas.

Ahora es más fácil comprender a Margaret Games, aquella esclava fugitiva que cuando fue atrapada cerca de Cincinati mató a su propia hija e intentó quitarse la vida. Se alegraba de que la niña hubiera muerto: «ahora nunca sabrá lo que sufre una mujer siendo esclava», e imploraba ser juzgada por asesinato. «Iré cantando a la horca antes de que me devuelvan a la esclavitud». (H. Aptheker, *The Negro Woman*)

Otro californiano estimaba que la diferencia de costes entre la mano de obra esclava masculina y femenina era, incluso, mayor que la que había entre la mano de obra libre y la esclava. Los resultados contables de aquellos que utilizaban a mujeres y a niños esclavos corroboran la conclusión de que los costes laborales podían reducirse sustancialmente».

POST-DATA

Si se supone que la colonización de América fue el evento central para el surgimiento del capitalismo en desmedro, no solo de Europa, sino también de África y Asia, en nombre de "nuestramérica" o de "las américas" puede hacerse cualquier cosa. Es una justificación de tipo patriótica, y en nombre de la patria, ya sabemos, se comienza inculcando el miedo y el odio, y se termina por cometer todos los crímenes.

Si se supone que los trabajadores son los buenos de la sociedad porque producen el valor que malignamente es apropiado por los capitalistas, en nombre de los trabajadores o del "pueblo productor" pueden cometerse los peores chantajes. En coherencia con esto, todas las ideologías obreristas se basan en el sacrificio y la represión de todas las manifestaciones de las pasiones y los placeres humanos, físicos, corporales. Las apologías al trabajo de izquierda a derecha y del sindicalismo de todos los colores cantan sus loas al trabajo para sostener esta sociedad de la explotación. Luchar por la emancipación total no supone aplaudir los actuales rasgos de quienes se encuentran explotados. Es más probable que la explotación nos degrade a que nos embellezca. No se trata de romantizar a los trabajadores asalariados que, no sorprendentemente y considerando que el espectáculo se diseña sobre todo para mantenerlos engañados, están con frecuencia entre los sectores más ignorantes y reaccionarios de la sociedad. Ni es cuestión de sopesar agravios diferentes para ver quién está más oprimido. La cuestión no es alabar al proletariado, sino abolirlo.

Si se supone que el capitalismo se construyó sobre la subordinación de las mujeres con la caza de brujas y que hoy se sostiene gracias al trabajo impago a las mujeres estamos en una situación similar. «Federici convierte una condición histórica necesaria en la naturaleza profunda del capitalismo» sostiene Gilles Dauvé.[44] Y podemos decirlo de todas las feministas anticapitalistas. Cada representante de un grupo identitario o minoría crítica del capitalismo sostiene que su problema es el punto nodal del mundo en el cual vivimos.

Lo que subyace en el libro de Federici —señala Dauvé— y se presenta en muchos movimientos sociales —agregamos nosotros— es «el postulado de que la evolución humana sería antes que nada una cuestión de poder, ya sea con el control de unos sobre otros, o al contrario con la autoorganización colectiva, y por tanto que el cambio social consiste en crear o recrear nuevos espacios y formas de poder. Poco importa la naturaleza profunda del capitalismo: siempre que fueran gestionados colectivamente, el dinero, el trabajo o el valor cambiarían completamente. Si el capital es sometimiento, basta salir de él y actuar libremente. Si el capital es desposesión, reapropiémonos juntos de lo existente, y esta reposesión común lo transformará». Sabemos que no es así…

Si se considera que la agresión contra X es a la vez el eslabón más complejo y el más fundamental de las cadenas de la sociedad actual, entonces queda permiti-

44 En su artículo *Federici vs. Marx*. En la misma línea podemos recomendar *De la quema de brujas al trabajo productivo: una crítica al enfoque de Silvia Federici* de Guillem Murcia López.

da una demagogia terrible, tan repugnante como la ya pasada de moda demagogia obrera. Con justificaciones diferentes, aunque no tan distintas, la socialdemocracia a la moda termina por parecerse a la antigua.

El carácter peculiar de la socialdemocracia se resume en el hecho de exigir instituciones democráticas como medio, no para abolir la sociedad, sino para atenuar su antagonismo. Por mucho que difieran las medidas propuestas para alcanzar este fin, por mucho que se adorne con concepciones más o menos "revolucionarias", el contenido es siempre el mismo: ese partido burgués para los proletarios es la fuerza social e histórica encargada de potenciar las debilidades de la lucha proletaria.

«Ese partido socialdemócrata se materializa en dos niveles: por una parte constituyendo una estructura militante exterior a nuestra clase, resultado directamente de las fracciones progresistas e izquierdistas de la clase burguesa; y por otra en el desarrollo de un cuerpo ideológico reformista generado en el seno mismo de nuestra clase, sostenido sobre las debilidades, los límites y las ilusiones de la lucha, todo ello en un vaivén dialéctico entre ambos». (Tridni Valka, *¡Qué reviente la extrema izquierda del Capital!*)

Hoy, que todos los reformismos abordan la sociedad como una sumatoria independiente de dominaciones, es necesario abordar una crítica total de la sociedad. No pueden combatirse ni comprenderse ninguno de estos elementos aislándolos ni, mucho menos, clasificándolos como simples dominaciones.

«He acabado por hartarme de oír hablar de dominación. A parte de los sádicos, nadie domina por el simple placer de dominar: hace falta aún que ese placer se alimente de beneficios concretos, entre otros, materiales.

La dominación masculina solo ha sido instaurada y solo perdura porque produce algo, y no solo niños. No se puede comprender la división del trabajo si no se incluye la división sexual del trabajo: pero esta última solo se comprende por su rol en el conjunto de la división del trabajo.

La cuestión que se plantea aquí, raramente planteada por el feminismo, es la de las relaciones de producción, sabiendo que en ellas se incluye la dominación y la explotación.

Desligada de la producción, la dominación parece crearse y perpetuarse ella sola. Se la percibía en el binomio jefe/empleado, ciertamente, pero tanto como en los binomios blanco/negro, orientación sexual mayoritaria/minoritaria, profesor/alumno, médico/paciente, viejo/joven, Norte/Sur, cultura elitista/popular, padre/hijo, válido/minusválido, y desde luego hombre/mujer, estando obligado cada uno de nosotros a ocupar sucesivamente varias de esas posiciones. En un día, la misma persona será dominada por su marido en casa, su jefe en el trabajo y un policía en la calle, y dominante ante un subalterno en la oficina y a su hijo de regreso a casa. La dominación solo tiene sentido si actúa en todos sitios, y la fuerza del concepto tiende a su dilución». (Gilles Dauvé, *El feminismo ilustrado o el complejo de Diana*)

La división sexual y sus asignaciones al interior del proletariado son, por lo tanto, como dijimos al comienzo, no solamente aquello que debe superarse en el curso de la revolución, sino también una fuente de esta superación.

Por el contrario, **la propuesta dominante, es decir capitalista, es lo contrario: parcialización e inmediatismo.** El comunismo, en tanto movimiento real de abolición de lo existente, rompe necesariamente ese inmediatismo. Rebelarnos contra este, que nos objetiviza, es indispensable para la lucha total. En esa totalidad, lo inmediato mismo pierde la envoltura cosificadora del inmediatismo pues se presenta en sí mismo como un momento singular del todo.

Desde una perspectiva revolucionaria y, por tanto, totalizadora, para el proletariado en lucha una realidad suya no puede ser aislada de esa totalidad. De hecho, toda realidad suya, por muy singular y particular que se presente en la superficie, contiene la totalidad. Desde esta perspectiva, la crítica a cualquier aspecto debe implicar por tanto la crítica de la totalidad que lo determina.

La crítica práctica y colectiva más inmediata de algo tan elemental como el agua contaminada o la violencia doméstica es una reivindicación que requiere, para su realización, la transformación más profunda y radical; requiere la abolición de los fundamentos de toda la sociedad capitalista, la crítica de la totalidad. **El Estado, a lo sumo, puede administrar y gestionar el agua contaminada o la violencia doméstica; pero no ponerle fin**.

Con frecuencia la discusión se desplaza a un terreno discursivo, reformista, estatista. Es evidente que llevar la discusión y la práctica a ese terreno es beneficioso para el Capital, que cuanto más fuerte es, más afirma que no existe y su fuerza le sirve, antes que nada, para afirmar su inexistencia.

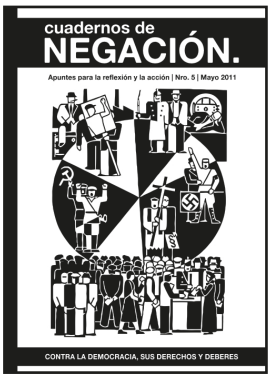
Así culpamos al racismo, al machismo, al eurocentrismo, a los «micro» y «macropoderes», a la contaminación, al extractivismo, al gobierno de turno, etc., etc., etc. Sin embargo, y por poner solo un ejemplo, un racista puede impulsar el racismo, la absurda idea de las razas, la guerra de razas, pero no crear racismo. Son las propias bases materiales del capitalismo las que generan el racismo, el racista, las "razas" y esa guerra. La ideología antirracista que coloca al blanco como enemigo número uno invierte los términos pero mantiene esa guerra de razas. Como el racista no crea nada nuevo respecto al racismo, lo que hace es reproducir esa guerra y, sobre todo, actúa (independientemente o no de su voluntad) para la perpetuación de esa guerra, impidiendo una salida revolucionaria a esa situación y conduciendo la lucha contra el racismo hacia intereses fraccionarios de ciertos sectores burgueses.

Otro elemento beneficioso para el Capital es el modo en que se encara generalmente la crítica del machismo y el sexismo. Desplazándonos a otros aspectos sociales, podemos observar cómo esa es **la dinámica propia del mundo de la mercancía, que la burguesía no deja de incentivar: la competencia al interior de la clase proletaria**. Romper con esa lógica, partir de la lucha contra las relaciones existentes, es decir, de la necesidad de revolución social, es el marco en el que se desarrolla justamente nuestra lucha; y nuestras discusiones no pueden más que sucederse allí. Esto no quiere decir, evidentemente, que no destaquemos, discutamos, profundicemos, acerca de las condiciones particulares que pesan sobre la existencia de las proletarias en particular. De lo contrario, se extendería un tupido velo sobre esa realidad contra la que luchamos. Queremos comprender de dónde es que emergen las particularidades sin que eso devenga en una "guerra de sexos", tal y como hace, de forma generalizada, el discurso dominante sumergido en la necesaria competencia de la sociedad mercantil generalizada.

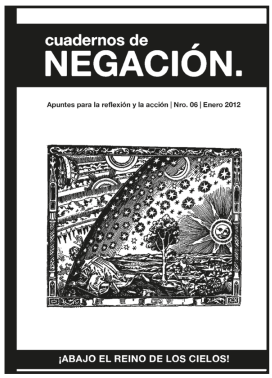
Es curioso que distintos personajes que reivindican la crítica al feminismo (independientemente de uno u otro dato o información interesante que puedan dar) y, sobre todo quienes insisten en criticar una "guerra de sexos" que —según ellos— está orquestada por el Estado y el feminismo, en realidad sean expresiones y reproducciones de esa guerra; pues, en sus exposiciones, están metidos de lleno en la competencia social, intentando equilibrar al hombre con la mujer en la balanza de penurias (inventando si hace falta). No puede extrañarnos que sean, entonces, los abanderados de la "defensa del polo masculino frente al femenino". Es evidente que, tanto la ideología feminista, como el Estado, fomentan esa competencia; no hay dudas, pero esos pseudocríticos no hacen más que consolidar y agudizar algo existente que emana de la propia dinámica del capitalismo.

Bien, la intención de todo esto, tal como en otras ocasiones, no es la de situarse en un punto medio. Se trata de posicionarnos fuera y contra los diferentes sectores de defensa de lo existente, es decir, del Capital.

NÚMEROS ANTERIORES



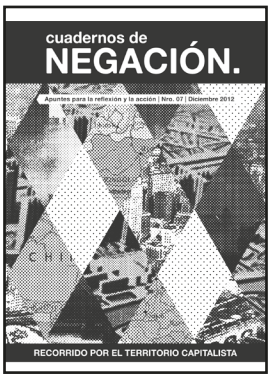
5 La alternativa para los esclavos asalariados no está en el hecho de tener un gobierno más a la izquierda o más a la derecha, en soportar el desprecio de los politiqueros pluralistas o la arrogancia de una oligarquía militar, en participar en el constante agravio y reprobación entre una organización política partidista y otra. La contradicción fundamental se encuentra entre dictadura de la burguesía —sean cuales sean los mecanismos puestos en marcha por esta clase para administrar la explotación— y el desarrollo del comunismo y la anarquía, es decir, la destrucción de la explotación, el Estado, el valor y la sociedad de clases.



6 La religión sobrepasa indudablemente a cualquier otra actividad humana en cantidad y variedad de tonterías. Si se considera además su papel como cómplice de la dominación de clase a través de la historia, no es sorprendente que haya atraído sobre sí el desprecio y el odio de cada vez más personas, en particular de los revolucionarios.

La religión continúa adaptándose, en su forma institucional o sin ella, a los pequeños cambios del modo de producción y reproducción de la vida, persistiendo bajo diferentes formas.

El movimiento revolucionario debe oponerse a la religión, pero tomando posición del otro lado de ella. No siendo menos que la religión, sino más.



7 Caminar de un punto a otro: siempre llegar. El sentido de nuestro movimiento por las calles de las ciudades, o entre ciudadesEl es uno: llegar a un punto en el espacio dispuesto ante nosotros como un circuito ordenado de tareas. El espacio ha sido reducido a cosa por el Capital, y como toda cosa en relación al Capital, encierra y oculta relaciones sociales, he ahí su carácter material y su carácter abstracto, presentados de manera indisociable. Podemos llamar a todo esto urbanismo, aunque se trata simplemente del territorio que ha subsumido el Capital.

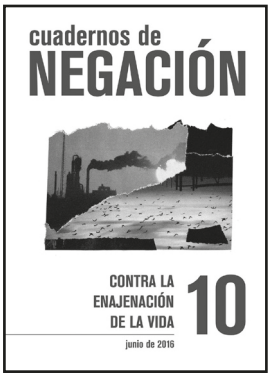
8 La ciencia, la tecnología y noción de progreso, no se encuentran por fuera del modo de producción capitalista, son parte constitutiva de éste y como una sola ideología imprimen un modo de percibir el mundo y de actuar en él.

La razón dominante es burguesa, porque en tanto que idea pero también como fuerza material, actúa en beneficio del Capital.

Hasta hoy, la gran mayoría de los llamados a la "revolución" han sido y son en nombre de la libertad y la igualdad burguesas, de la ciencia y la Razón, de la eficacia y el progreso... y ya es tiempo de romper con ello.

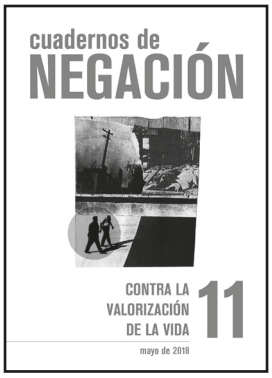
9 Si bien la mercancía, el Capital y el valor no explican absolutamente todo en esta sociedad, sin ellos no podemos comprender nada. La crítica de la economía, como podría suponerse, no deja de lado la política, la religión, la ciencia y demás dimensiones de esta sociedad, sino que, por el contrario, nos permite comprenderlas y atacarlas en cuanto parcialidades de la totalidad que conforman.

La contraposición que queremos enunciar es tajante: no nos dedicaremos a la economía en cuanto parcialidad, en cuanto disciplina. Se trata de la lucha contra la economización de la vida, de la contraposición práctica entre las necesidades humanas y las necesidades de valorización del Capital.



10 En este número de Cuadernos damos continuidad a la crítica del dinero, del Capital como sujeto y fin último de la producción y reproducción de la sociedad, del fetichismo y la enajenación como la instrumentalización del mundo y todos los que habitamos en él.

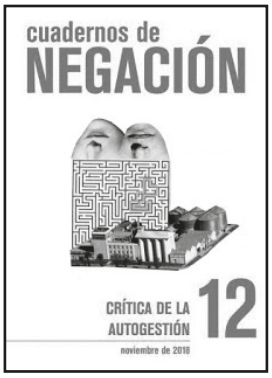
Enajenación no significa simplemente la separación de nuestros medios de vida, hablamos de todo un proceso histórico mediante el cual se ha llegado a que nuestra propia existencia se nos presente como ajena, en una sociedad donde el objetivo no son las personas, ni tampoco las cosas, sino la producción por la producción misma, la valorización del Capital. Es todo un orden social que vivimos como ajeno e, inevitablemente inmersos en él, tenemos que enfrentar.



11 El fundamento de la sociedad capitalista es la dictadura del valor en proceso, y la utilidad de los objetos producidos son solo un medio. El llamado valor de uso es solo un soporte del valor de cambio, del valor valorizándose.

Pero nada en ninguna parte posee naturalmente una cualidad tal como el valor. Esta es consecuencia del modo en que la sociedad organiza su producción. El valor y la mercancía, así como el dinero o el trabajo no son datos neutrales y transhistóricos, y mucho menos naturales y eternos, se trata de categorías básicas del capitalismo.

Valorizar la vida no significa poner la vida en el centro sino, por el contrario, situarla en la balanza económica.



12 Millones de proletarios no solo se sienten identificados con "su" trabajo sino que se enorgullecen de él. Y confunden sus necesidades con las del Capital, interiorizando de tal modo la relación social capitalista que incluso cuando quieren luchar contra lo que perciben los explota y oprime continúan reproduciéndolo. El discurso dominante y la rutina capitalista cotidiana ha "integrado" a los explotados en tal grado que estos suponen resistir al comercio justamente comerciando. Muchos proletarios descontentos suponen luchar ¡mediante el trabajo, la producción de mercancía, la circulación de dinero, la valorización de la vida en general! Tal es así, que cuando criticamos el modo de producción capitalista en su fachada autogestionista hay quienes se sienten profundamente ofendidos y atacados.

cuadernos de NEGACIÓN

En el ámbito político y académico se ha popularizado en las últimas décadas la noción de patriarcado. Parece un concepto de uso obligado para cualquier crítica seria de la realidad que busque la transformación social. Para algunas corrientes pareciera estar fuera de toda discusión que esta sociedad es patriarcal, incluso más fuera de discusión que si es capitalista.

Uno de los grandes problemas que encontramos al abordar la cuestión del patriarcado es asumirlo como el sujeto que determinaría la sociedad. Así, el Capital dejaría de ser el sujeto de esta sociedad, el que lo subsume todo, para dar paso a otro: el patriarcado. Hay una diferencia fundamental entre considerar el patriarcado como algo exterior al Capital y considerarlo como una realidad interna del Capital. La primera comprensión nos presenta el patriarcado por un lado y el Capital por otro, o en el mejor de los casos patriarcado y Capital como dos sujetos separados que en un momento dado se vinculan.

Por el contrario, la comprensión del patriarcado como realidad interna del Capital, lo asume en tanto que incluido y dominado, es decir subsumido. El proceso histórico de esa subsunción incluye y a su vez transforma al antiguo patriarcado. Y aunque puede mantenerse dicho vocablo, debemos tener en cuenta que no estamos hablando de lo mismo. Comprendemos el hecho de que en la propia lucha se siga nombrando al sexismo de esta sociedad como «patriarcado», aunque nos parece poco preciso. Si bien emplearlo es importante para ver la continuidad histórica del sexismo en relación a sociedades de clase anteriores, de alguna manera también oculta las condiciones del sexismo en la actualidad.

cuadernosdenegacion.blogspot.com

cuadernosdenegacion@hotmail.com